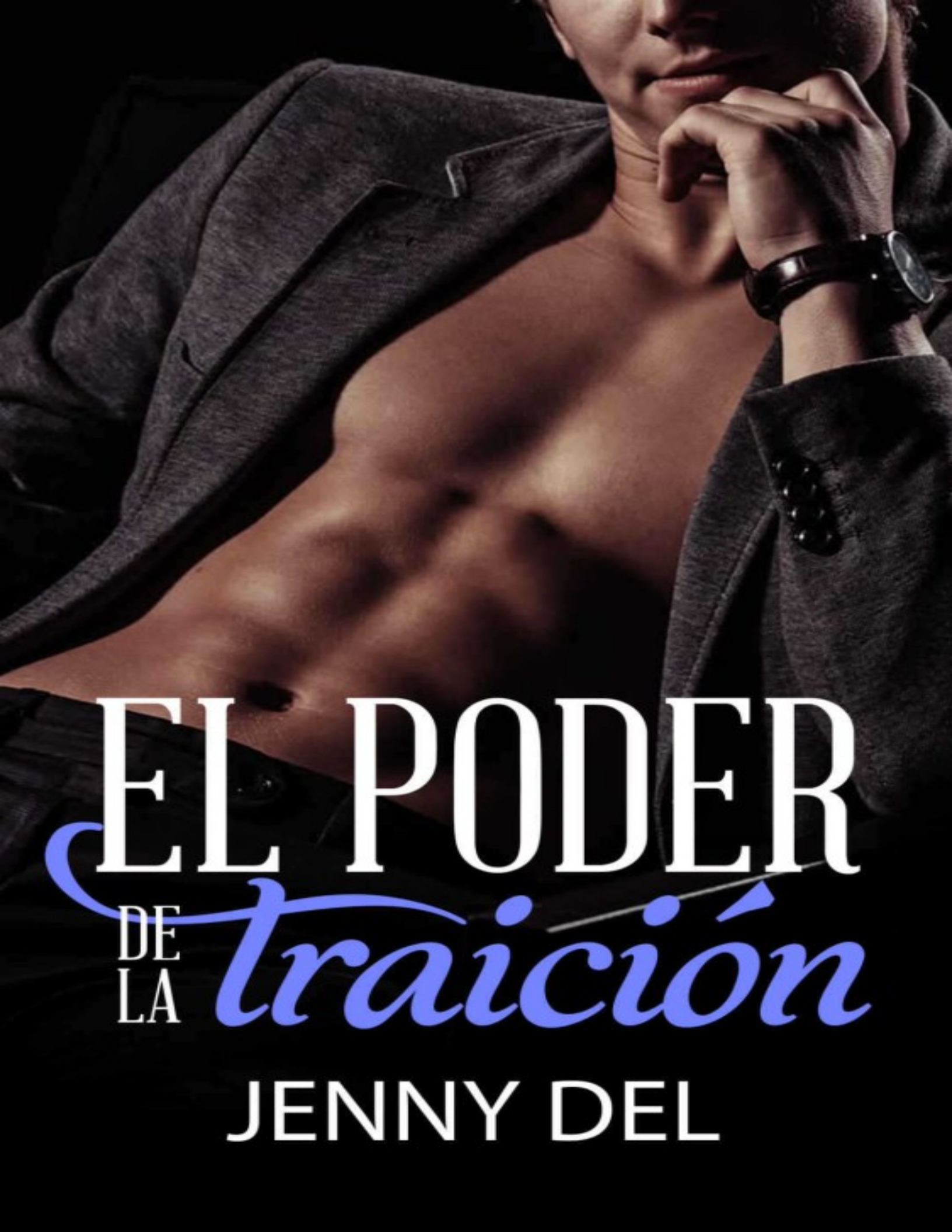


EL PODER DE LA traición

JENNY DEL

EL PODER DE LA *traición*

JENNY DEL

Primera edición.

El poder de la traición

©Jenny Del.

©octubre, 2025

©imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Epílogo

Prólogo



Tres años antes…

Esa mañana me levanté algo pachucha, con el cuerpo raro, como si me pasara algo, pero sin saber muy bien el qué. Hugo ya se había marchado al trabajo y, como no quería molestarlo, llamé a mi hermana Julia, que vivía muy cerquita de casa, en el edificio contiguo.

Conocí a Hugo en mi último año de universidad. Él fue a impartir un seminario sobre seguridad cibernética y, desde que lo vi entrar por la puerta, supe que algo me removía por dentro. Fue un flechazo de esos que te dejan medio tonta, de los que te hacen sonreír sin motivo. Empezamos una relación enseguida y, justo cuando me gradué, me pidió que me fuera a vivir con él. ¿Me lo pensé? En absoluto. Era lo que más deseaba desde el momento en que decidimos estar juntos.

Era guapo, con ese tipo de atractivo tranquilo que no requiere esfuerzo. Tenía carisma, buen humor y, sobre todo, era un caballero. Siempre pendiente de mí y de mis necesidades. Habíamos hablado muchas veces de ampliar la familia, porque los dos queríamos ser padres jóvenes, pero decidimos posponerlo un par de años, hasta que yo estuviera más asentada en lo laboral. Había tiempo de sobra: yo tenía veinticuatro años y él veintinueve, y la vida parecía sonreírnos.

Hugo era ingeniero informático y trabajaba en una de esas multinacionales enormes. Su sueldo no estaba nada mal, pero yo también quería aportar a la economía familiar, sobre todo pensando en el futuro. Había estudiado marketing y publicidad y, aunque solo era becaria en una agencia, me

encantaba el ambiente. Mi sueldo no era para tirar cohetes, pero me servía como experiencia para ampliar mi currículo y como un primer paso hacia algo mejor.

—Julia, soy Moira. ¿Puedes venir a mi casa un momento? —le dije en cuanto descolgó la llamada.

—Claro, cariño. Dame diez minutos y enseguida estoy ahí —me contestó algo preocupada por mi tono de voz.

Sabía que podía contar con ella para cualquier cosa. Nuestra relación era inmejorable: éramos uña y carne desde siempre. Se alegró muchísimo cuando me fui a vivir con Hugo, aunque también sé que le costó un poco soltarme. Nos llevábamos tres años —ella era la mayor—, y siempre ejerció de protectora, sobre todo cuando nuestros padres murieron y nos quedamos al cuidado de nuestra abuela materna, Matilde. Ella también había fallecido hacía un año, y desde entonces nos teníamos la una a la otra más que nunca.

Ambas vivíamos en una zona bastante buena. Nosotros, en un ático espectacular desde cuya terraza se podía ver toda la ciudad. Julia, en el edificio de al lado, en un pequeño apartamento que se compró cuando yo me fui a vivir con Hugo. Vendimos la casa de mi abuela y nos repartimos el dinero, ella hizo la compra del apartamento y yo lo guardé en el banco, para lo que me fuera haciendo falta.

—Dime qué te pasa, Moira —me dijo Julia al entrar, usando su juego de llaves, porque siempre había tenido uno «por si acaso».

—No sé, me encuentro rara… revuelta, sin fuerzas. Debe de ser que estoy incubando algo. No quiero estar sola, no vaya a ser que me desmaye y no pueda avisar a nadie —le respondí.

Era verdad que siempre había sido algo aprensiva con las enfermedades. Cualquier cosilla la convertía en algo importante, y ella lo sabía bien. Llevaba veinticuatro años aguantando mis paranoias, así que no la pillaba por sorpresa.

Físicamente, éramos muy parecidas, aunque en carácter no podíamos ser más distintas. Las dos teníamos el pelo castaño claro, los ojos marrones, éramos altas y de complexión equilibrada, ni demasiado delgadas ni gordas, lo justo. Pero mientras yo era prudente y me lo pensaba todo mil veces, ella era impulsiva, de esas personas que hacen y dicen lo primero que se les pasa por la cabeza. A veces me sacaba de quicio, pero también me daba envidia esa seguridad suya.

—Anda, no seas dramática y túmbate en el sofá, que voy a prepararte una infusión —me dijo, dejando su bolso encima de la mesa del salón.

—No soy dramática, soy…

—La reina del drama, eso es lo que eres —me interrumpió con una sonrisa —. Seguro que ya has llamado a Hugo y le has puesto el alma en un hilo, como si lo viera.

—No, está trabajando. Me dijo anoche que hoy, a las doce, tenía una reunión importante y que no lo molestara. Que si lo llamaba por algo urgente y no podía contestar, me devolvería la llamada en cuanto pudiera —le expliqué. Ella soltó una risita que, en ese momento, no quise interpretar mal.

Julia era enfermera en el hospital de la ciudad. Llevaba allí desde poco después de acabar la carrera y ya tenía plaza fija en neonatología. Le encantaban los niños, se le notaba cada vez que hablaba de su trabajo. Siempre decía que, aunque no tuviera pareja, haría lo que fuera por ser madre antes de los treinta y cinco, y yo me reía, pensando que eran solo ocurrencias suyas.

Me quedé medio dormida en el sofá, hasta que escuché la puerta cerrarse. Entonces me desperté, algo sobresaltada.

—Mi amor, ya estoy aquí —dijo Hugo. Me extrañó, porque justo a esa hora debía de estar en su famosa reunión.

—Está en el sofá del salón. —Escuché decir a Julia, y luego unos cuchicheos que no alcancé a entender. Eso me dejó una sensación rara, como un presentimiento desagradable.

Me levanté bruscamente, y en ese movimiento, tiré el bolso de mi hermana, que estaba abierto encima de la mesita de café de mi salón. Sus cosas cayeron al suelo, quedando desperdigadas por todas partes.

Me levanté bruscamente y, al hacerlo, tiré el bolso de mi hermana, que estaba abierto sobre la mesa de centro. Sus cosas se desparramaron por el suelo. Me agaché para recogerlas, pero un documento llamó mi atención. Lo abrí, y sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. Era un informe ginecológico acompañado de unas ecografías. Julia estaba embarazada de diez semanas. Pero lo peor fue ver el nombre del padre: Hugo Moreno.

Con ese papel en la mano, me fui directa a la cocina. Los encontré allí muy acaramelados, pero, en cuanto que me vieron, se separaron de inmediato, algo nerviosos los dos.

—Podéis seguir juntitos, no lo hagáis por mí —les dije, enfadada, aunque sorprendentemente serena. No sabía de dónde me salía tanta calma.

—Moira, esto no es lo que parece. —Balbuceó Hugo, llevándose las manos a la cabeza.

—No insultes mi inteligencia, hazte ese favor. Acabo de encontrar esto en el bolso de mi hermana, y ahora entiendo que, esa «reunión tan importante» durante la que no se te podía molestar, era porque te ibas a acostar con ella, en la misma cama donde lo haces conmigo…

—Esto no debería de haber pasado… Fue ella la que me sedujo, con su seguridad, con su manera de ser. Era como estar contigo, pero en una versión más madura, más adulta…

—Vete a la mierda, Hugo. Y de paso, llévate también a mi hermana. No quiero volver a saber nada de ninguno de los dos. Para mí, estáis muertos y enterrados, os lo juro —les solté, con una voz que ni yo reconocí, mientras recogía mis cosas para largarme de allí.

Julia no dijo ni una palabra. Solo me miró con una sonrisa torcida, cargada de malicia, de esas que te ponen los pelos de punta. En ese momento sentí asco, rabia, impotencia. Con el tiempo entendí que todas esas veces que

Hugo decía estar reunido, todos esos supuestos viajes de trabajo no eran más que excusas para verse con ella. Y yo, como una idiota, me los creía todos.

Pero eso se acabó.

La nueva Moira estaba a punto de despertar, dispuesta a dejar atrás el dolor y la ingenuidad. Lo que vendría después sería otra historia… una mucho más mía.

Capítulo 1

Después del varapalo que me llevé con mi pareja y con mi hermana, tres años atrás, decidí empezar de cero en otra ciudad. Había tocado fondo y necesitaba aire nuevo, lugares nuevos, gente nueva. Hablé con mi jefe, que me dio una carta de recomendación, y, como tenía el dinero de la venta del piso de mi abuela intacto, no tuve problemas económicos para hacerlo.

En esos momentos vivía en Barcelona, en un piso que había alquilado cerquita de la playa. Trabajaba en una de las agencias de publicidad más importantes del país, y mi labor consistía en preparar los bocetos de las campañas que se gestaban en la empresa, junto a un equipo creativo que era el que proporcionaba las ideas.

Con el tiempo me había hecho un grupo de amigas que se había convertido en mi pequeña familia. Cada una tenía su cruz, como todo el mundo, pero nos llevábamos a las mil maravillas. Nos entendíamos, nos apoyábamos y, sobre todo, nos reíamos de la vida cuando se ponía pesada. Pero será mejor que os las presente, para que sepáis quién es quién en esta historia.

Primero estaba Jen, que se había separado hacía poco y tenía un hijo de siete años, Leo, un niño adorable con una sonrisa capaz de iluminar cualquier día gris. Su cruz era su exmarido, un auténtico incordio que no paraba de hacerle la vida imposible con la custodia del pequeño. Ella era la dueña de una tienda de ropa de firma, lo que, todo sea dicho, nos venía de perlas: conseguíamos descuentos que eran casi un pecado.

Luego estaba Marian, que vivía con Juan, arquitecto de profesión, y la trataba a las mil maravillas —aunque como para no hacerlo, con el carácter

que tenía ella—. Marian no aguantaba ni una tontería y era de las que decían que las mujeres tenían que estar siempre empoderadas y con la cabeza bien alta. Nunca la había visto sin maquillar ni en chándal: siempre iba impecable, con sus tacones, su perfume caro y sus labios pintados de rojo. Trabajaba en el hospital, en atención a la ciudadanía, y era de las que se partían la cara si veían una injusticia. Una mujer de armas tomar, vamos.

Y, por último, estaba Yoli, soltera como yo y una auténtica cabra loca. Un torbellino. Lo mismo aparecía con el pelo teñido de morado que venía de hacerse un tatuaje en la nalga, porque se le había antojado de repente. Decía que tenía mucha vida por delante como para atarse a un hombre, que aún no había encontrado a su media naranja… o que, con su suerte, se la habían exprimido en un zumo. Trabajaba como profesora en un colegio concertado, cuidando y enseñando a los más pequeños, y pese a su espíritu libre, tenía un corazón enorme.

—Venga, chicas, tenéis que venir. La fiesta no será lo mismo sin vosotras —nos dijo Marian una tarde, emocionada, mientras organizaba el cumpleaños de su marido ese fin de semana.

—Es que no conocemos a nadie, Marian —le dije yo, sincera.

—Chica, ¡pero una fiesta es una fiesta! —saltó Yoli, que se apuntaba hasta a una ronda de aspirinas.

—Además, este fin de semana no tengo a Leo, está con su padre. Me vendrá de lujo desmelenarme un poco, que llevo unos días que no se los deseo ni a mi peor enemigo, os lo prometo —añadió Jen con un suspiro.

—Está bien, nos apuntamos a la fiesta de Juan —cedí al final—. Solo espero que no sea un muermo ni que esté llena de gente, ya sabéis que los sitios cerrados me agobian una barbaridad.

—¡Qué va! —respondió Marian, abrazándome—. Seremos pocos: sus compañeros de despacho y nosotras, nadie más. Haremos una barbacoa por la mañana y luego fiestecita. Traed bañadores, porque con este calor acabaremos en la piscina, seguro.

Marian vivía en un unifamiliar a las afueras de la ciudad, dentro de una urbanización bastante exclusiva, diseñada por su propio marido junto a un compañero. En cuanto empezaron a construir las casas, ellos no dudaron en comprar una. No tenían hijos; se estaban planteando adoptar, ya que no podían tenerlos de forma natural, pero el tema seguía en el aire.

Nos pusimos de acuerdo en hacerle un regalo conjunto a Juan, y Marian nos dijo que lo que más ilusión le haría era un juego de maquetas de construcción, porque le encantaba relajarse montándolas para luego exhibirlas en su despacho. Estuvimos buscando por internet para no pedirle una que ya tuviera, y nos decidimos por una del Parque Güell, que además quedaba chulísima montada.

Al final, lo que iba a ser una simple quedada para comer terminó convirtiéndose en una tarde de merienda y cena incluidas. Juan estaba de viaje por trabajo y Leo se quedaba con su padre ese mes, así que Jen estaba más libre de lo habitual y se permitió relajarse un poco. Nosotras también lo agradecimos.

Llegué a casa pasadas las once de la noche, y solo porque me obligué a irme. Al día siguiente tenía una reunión a primera hora con un cliente nuevo y quería estar fresca como una lechuga. En cuanto llegué, me puse el pijama y me metí en la cama con mi libro electrónico. Estaba terminando una novela de uno de mis autores preferidos y no podía acostarme sin saber el final.

Me quedé dormida con el libro en la mano, y por suerte no se me cayó al suelo, porque si se me llega a romper, me da algo. La lectura se había convertido en mi válvula de escape, en mi refugio. Gracias a los libros había conseguido salir del pozo en el que me habían hundido mi ex y mi hermana.

Con aquella traición lo perdí todo. Me quedé completamente sola, pero también encontré una fuerza que no sabía que tenía. Hugo estuvo más de una semana llamándome, diciendo que había sido un error, que lo perdonara, que lo podíamos arreglar. Pero, como ya habréis notado, no lo hice. ¿El motivo? Muy simple: quien lo hace una vez, lo repite. No iba a convertirme en la cornuda oficial del reino.

Y con mi hermana… tampoco. Esa fue la puñalada que más dolió. Podía haberse liado con cualquier hombre soltero —pretendientes no le faltaban—, pero eligió a mi pareja. A su cuñado. Esa risa y esa mirada que me lanzó cuando la descubrí me dejaron claro que lo había hecho a propósito. Si yo no hubiera tirado el bolso, estoy segura de que ella misma habría buscado la forma de que me enterara, solo por el placer de verme sufrir.

En Barcelona había vuelto a ser feliz, aunque seguía sin confiar en los hombres. No os voy a decir que hubiera hecho voto de castidad durante estos tres años, porque una no es de piedra y también tiene sus debilidades, pero nada más que algún revolcón esporádico. Si alguien intentaba quedar conmigo de nuevo, siempre le decía lo mismo: que no estaba en el punto de querer pareja, que se buscara a alguien que fuera capaz de amar de verdad, porque a mí me habían capado esa parte. Solo de pensarlo se me erizaba la piel.

Capítulo 2

Había llegado el día del cumpleaños de Juan, y me levanté con la sensación de que algo bueno iba a sucederme. No sé si os ha pasado alguna vez, esa corazonada de que el día pinta bien aunque apenas hayas puesto un pie en el suelo.

Fui al baño, me lavé los dientes, hice pis y me miré al espejo. Era de esos días en los que una se siente con el guapo subido, y me sonreí con complicidad. Saqué de un cajón un bikini nuevo, todavía con la etiqueta. Era azul marino, con la parte superior de palabra de honor y unos aros dorados en el centro y en los laterales de la braguita que le daban un toque elegante. Cuando me lo puse, me sentí, como diría Marian, empoderada, porque me hacía un cuerpo de infarto.

Recogí el pelo en una coleta alta, me pinté los labios de rojo con un labial permanente —de esos que no se van ni comiendo ni chapoteando en la piscina—, y me puse encima un vestido del mismo tono, con los tirantes adornados con los mismos aros dorados. Rematé el conjunto con unas cuñas de esparto *beige*. Preparé mi capazo con todo lo necesario y salí directa a por el coche, dispuesta a disfrutar de lo que el día tuviera preparado para mí.

Cuando llegué, ya estaban todos allí. Nada nuevo bajo el sol: no me gustaba llegar tarde, pero tampoco la primera. Siempre calculaba para aparecer justo a la hora, aunque esta vez se me habían escapado veinte minutos.

—Pensé que te habías arrepentido, estaba empezando a pensar en ir a buscarte —me dijo Jen, en cuanto me vio llegar.

—El tráfico está imposible hoy, de verdad. Había salido con tiempo, incluso calculé llegar cinco minutos antes, pero me he comido un atasco nada más salir de la ciudad —les dije a todos, dejando mi capazo en un sillón lateral.

—Eso te pasa por ir siempre al límite —bromeó Juan, saliendo desde dentro de la casa.

—¡Eh, felicidades, abuelo! Te sientan muy bien los ochenta y cinco —le solté, siguiendo nuestra broma de siempre.

Juan era algo mayor que nosotros. Yo rondaba los veintisiete, Marian los treinta, y él cumplía treinta y cinco, aunque lo llevaba de maravilla.

—Ya te cogeré cuando los cumplas tú, verás —me dijo con una sonrisa traviesa.

—Siempre me quedará el consuelo de que tú serás más viejo que yo —le respondí riendo, y él me echó el brazo por encima del hombro.

—Anda, loquita, ven que te presento a mis compañeros —dijo, guiándome hacia el grupo que tomaba cervezas junto a la piscina.

Me los fue presentando uno por uno, sobre todo a sus mejores amigos, que también eran sus compañeros, pero, con uno en concreto, se me erizó la piel como hacía años que no lo hacía.

—Mirad, chicos, ella es Moira, una de las mejores amigas de Marian. Ellos son, por este orden, Luca, Pedro y Unai —anunció.

Cada uno se acercó a darme dos besos, pero cuando los labios de Unai rozaron mi mejilla, algo dentro de mí se estremeció. No sabría explicar qué fue exactamente, pero no me dejó indiferente.

—¿A qué te dedicas, Moira? —me preguntó Unai, con una voz grave y ronca que me estremeció por completo.

—Soy publicista. Trabajo en una agencia preparando los bocetos de las campañas. Supongo que tú trabajas con Juan en el despacho de arquitectura,

¿me equivoco? —le respondí con una sonrisa.

—Sí, y no —dijo él—. Trabajo con Juan, pero soy el dueño del despacho.

—Aunque no ejerce de jefe. Trabaja igual o más que todos nosotros —intervino Juan, y se notaba la complicidad entre ambos.

—Ya me has chafado el plan —bromeó Unai—. Quería parecer el rico capaz de poner el mundo a sus pies, y ahora me has dejado a la altura del betún.

—Uy, eso con Moira no te hubiera servido —dijo Juan—. Ella no es nada materialista. Prefiere una buena conversación, una caricia o un abrazo antes que cualquier regalo.

—Joder, Juan, ahora en vez de comprarme un anillo de diamantes se va a pasar el día como el mono de Marcos, subido a mi chepa, dándome cariñitos —le contesté, y Unai soltó una carcajada que me hizo reír también.

Era curioso lo que me pasaba con aquel hombre. Me imponía y me intimidaba, pero a la vez me sentía tan cómoda hablando con él que parecía que nos conociéramos de toda la vida.

En un momento dado, mientras los chicos se encargaban de la barbacoa, me senté con las chicas al borde de la piscina. Todas estaban ya dentro, chapoteando y riendo, menos yo, que seguía con el vestido puesto. Toda la seguridad con la que había salido de casa se había desvanecido como el azúcar en el café.

—Venga, Moira, quítate ya esa ropa y métete, que hace un calor de muerte y aún no te has mojado ni los pies —me dijo Marian, que me observaba desde hacía rato.

—Está bien, pero si me resfrío, vosotras tendréis la culpa —le respondí en tono burlón.

—No te preocupes, que si yo no lo pillo en el cole con todos esos mocosos, tú tampoco —saltó Yoli, poniendo una cara de asco que nos hizo reír a carcajadas.

Me levanté, fui hasta el bolso y me quité el vestido, dejándolo junto a él. Me quedé en bikini, y no pude evitar mirar hacia donde estaba Unai. Él levantó la vista justo en ese momento, y al verme caminar hacia la piscina me recorrió de arriba abajo, sin disimulo. Sentí un cosquilleo por todo el cuerpo y volví a sentirme poderosa.

—¡Toma ya! Y la niña no se quería quedar en bikini —dijo Juan desde la barbacoa.

—Gracias, cariño. Me ha quedado claro todo lo que te pone Moira, pero lo siento, te tendrás que conformar conmigo —le dijo Marian desde la piscina, sabiendo que su marido lo hacía para quitarme la vergüenza.

—Mi amor, a mí solo me pones tú, pero por aquí estoy notando cómo a alguien se le está yendo toda la sangre para el mismo sitio — añadió Juan, señalando con la cabeza a Unai, que puso los ojos en blanco.

—Así me gusta, Unai, que te fijes en mi amiga, que está buenísima y es más buena aún —dijo Marian entre risas, y yo le solté un pequeño manotazo cuando llegué a su lado.

Durante todo el baño, Unai no me quitó la vista de encima, y cuando, en un momento dado, se quitó la camiseta, fui yo la que se quedó con la boca abierta. Tenía un cuerpo de escándalo, de esos que parecen esculpidos.

—¡Madre mía de mi alma! —exclamó Jen con los ojos como platos.

—Amiga, si no te lo comes tú, me lo como yo —dijo Yoli, guiñándome un ojo.

—Dejaos de tonterías, por favor. Si hay uno para cada una, que Pedro y Luca tampoco están mal —añadió Marian, provocando una carcajada general.

Capítulo 3

Mientras la carne terminaba de hacerse, Unai decidió darse un chapuzón. Y si ya con el pelo seco era una delicia verlo, no os quiero contar cómo fue observarlo cuando salió del agua, con las gotas cayendo por su frente y peinándose con los dedos. Me quedé embobada, lo admito, y el calor del sol ya no tenía toda la culpa de lo que sentía.

Todos se dieron cuenta de la forma en la que lo miraba, incluido él, que no dudó en sonreírme. Yo le devolví la sonrisa, intentando disimular sin demasiado éxito.

—¿Te gusta lo que ves? —me dijo Juan, que se había metido también en el agua sin que me diera cuenta.

—¡Joder, Juan! Vaya susto, me has dado —le solté, dándole un golpecito en el pecho.

—Cómo no te vas a asustar, si estabas embobada mirando a mi jefe, Moira —respondió con guasa.

—Es que no se puede estar más bueno, Juan, no me digas que no. Parece esculpido por los mismos dioses —contesté, viendo cómo él hablaba con Marian y ambos reían al otro lado de la piscina.

—¿Sabes una cosa? —me dijo de repente, bajando la voz—. Todo lo bueno que ves por fuera, lo es también por dentro. Es un hombre que merece la pena, que se ha hecho a sí mismo, y que también ha sufrido por amor más de lo que imaginas. Deberías darle una oportunidad, Moira. No te arrepentirías.

—Ya sabes lo que pienso al respecto. Un revolcón, perfecto; una relación, ni muerta. Mi cupo de sufrimiento por amor está completo —le dije, guiñándole un ojo. Él sonrió, aunque con un deje de tristeza.

Al poco rato me quedé sola en la piscina. Flotaba bocarriba, disfrutando del silencio, cuando sentí que alguien me empujaba hacia abajo. Salí a la superficie entre risas, porque nunca me había molestado que me gastaran bromas, y allí estaba Unai, con una sonrisa traviesa.

—Lo siento, no he podido resistirme. Te veías tan tranquila que me he dicho: «Unai, incórdiala un poco» —dijo, divertido.

—¿Sabes que acabas de desatar la guerra? —le advertí, apuntándolo con el dedo.

—¿Ah, sí? No tenía ni idea… —respondió, fingiendo inocencia.

Me acerqué despacio, muy despacio, y cuando menos se lo esperaba, le lancé un buen chorro de agua a la cara. Lo pillé con la boca abierta y se tragó más de media piscina (modo exageración activado).

Entre risas, estuvimos jugando un rato. Él me sumergía, yo salía, intentaba devolverle la jugada, pero era tan grande que aquello se quedaba solo en eso: un intento. Y entonces, sin darnos cuenta, las bromas empezaron a transformarse en algo más. Las miradas se alargaban, los roces duraban un poco más de lo normal. Lo que empezó como un juego se volvió una especie de danza silenciosa entre los dos, cargada de tensión.

—Eres preciosa, ¿lo sabías? —me dijo de pronto, mirándome tan de cerca que sentí el calor de su respiración.

—Me veo cada día en el espejo, no hace falta que mientas —le respondí, bajando la mirada. Me veía como una chica normal, nada más.

—No me gustan las mentiras, así que no miento nunca, tenlo claro —contestó él, con una firmeza que me desarmó.

Estábamos a punto de besarnos, y lo hubiésemos hecho si la inoportuna de Jen no se hubiera acercado para decirnos que la comida estaba en la mesa y

que nos estaban esperando.

Salimos de allí en plena ebullición, con las mejillas encendidas y el corazón acelerado, pero todavía quedaba mucha tarde por delante. La comida transcurrió entre risas y bromas. Se notaba que Yoli y Jen tenían mucha complicidad con Luca y Pedro; había romance a la vista, aunque aún no tenía claro cuál sería la intensidad de aquello.

A la hora de la tarta, Juan pidió como deseo que siempre permaneciéramos todos juntos, y me encantó. Era un hombre adorable, de los que ya quedan pocos, y que tenía en su mujer todo su mundo, pero no de una manera acaparadora, ni mucho menos. No eran pocas las veces en las que las cuatro nos pegábamos una escapada por el mundo, como lo llamábamos nosotras, y él, jamás en la vida, ponía algún tipo de impedimento. Más bien todo lo contrario: en cuanto veía alguna oferta de viajes, se lo planteaba a su mujer.

El grupo de sus amigos también se veía muy unido, incluyendo al jefe, y eso sí que no era ni medio normal. Por mi experiencia, puedo decir que muy pocos se iban con sus empleados de fiesta o de viaje, y él no dudaba en hacerlo, sin mantener las distancias. Nada que ver con mi antiguo jefe, al que había que hablarle de usted, y que no pedía que lo tratáramos como su excelencia porque le parecía demasiado rimbombante.

El momento de los regalos fue otro en el que nos reímos muchísimo, porque, aparte de darle el bueno —el de verdad—, acordamos que todos le entregaríamos uno de cachondeo. Cuando llegó la hora de darle el nuestro, las carcajadas estuvieron aseguradas, porque a mí se me había ocurrido pasar por la farmacia antes de ir, así que llevaba otra cosita más.

—La madre que te parió, Moira, porque esto ha sido idea tuya. Me apuesto las dos manos y no las pierdo —me dijo, señalándome con el dedo y sin parar de reír.

—¿¡Yo!? Por favor, ¿qué van a pensar tus amigos y tu jefe de mí si dices eso? —respondí, llevándome las manos al pecho, como si estuviera ofendida.

¿Qué le habíamos regalado? Pues nada más y nada menos que una caja de esas pastillitas azules que toman los señores mayores para mantener una

erección. Eso, junto a un tanga de lentejuelas naranja fosforito, para que le hiciera a su mujer un estriptis esa noche.

Las risas de Unai se escucharon en toda la urbanización; hasta las lágrimas tenía saltadas. Y por si fuera poco, no se me ocurrió otra cosa que, una vez que sirvieron las porciones de tarta para cada uno, meter la mano en el merengue y darle con toda la palma abierta en la cara.

—¡Ven aquí, cobarde! —me gritaba, mientras se limpiaba, porque yo ya había salido corriendo.

—¡No te lo crees ni tú! ¡Atrápame si eres capaz! —le contesté, a gritos, desde la otra punta del jardín.

—Jefe, échame una mano, que cuando tú estás cerca se queda medio atontada, y será la única manera de que pueda atraparla —le dijo a Unai, que me miró de una manera que me lo dijo todo.

Me quedé mirando a Unai, y no me di cuenta de que Juan había salido por la puerta delantera, quedándose a mi espalda. Él fue menos sutil que yo y llevaba un plato de papel con un trozo de tarta, el mismo que terminó restregado en mi cara, ante las risas de los demás.

—¡Te lo dije! Ya se quedó mirándote y no se ha dado cuenta de que venía por detrás —le dijo a Unai, mientras yo me quedé inmóvil, riendo a carcajadas.

Capítulo 4

Habían pasado dos días desde el cumpleaños de Juan, durante el cual los juegos que hubo entre Unai y yo se quedaron en eso, en un simple tonteo que no pasó a mayores. Si me hubiera sugerido pasar la noche juntos, habría aceptado sin pensarlo, pero no se dio el caso. Poco antes de que decidiéramos dar la jornada por concluida, recibió una llamada y tuvo que marcharse precipitadamente.

No dio explicaciones, y muchísimo menos se las iba a pedir yo. No era nada mío, y tampoco tenía la intención de que lo fuera, por mucho que su imagen en bañador siguiera dando vueltas en mi cabeza. Estaba tan sumida en mis pensamientos que no me di cuenta de que mi compañero me había hecho una pregunta.

—Moira, ¿estás bien? Te he preguntado si estás de acuerdo y ni me has mirado —me dijo, y me sentí avergonzada por la situación.

—Perdona, Charles, pero por un momento me he ido de la reunión. ¿Serías tan amable de volver a contármelo? —le pedí, sin poder levantar la cabeza.

—Por supuesto, no hay problema. Te decía que el nuevo cliente quiere que enfoquemos la campaña en este producto específico, pero con comparaciones con otros de otras marcas, y a mí, personalmente, no me convence. ¿Tú qué opinas? —repitió Charles.

—Pues que les va a hacer publicidad gratis a los demás. Aunque también te digo que, si eso es lo que tiene en mente, por experiencia propia te diré que

no será fácil convencerlo de lo contrario. Ya me pasó el mes pasado con los de la marca de zapatillas deportivas —le expliqué.

Durante un buen rato me centré en el trabajo, pensando en cómo podíamos enfocar la campaña siguiendo las directrices del cliente. Sin darnos cuenta, se nos vino la hora de comer encima.

Salimos del despacho todos juntos y nos dispusimos a llegar hasta el restaurante donde solíamos comer, cuando vi llegar al conserje del edificio con un paquete.

—Moira, esto lo han traído para ti —me dijo, entregándomelo.

—¿Para mí? Pero si yo no he pedido nada, debe de ser un error —contesté.

—No, lo pone muy claro: «Moira Serrano» y el nombre de la agencia —insistió.

Luego lo abriría, porque ahora tenía el tiempo justo para comer. Si nos retrasábamos apenas cinco minutos, teníamos que dejar el postre en la mesa. Bueno era nuestro jefe para eso, que llevaba la puntualidad por bandera. Eso sí, solo para la hora de entrada, porque a la de salida, si había que quedarse más tiempo, ahí ya no protestaba.

Durante la comida hablamos de las campañas pendientes, de cómo repartirnos el trabajo y de qué manera enfocaríamos cada una. Teníamos clientes estupendos, de esos que nos daban carta blanca porque confiaban plenamente en nosotros, sabiendo que no los defraudaríamos. Pero también había otros con los que cualquier sugerencia era una ofensa, y con esos tocaba ir con pies de plomo. Un paso en falso, y podíamos perder millones, aunque ninguno de esos millones fuera a parar a nuestros bolsillos.

Terminamos justo a tiempo. Me llevé el café en un vaso térmico a mi despacho porque se me cerraban los ojos del cansancio. Me senté y, al sacar el móvil, vi el pequeño paquete que me habían entregado antes de comer y del que me había olvidado por completo.

Venía sin remitente, así que esperaba encontrar dentro una nota o algo que me indicara de quién era. Rasgué el papel y, efectivamente, venía una nota que me sacó una carcajada.

«Como sé que prefieres los besos a los regalos caros, ahí te envío un montón de ellos. Por cada uno que te comas, será como si los hubieras recibido de mi boca. Espero que no tardes mucho en comértelos, será señal de que tienes tantas ganas como yo. Te veré pronto. Unai».

La nota venía acompañando a una caja llena de labios de gominolas, de esas que simulaban besos, y que, dicho sea de paso, me encantaban. El detalle era bonito, incluso romántico, diría yo, pero yo ya estaba curada de espanto. Mi ex también tenía esos gestos: flores, bombones, frases empalagosas… y, mientras tanto, se lo montaba con mi propia hermana. Así que ahora me fiaba lo justo y necesario.

Lo que más me fastidió fue ese «nos vemos pronto», sin concretar ni día ni hora. La ambigüedad me mataba, y al parecer Unai era de esos, de los que disfrutan haciéndose los misteriosos. Lo único que conseguiría conmigo sería sacarme de quicio.

Puse el bote de gominolas abierto sobre el escritorio y fui picando mientras trabajaba. En realidad, no solo yo las comí; casi todos mis compañeros cayeron en la tentación. En un momento dado, se me vino a la cabeza una imagen y me eché a reír sola. Cuando lo viera, le diría que había repartido besos por toda la oficina, no solo para mí. Lo visualicé claramente: Unai sentado, y todos pasando uno a uno a recoger su beso, como si él fuera el bote de gominolas.

Ese día estaba tan cansada que no pensaba echar ni un minuto de más en el trabajo. Ya lo retomaría al día siguiente. Normalmente, no me importaba quedarme algo más, porque para estar sola en casa y aburrida prefería ocuparme, pero aquella tarde no podía con mi cuerpo.

Llegué a casa sobre las ocho, porque el tráfico, otra vez, era insufrible. Empezaba a plantearme comprar una moto o una bicicleta y dejar el coche para los días de lluvia. Tenía que pensarlo en serio, porque perdía entre una y

dos horas diarias entre atascos, tiempo que podría aprovechar para cualquier otra cosa.

Nada más entrar, me di una ducha caliente para quitarme el estrés acumulado, me puse un pijama fresquito y me tumbé en el sofá. Para cenar tenía tortilla de patatas del día anterior —que, todo sea dicho, me encanta de un día para otro— y me preparé una ensalada ligera.

Estaba viendo una serie policíaca que se había estrenado el día anterior en una de las plataformas digitales que tenía contratadas, y me dispuse a ver un capítulo. Sabía que el sueño no me daría para más, pero no me gustaba acostarme justo después de cenar; luego el sueño se me hacía muy pesado.

Me quedé ensimismada con la serie, bueno, con su protagonista, para ser exactos. Era mi amor platónico desde que lo vi actuar por primera vez en una serie donde interpretaba a un narcotraficante. Y ahora que lo pensaba, tanto en la voz como en la forma de mirar, Unai se le daba un aire. La única diferencia era que el actor tenía los ojos negros, y Unai los tenía verdes, pero la intensidad de su mirada era la misma.

Capítulo 5

En ese momento, mi teléfono vibró. Era un mensaje en el grupo de WhatsApp que teníamos, y que Marian había bautizado como *Las empoderadas*. El día que creó el grupo, nos reímos lo más grande con Yoli, que leyó mal el nombre y mandó un audio que todavía recordábamos entre carcajadas:

—«No es que yo esté quejosa, ni mucho menos, que de vez en cuando me encuentro con uno que lo hace, pero de ahí a ponerle al grupo "Las empotradas", va un mundo».

Os podéis imaginar las reacciones de las tres restantes al escuchar aquello. Desde «ponte las gafas» hasta «gradúate de nuevo la vista», pasamos por todo tipo de sugerencias.

Bueno, a lo que iba, que se me va el santo al cielo. Había recibido un mensaje en el grupo, así que me dispuse a abrirlo.

Marian: *Chicas, este viernes toca salida grupal, que no veáis el por saco que me está dando Juan para que os avise, y eso que todavía es lunes.*

Yoli: *Si como grupal, te refieres a que va Pedro, me apunto sin dudarlo. Bueno, y si no va, también, que algo encontraré por ahí.*

Jen: *Yo no sé si podré, porque este fin de semana me toca el niño, y ya sabéis que no me gusta dejarlo cuando ocurre eso.*

Moira: *Por mí, sin problemas. Eso sí, nada de recogernos a las tantas, que el sábado quiero hacer limpieza general.*

Yoli: *Ya habló doña Limpia. Hija mía, pues si no haces la limpieza el sábado, la haces el domingo o la semana que viene. Hablas como si pudieras sembrar patatas en los poyetes de los muebles, cuando se puede comer en la taza del cuarto de baño de tu casa. Y en cuanto a la otra, dejas a Leo con tu madre, que tampoco le va a pasar nada porque lo hagas. Mira su padre, que lo hace durante todo el mes que le toca con él.*

Así estuvimos debatiendo un buen rato, pero mis ojos ya se cerraban solos, por lo que me despedí y me fui a la cama. Mañana sería otro día, y seguiríamos intentando convencer a Jen para que se viniera con nosotras. A Conchi, su madre, no le importaba quedarse con el niño —más bien todo lo contrario—, pero ella era así, no tenía más vueltas de hoja.

Otro nuevo día para ir a trabajar, y esta vez el atasco fue monumental. Un camión había volcado y la retención superaba la hora, así que no tuve más remedio que llamar a la oficina para avisar de mi retraso.

—Buenos días, Clara, ¿podrías pasarme con el señor Gutiérrez, por favor? Soy Moira —le dije, y me pidió un minuto.

—Ahora mismo te lo paso, pero te advierto que está con un humor de perros. Al parecer, su hija no para de ir detrás de su exnovio, y este ha amenazado con demandarla —me contó, y supe que sonreía, porque era muy su estilo.

—Pues crucemos los dedos para que no me salpique —le respondí, y me puso en espera.

—Gutiérrez, al habla —dijo, seco y cortante.

—Señor Gutiérrez, soy Moira Serrano. Me he encontrado con un atasco y tardaré más de lo normal en llegar. Solo quería avisarle —le expliqué con calma.

—Me da igual con lo que se haya encontrado. Si lo hace media hora después de su horario de entrada, se lo descontaré de sus días de asuntos propios —me contestó, colgando acto seguido.

—Será imbécil el tío… —murmuré para mí misma.

Hice todo lo posible para que esa media hora no pasara, ya que no pensaba desperdiciar uno de mis días de asuntos propios por un accidente ajeno, y lo conseguí. Faltaban un par de minutos para ese límite cuando fiché en la máquina.

—Señorita Serrano, que sepa usted que tiene un día menos de asuntos propios —me soltó nada más verme entrar en mi despacho.

—Pues va a ser que no, señor Gutiérrez. He fichado a las ocho y cincuenta y ocho, con lo cual faltaban dos minutos para el plazo que me dio, que era media hora después de mi hora habitual, las ocho y media —le respondí, sabiendo lo que le repateaba que lo contradijeran.

Me miró con incredulidad y fue hasta la máquina para comprobarlo. Cuando vio que era cierto, su cara mudó al enfado. Se acercó de nuevo a mi mesa y, con gesto torcido, soltó:

—Si esto vuelve a pasar, no dude que lo haré, y sin dejarle plazo de tiempo ninguno. Si no puede levantarse antes, cambie de trabajo, uno donde pueda entrar más tarde —dijo, y se marchó sin darme opción a réplica.

—Esa hija que tiene va a terminar con él. Está así por su culpa… —comentó Charles.

—Ya me he enterado, pero me da exactamente lo mismo. Si no es capaz de controlar a su hija, que no se piense que lo va a hacer conmigo. Además, es la primera vez que me pasa. Siempre llego a mi hora, y yo no tengo culpa de que haya habido un accidente —respondí, con rabia, aunque sabía que Charles no tenía la culpa.

—Si te vuelve a amenazar con lo mismo, deberías ir a hablar con el jefe supremo.

—Ni loca, vamos. Sería lo que me faltaba, que el jefe supremo le diga algo y me tenga más entre ceja y ceja de lo que ya me tiene —le dije, mientras encendía el portátil.

No había pasado ni media hora desde que me senté a trabajar cuando, de nuevo, el conserje apareció con otro paquete, ante mi mirada atónita. ¿Qué sería esta vez?

—¿Otro paquete para mí? —pregunté, incrédula, mientras él me sonreía.

—Te ha salido un admirador —respondió, dejándolo sobre mi escritorio.

—Eso parece, gracias, Antonio.

Lo dejé ahí; ya lo abriría a la hora de la comida, porque si mi jefe —que llevaba pendiente de mí desde que llegué— me veía abriéndolo, me ganaba una buena bronca, y no estaba el horno para bollos.

—¿Nos vamos a comer? —me preguntó Charles desde la puerta.

—Cojo el bolso y enseguida voy contigo —le dije, tomando el paquete para no olvidarlo.

Estábamos saliendo cuando escuché la voz de mi jefe llamándome. Me frené en seco. Su tono me decía que iba a ser una conversación de todo menos tranquila.

—Señorita Serrano, espere un momento, que tengo algo que decirle —dijo, deteniéndose en el pasillo.

—Usted dirá, pero por favor, no tarde mucho, que se me va el tiempo de comer —le contesté, sabiendo que era capaz de hacerlo aposta para dejarme sin descanso.

—Seré rápido. A partir de este momento queda prohibida la recepción de cualquier paquete personal en esta oficina. Esto no es un servicio de paquetería, es una oficina —dijo, en voz alta, para que lo oyera todo el mundo.

—Eso no es justo, porque tenemos el mismo horario que los repartidores y…

—Pues se coge usted un apartado de correos —le espetó a Charles, que había sido quien habló.

Capítulo 6

—No sé qué se ha pensado este tío que es, pero esto no lo pienso dejar así, te lo prometo —me decía Charles mientras bajábamos en el ascensor.

—Un amargado, eso es lo que es. No le des más vueltas. Ahora hablaré con el conserje y listo —le respondí.

—Es que la tiene tomada contigo, y sin razón alguna. Eres muy buena en tu trabajo, mantienes un carácter de lo más amable siempre y no eres de las que enrarece el ambiente laboral. ¿Qué más quiere? —Volvió a decir, bastante enfadado.

—Pues no lo sé, pero debe de haberse dado cuenta de que estoy recibiendo paquetes a menudo, y lo mismo se ha pensado que son sobornos —le dije en tono guasón, para relajar un poquito los ánimos. Y debí conseguirlo, porque Charles soltó una carcajada.

—Eres única, de verdad. Anda, vamos, que al final nos deja sin paquetes y sin poder comer —me dijo, justo cuando las puertas del ascensor se abrieron.

Salimos y me di de frente con Antonio, el conserje del edificio, que nada tenía que ver con la empresa, ya que estaba asignado a varias oficinas. Le hablé sin miedo.

—Antonio, corazón mío, cuando traigan un paquete para mí no me lo subas, déjamelo aquí y a la salida lo recojo, que se ha molestado el jefe —le dije, sin darme cuenta de que el director general estaba detrás de mí.

—Señorita Serrano, a mí no me molesta que reciban sus paquetes. Es más, lo considero hasta lógico, porque quien viva solo no tiene otra opción. ¿Por qué ha dicho eso? —me preguntó el señor Martínez.

—Buenas tardes, señor Martínez. Ha sido lo que nos ha indicado el señor Gutiérrez, y pensé que era una orden suya —le respondí del modo más diplomático posible.

—Pues no es así, y no entiendo por qué lo ha dicho. Ahora voy a comer, pero a la vuelta hablaré con él —me dijo. Supe entonces que se avecinaba bronca, y de las buenas.

Salí del edificio con emociones encontradas porque, por un lado, pensaba que ya era hora de que alguien pusiera en su sitio a nuestro jefe, que se creía el dueño del mundo, pero, por otro, sabía que me caería una buena. Seguro supondría que yo había ido con el cuento al director general, cuando no era cierto. En fin, que fuera lo que Dios quisiera.

Comimos con una mezcla de alivio y enfado. Tanto Charles como yo hablamos poco, hasta que me acordé del paquete que llevaba en el bolso, del que no tenía dudas: era de Unai.

Lo saqué y lo puse encima de la mesa, limitándome a contemplarlo, hasta que mi compañero rompió el hielo.

—¿Lo vas a abrir o se lo dejamos de propina a la camarera? —bromeó.

—Allá voy —dije, santiguándome, porque cualquiera adivinaba lo que habría dentro.

—¿Qué pone en la nota? —preguntó Charles, al ver la sonrisa que se me escapó al leerla.

«Nada tiene comparación con mis besos, pero eso espero demostrártelo algún día. Mientras tanto, degusta estos chocolates: será lo más cercano que puedas encontrar al sabor de mi boca. Nos vemos pronto. Unai».

—Chica, ¿quién es este hombre? —preguntó tras leer la nota.

—¿Quién es ese hombre…? —Empecé a cantar la sintonía de aquella telenovela que tenía a todas las mujeres de España pegadas a la tele a las cuatro de la tarde.

—No me seas cabrona, dime por qué te manda estas cosas —dijo, cruzándose de brazos.

—Es el jefe de un amigo, al que conocí el otro día en su cumpleaños. Para que te lo imagines… ¿recuerdas al personaje del Duque, en aquella serie de principios de los dos mil? Pues igualito, pero con los ojos verdes —le dije, y lo vi abrir la boca de asombro.

Ni que decir tiene que Charles era gay, pero no de esos que se notaban a simple vista, porque más masculino no podía ser. Más de una había perdido la cabeza por él e, incluso, en una cena de Navidad de la empresa, alguna intentó llevárselo a la cama, pero le sirvió de poco.

Precisamente eso era lo que lo hacía triunfar entre los de «su acera», como decía él: que alguien con esos rasgos tan marcados y ese perfil tan masculino se volviera loco por un hombre.

Estuvimos un rato hablando de Unai mientras terminábamos de comer y tomábamos el café. Lo invité a que saliera con nosotras el viernes de fiesta. Sabía que a mis amigas no les importaría, porque no era la primera vez que lo hacía, y suponía que a los demás tampoco les molestaría. Se apuntó enseguida; decía que quería volver a hacer una competición con Yoli.

Os explico qué es eso. En una de las salidas que hizo con nosotras, Yoli y él apostaron a ver quién se ligaba antes a un macizo que estaba al final de la barra, solo y con una copa en la mano. ¿Quién ganó? Evidentemente, Charles, porque el tipo en cuestión era gay, aunque no lo parecía. Mi amiga pasó una semana diciendo que él lo sabía y que había hecho trampa, que algún día tendrían la revancha. A eso se refería Charles con lo de la «competición».

En cuanto subí a mi planta, ya tenía al señor Gutiérrez esperándome en mi despacho. Cuando vio que dejaba la caja de chocolates encima del escritorio, puso mala cara, para no perder la costumbre.

—Señorita Serrano, me parece de muy mal gusto que vaya usted cuestionando mis órdenes con el conserje del edificio —dijo, soltando la primera en la frente.

—Disculpe, señor Gutiérrez, pero yo no he cuestionado nada. Simplemente, le informé de que, si llegaba algún paquete, lo dejara en conserjería hasta mi hora de salida, nada más.

—Claro, y por eso Martínez se ha enterado y ha venido a echarme la bronca, porque es usted una bocazas —me espetó, y ya no pude aguantar más.

—Yo seré una bocazas, pero usted es un amargado. Le sugeriría que separara sus problemas personales de los laborales, como hacemos todos —le respondí, y se quedó sin saber qué decir. No se esperaba una respuesta así.

—Eso es una falta de respeto hacia mi persona, de la que pienso informar ahora mismo.

—Hágalo, no le tengo miedo. Pero si quiere que lo respeten, empiece usted por respetar a los demás, ¿no le parece? Tengo a mis compañeros de testigo de la cantidad de veces que me ha insultado sin motivo alguno, porque mi trabajo es impecable. No sé qué tiene en mi contra, señor Gutiérrez, pero no pienso consentir ni un comentario más de ese tipo —le dije, cansada de aguantar tantas salidas de tono.

Se levantó y abandonó mi despacho sin decir ni una sola palabra más. Me pasé toda la tarde esperando una llamada de Martínez para pedirme explicaciones, pero no ocurrió.

Capítulo 7

Había llegado la noche del viernes y habíamos quedado en un restaurante del Puerto Olímpico, para luego ir a una discoteca nueva que estaba dando mucho que hablar.

Me metí en la ducha y me alisé el pelo; aquella noche me apetecía llevarlo suelto. Apliqué un maquillaje algo más sofisticado que el habitual, ahumando mis ojos en tonos oscuros para que resaltaran más, y mis labios, como de costumbre, en rojo permanente. Mi máscara de pestañas tampoco podía faltar.

A la hora de vestirme no sabía qué elegir, pero quería sentirme sofisticada y elegante, a la vez que sexi y empoderada, como decía mi amiga Marian. Al final me decanté por un vestido negro de seda que me llegaba justo por encima de la rodilla. Era tipo lencero y lo combiné con una americana de rayas diplomáticas y unas sandalias de tacón de aguja, bastante cómodas para lo que teníamos pensado.

Había pedido un taxi, no por la lejanía del lugar —me quedaba relativamente cerca—, sino porque no me gustaba ir sola a esas horas. Esa era la desventaja de vivir en una gran ciudad: la seguridad no era la misma que cuando vivía en mi ciudad natal.

Al llegar, ya estaban Juan y Marian en la puerta. Los demás todavía no habían llegado, y eso me resultó raro, ya que normalmente era yo la que llegaba la última.

—¿No han llegado los demás? —pregunté, dándoles un par de besos a cada uno.

—Jen acaba de llamarme: estaba dejando a Leo con su madre, y Yoli iba a recogerla con un taxi. De los chicos, lo único que sabemos es que Unai no vendrá a la cena; se reunirá con nosotros después, si le da tiempo —me contestó Marian, que notó el cambio en mi cara.

—Yo he invitado a Charles; debe de estar a punto de llegar —les informé, y mi amiga empezó a dar saltitos de alegría.

—Lo que nos vamos a reír con Yoli cuando intente ligar con Luca —dijo Marian, mientras Juan nos miraba con una ceja arqueada.

—¿Alguien me puede explicar quién es el tal Charles y por qué os vais a reír? —preguntó Juan, y fue mi compañero quien le respondió.

—Yo soy Charles, y nos vamos a reír porque tenemos una apuesta pendiente: quién será el primero en ligarse a un chico. Como habrás notado por mis palabras, soy gay, y no es la primera vez que salgo con las chicas —le dijo, ofreciéndole la mano.

—¿Y por qué no tenía yo constancia de esas salidas? Nadie me ha hablado de ti, te lo juro. Si lo hubieran hecho, te prometo que te habría invitado más a menudo, porque nos lo vamos a pasar pipa con esa guerra. Y el pobre de Luca, en medio de los dos —dijo Juan, soltando una carcajada.

—Por favor, decidle a Luca que me siga la corriente, que quiero ver la cara de Yoli descompuesta —suplicó Charles, juntando las manos como si rezara.

—Ponme al día de la situación y estaré dispuesto a hacerlo —dijo Luca, que acababa de llegar con Pedro.

—¡Madre mía de mi alma! ¿Sois todos iguales? ¿Tenéis algún amigo gay que se una al grupo? —respondió Charles al verlos, y soltamos una carcajada.

—Tenemos uno, pero está fuera por trabajo. Creo que la semana que viene vuelve a la ciudad. Si es así, te prometo que organizamos otra quedada —le dijo Pedro, encantado con la idea.

Charles le explicó a Luca el pique que mantenía con Yoli respecto a los ligues. Cada vez que salía con nosotras, tenían la misma apuesta, pero siempre ganaba mi compañero, para desesperación de ella.

—Yo pienso seguirte el juego, pero que quede claro que no pienso darte ni un piquito —le dijo Luca, ofreciéndole la mano para sellar el trato.

—Por supuesto, sé que eres hetero. Aunque me gustaría que fueras de mi acera, no te voy a empujar para que cambies —contestó riendo, mientras estrechaban las manos.

—¿Por qué no viene Unai? ¿Otra vez con la misma movida de siempre? —preguntó Pedro, sin que los demás supiéramos a qué se refería.

—Pues sí, pero dice que nos da el encuentro en la discoteca —contestó Juan, negando con la cabeza.

Le hice un gesto a Marian para preguntarle qué ocurría, pero se encogió de hombros. Una de dos: o no sabía nada, o no quería contarlo. En cierto modo lo entendía, porque no era algo que le correspondiera a nadie más que a Unai explicar.

Por fin llegaron Jen y Yoli, diez minutos más tarde de la hora prevista. Les hice un gesto con el dedo en el reloj, como hacían ellas cuando era yo la que las hacía esperar.

—Lo siento, pero Leo se puso en plan impertinente a la hora de marcharme y, hasta que no logré tranquilizarlo, no pude irme. No le iba a dejar el marrón a mi madre —dijo Jen, algo sofocada.

—Ese niño hace contigo lo que le da la gana, Jen, y no deberías consentirlo —le dijo Marian, y tenía toda la razón.

—Solo me tiene a mí. Ya sabes que su padre, en cuanto lo recoge, lo manda con los abuelos y solo lo tiene cuando tengo que ir yo a buscarlo. ¿Quieres que también piense que yo no lo quiero? —replicó, afligida.

—Nadie te está diciendo eso, Jen. Simplemente, que el niño tiene que entender que tú eres joven y necesitas rehacer tu vida —le dije, echándole un

brazo por los hombros.

—Te voy a proponer algo —intervino Pedro—. ¿Qué te parece si mañana lo llevamos al parque de atracciones? Así tiene la oportunidad de conocerme, porque tengo claro que sin la aprobación de tu hijo no tengo nada que hacer.

—¿Quieres conocer a mi hijo? ¿Y si lo nuestro no funciona?

—Pues siempre le dirás que seguimos siendo amigos, y que podrá contar conmigo para todo lo que necesite, nada más.

La noche del cumpleaños de Juan, Pedro y ella habían terminado en casa de mi amiga. Desde entonces no habían dejado de enviarse mensajes y hablar por teléfono, y eso me encantaba, porque ambos se merecían una historia feliz.

Entramos en el restaurante, donde comenzó el juego de miraditas entre Luca y Charles, ambos muy metidos en su papel, mientras Yoli resoplaba sin disimulo.

—¿Te ocurre algo, *Yolandita*? —le preguntó Charles, con toda la mala leche del mundo.

—¿A mí? Absolutamente, nada, puedes continuar con tu jueguecito —respondió ella, indignada.

—¿Has probado esta salsa, Charles? —le dijo Luca, mojando el dedo en la salsa y dándosela a probar, rozándole los labios.

—Cariño, no juegues con fuego si no quieres quemarte —le contestó Charles, ante la risa de todos… menos la de Yoli, por supuesto.

Capítulo 8

Al final de la cena, y para tranquilidad de nuestra amiga, ambos le dijeron que se habían puesto de acuerdo para gastarle esa broma. Lejos de calmarla, la cabreó más todavía, y llegó a la discoteca con la cara por los suelos. Aun así, todos sabíamos que era algo momentáneo, porque a Yoli los enfados se le derretían tan rápido como los hielos de una copa al sol.

Entramos en la discoteca y fuimos directos al reservado que había conseguido Juan. Ellos habían diseñado el edificio y tenían uno a su disposición para cuando quisieran. Estaba genial, porque, a pesar de estar dentro del local, contaba con una terraza al aire libre desde la que se veía todo el interior, pero donde también podías disfrutar de algo más de tranquilidad.

La terraza estaba equipada igual que el interior del reservado, casi como si fuera un espejo: el mismo sofá color crema, dos laterales y una mesa baja en el centro para dejar las copas. Desde allí se veía cómo la pista de baile se llenaba poco a poco de cuerpos moviéndose al ritmo del DJ.

—Buenas noches. Esto es obsequio de la casa. Con esa Tablet de ahí pueden pedir las bebidas sin necesidad de esperar al camarero. Se recibe directamente en la barra y, en pocos minutos, las tendrán en la mesa. Que disfruten de la noche —nos dijo la encargada, con una sonrisa profesional.

—¡Coño! Pedazo de botella de champán. ¡Brindemos! —exclamó Yoli, con esa energía suya que contagiaba a cualquiera, cogiendo la botella que había abierto la chica antes de irse y llenando las copas de todos.

—Por la amistad y lo que surja —dijo Pedro, mirando a Jen con una ternura.

—Por el amor y lo que venga —añadió Juan, tomando la mano de Marian con esa complicidad que solo da el cariño verdadero.

—Por lo que depare la noche —dijo Luca, sin apartar la vista de Yoli, que se hacía la distraída, pero no dejaba de mirar de reojo.

—Por las que seguimos solteras, para que no dejemos de besar a muchos sapos —dije yo, levantando mi copa, y todos estallaron en carcajadas.

Charles había visto a uno de sus ligues y bajó a saludarlo. Ya no lo volvimos a ver en lo que quedaba de noche, así que dimos por hecho que había tenido éxito.

A pesar de que me sentía muy a gusto con mis amigos —tanto con los de siempre como con los nuevos—, esa sensación de ser el candelabro del grupo empezó a pesarme. Todos estaban emparejados, y yo, aunque sonreía, por dentro me sentía un poco fuera de lugar. Así que decidí levantarme y marcharme a casa.

Estaba claro que Unai no iba a venir, dada la hora que era. Me asomé a la barandilla, más por intuición que por curiosidad, y lo vi: estaba abajo, bailando con una mujer y sonriéndole. En ese instante, sentí que el mundo se me caía encima. Una presión en el pecho, un nudo en la garganta y la certeza amarga de que, una vez más, me había equivocado.

Yo, que desde lo de Hugo había jurado que mi corazón estaba blindado, que no volvería a abrir una rendija por la que pudiera colarse nadie… pues resultó que no. Mi armadura tenía grietas, y otra vez me lo habían vuelto a romper, aun sin haber pasado nada entre nosotros.

—Qué raro que Unai no haya llegado ya —comentó Juan, mirando el reloj.

—Sí ha venido. Está ahí abajo, bailando con una mujer —le contesté. Él se levantó para comprobarlo.

—Este tío es idiota —masculló, y yo no pude callarme.

—No, la idiota soy yo, por creerme sus palabras. Será mejor que me vaya; no quiero calentarme y decir cosas que no debería —le dije, cogiendo mi bolso dispuesta a marcharme.

—¿Qué palabras? ¿A qué te refieres?

—Primero, a las tuyas, pidiéndome que le diera una oportunidad, cuando es un cabrón como casi todos. Y segundo, a las que me mandaba con los regalitos a la oficina. ¿No te ha contado que me envió gominolas en forma de besos y una caja de chocolates? Pues que te lo cuente él.

Salí de allí echando humo por las orejas. Justo cuando estaba llegando a la puerta, me frenó Paul, un hombre con el que me había acostado alguna que otra vez, y con el que no pensaba repetir. Me parecía un gilipollas de manual, pero en ese momento me venía perfecto para que Unai viera lo que me habían importado sus palabras.

—Moira, ¡cuánto tiempo sin verte! —dijo, dándome dos besos muy cerca de la comisura.

—Hombre, Paul, ¿qué tal? —respondí, fingiendo entusiasmo.

—¿Te apetece una copa y un bailecito? —preguntó, y asentí.

Me pedí un refresco —no quería beber más—; tenía que actuar con cabeza, y el alcohol solo me nublaría. Con los vasos en la mano, fuimos hasta una mesa alta que acababa de quedarse libre y donde apoyamos las copas para poder bailar con libertad.

Unai me había visto, y en su rostro se reflejaba el desconcierto total. Pero me daba igual. Si a él le había importado una mierda todo, a mí me iba a importar mierda y media.

Los bailes se fueron volviendo cada vez más sensuales y, en cuanto terminamos el último, vi cómo se acercaba a mí, aprovechando que su acompañante había ido al baño.

—Moira, ¿podemos hablar? —me dijo. Fingí no haberlo visto antes.

—Hola, Unai. ¿Qué tal todo? Te esperábamos mucho antes. Veo que te has perdido… lo digo por la hora a la que has llegado —contesté con toda la ironía del mundo.

—Llevo aquí más de dos horas, pero no he podido subir a veros. Me gustaría hablar contigo en privado —dijo, mirando a Paul, que tampoco le quitaba el ojo de encima.

—¿Puedo ir a por otra copa o me necesitas aquí? —preguntó Paul, sin apartar la mirada de él.

—Claro, ve. Sé defenderme sola, no te preocupes —le dije, sonriente.

—Moira, respecto a las notas y a que hoy no haya aparecido… todo tiene una explicación —dijo justo cuando llegó la mujer. Me sonaba de algo, pero no terminaba de ubicarla.

—Unai, amor, ¿me traes algo de beber? Tengo la boca seca —dijo ella, pasándose la lengua por los labios.

—Ahora mismo no puedo, Maje. Tengo que aclarar una cosa con Moira que es importante —contestó él, con una sonrisa.

—No te preocupes por mí, no necesito ninguna explicación. Eso sí, te rogaría que dejaras de enviarme nada. Ya he tenido problemas por recibir paquetes y, para lo que tienen de ciertos, será mejor que lo evitemos. Atiende a tu amor —le solté, haciendo hincapié en esa última palabra.

—Moira, no es lo que piensas, de verdad…

—La última vez que me dijeron eso, me destrozaron la vida. Por tu bien, no lo vuelvas a pronunciar.

Ahora sí me fui, sin despedirme ni de Paul ni de nadie. Paré el primer taxi que vi pasar y le pedí que me llevara a casa. Durante el trayecto, miraba por la ventanilla las luces de la ciudad, borrosas por las lágrimas que me negaba a dejar salir. Entré, tiré el bolso sobre el mueble de la entrada y me descalcé, con la rabia y el dolor de quien se siente traicionada otra vez.

No le pedía amor eterno —entre otras cosas, porque ya no creía en él—, pero tampoco iba a permitir que jugaran conmigo. También tenía un pequeño corazoncito, aunque a veces se me olvidara.

Me quité el maquillaje frente al espejo, viendo cómo la máscara de pestañas dejaba surcos negros en mis mejillas. Las lágrimas caían sin control, y mi reflejo parecía el de una desconocida. El teléfono no paraba de sonar, y sabía que eran las chicas, pero no tenía fuerzas para hablar con nadie. Así que envié un mensaje al grupo para que supieran que estaba bien y en casa. Mañana hablaríamos.

Capítulo 9

El domingo por la mañana me levanté como si fuera una muerta viviente, ya que no había pegado ojo en toda la noche. Había dado mil vueltas en la cama, repasando una y otra vez lo ocurrido, hasta que me rendí. Tampoco podía permanecer ni un minuto más allí, mirando el techo y castigándome con pensamientos que no llevaban a ningún sitio. Antes de las ocho ya estaba en pie, con el café recién hecho en una mano y una tostada con paté de jamón serrano en la otra. El primer sorbo me supo a gloria. Puse música, me coloqué los auriculares y empecé con la limpieza.

Lo primero que hice fue cambiar las sábanas de mi cama, que metí en la lavadora junto con toda la ropa blanca que tenía pendiente. Más tarde pondría una de color y la plancharía en cuanto terminara la secadora. Limpié el polvo de los muebles, fregué el baño, cambié las toallas y, por último, barrí y fregué el suelo de toda la casa. El olor a limpio me dio una sensación de orden que, por dentro, aún no tenía.

Ni siquiera me había percatado de que se había abierto la puerta hasta que sentí una mano en el hombro. Pegué un salto y un grito al mismo tiempo, del susto que me llevé.

—¡¿Eres idiota?! Me has dado un susto de muerte, imbécil —le solté a Marian, quitándome los auriculares con el corazón todavía acelerado.

—¿Susto? ¿Vas a decir que te he dado un susto? Me cago en la leche, Moira, susto el que nos hemos llevado nosotros por tu culpa —me dijo, realmente preocupada.

—¿De qué estás hablando? ¿Cuándo te he dado yo un susto, vamos a ver? —le contesté, todavía a la defensiva.

—No sabemos nada de ti desde anoche, con el puto mensajito de los cojones. Te llevamos llamando toda la mañana, y el teléfono apagado o fuera de cobertura. Venimos hasta tu casa y no nos abres la puerta. ¿Sabes el miedo que he pasado pensando que te había ocurrido algo? —dijo, y se le quebró la voz antes de empezar a llorar.

—Lo siento, el teléfono debía haberse quedado sin batería. Y con respecto a no abrir, tenía la música muy alta en los auriculares y no he oído el timbre —le dije, dándole un abrazo. Sentí una punzada de culpa.

A Juan también se le notaba afectado. Poco después llegaron los demás, incluso Jen con el niño, que traía una cara de pocos amigos. Iban a ir al parque de atracciones y, al enterarse de todo, le habían dicho a Leo que estaba cerrado «para limpieza», solo para poder venir.

—Os pido disculpas, de verdad. No pensé que pasaría nada de esto. Anoche estaba mal y necesitaba alejarme de todo y de todos, por eso no os contesté a las llamadas —les dije, con pena y mucha vergüenza. Por mi culpa habían tenido que cambiar los planes.

—Yo sé por lo que estabas mal, y te prometo que no tienes que preocuparte por esa mujer —dijo Luca, que se había dado cuenta de todo.

—¿Qué mujer? ¿De qué estáis hablando? —preguntó Pedro, desconcertado.

—De Maje. Unai estaba anoche con ella en la discoteca —contestó Luca, ante el gesto crispado de su amigo.

—¿Ese tío es gilipollas? ¿No se da cuenta de que lo está manejando como quiere? ¿De qué le han servido las amenazas? —dijo Pedro, elevando la voz.

—De nada. Hasta que no se dé cuenta de que puede perder lo que quiere por culpa de ella, no abrirá los ojos, por mucho que le digamos —añadió Luca, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Alguien nos va a explicar quién coño es la tal Maje esta? —intervino Yoli, con su falta de filtro habitual.

—No nos corresponde a nosotros contarlo, pero…

—Pero una mierda como un camión de grande. Aquí, si se habla de algo, se cuenta todo. Si no, te hubieras callado la boquita, como hace todo el mundo —lo interrumpió Yoli, sin dejarle terminar.

—A mí me da igual quién sea esa mujer. Lo que no me da la gana es que jueguen conmigo. No le pedí que me pusiera un anillo en el dedo, ni siquiera una noche de pasión, pero ya estoy harta de palabras bonitas que no vienen acompañadas de un gesto —dije, y mi voz sonó más dolida de lo que me hubiera gustado.

Juan miró a sus amigos, que cuchicheaban entre ellos, y finalmente habló:

—Maje es su exnovia, a la que abandonó tres meses antes de la boda, al enterarse de que le fue infiel. No pienso contar nada más, el resto es cosa de Unai si quiere hacerlo o no.

Sus palabras me dejaron aún peor cuerpo. Era como si una parte de mí necesitara no saberlo, para seguir enfadada, sin sentir lástima.

—Vamos, que es un cornudo y, encima, apaleado, porque no la ha superado. La cosa se pone cada vez más interesante —dije, levantándome para salir a la terraza. Necesitaba que me diera el aire. Juan me siguió.

—No es eso, Moira, te lo aseguro. Unai la tiene más que superada. Cuando pasó todo se dio cuenta de que, realmente, estaba con ella más por costumbre que por amor. Te lo prometo —me explicaba, pero sus argumentos no me convencían.

—Me digas lo que me digas, no me sirve, lo siento. No se puede ir por la vida así. Y no es que entre nosotros haya pasado algo, porque ni un mísero beso nos hemos dado. Pero, aun así, tengo un corazoncito al que no le gusta que lo desilusionen…

—Por favor, escúchalo. Me ha llamado esta mañana para pedirme tu número, y le he dicho que sin tu consentimiento no se lo iba a dar —dijo Juan, casi suplicando.

—Ya he tenido suficientes mentiras en mi vida, Juan, no necesito más. Todo esto solo confirma lo que pienso: el amor no está hecho para mí. Tengo un imán para los cabrones que juegan con las mujeres, y seguiré como hasta ahora, acostándome con quien me apetezca y, luego, si te he visto, no me acuerdo —le dije, justo cuando Marian salió a la terraza.

—Vamos a ir a comer todos juntos al restaurante que está al lado del parque, para que el niño pueda jugar un rato. Vístete y vente con nosotros, anda —me dijo mi amiga, intentando animarme.

—No me apetece, de verdad. Quiero estar sola, necesito estar sola. Te prometo que mañana, cuando salga de la oficina, me paso por tu casa y cenamos juntas —le respondí, y Marian, que me conocía demasiado, no insistió.

Los vi marcharse a todos y, cuando cerré la puerta, me dejé caer en el sofá. ¿Por qué tenía tan mala suerte con los hombres? Lo mío no era ni medio normal. Estaba destinada a convertirme en la vieja de los gatos, aunque me dieran alergia y ni siquiera me gustaran.

Bajé a comprar pan, dando un paseo para despejarme, cuando un lamento me llamó la atención. Venía de una caja junto a los contenedores. No me lo pensé: la abrí y me encontré con un cachorrito que me miraba con unos ojos enormes, llenos de miedo y ternura.

—Hola, precioso. ¿Te han abandonado? —le pregunté, rascándole las orejas. El pequeño me lamió la mano, temblando.

Lo saqué de la caja y lo llevé al veterinario de guardia que había en mi misma calle. Comprobaron que no tenía chip, así que lo adopté. Rellené la documentación y lo bauticé como *Hulk*, porque le gruñía a todo el que se acercaba y no fuera yo. Y ahí supe que, aunque no lo buscara, ese domingo no me había quedado tan sola como creía.

Capítulo 10

Había pasado ya una semana desde que encontré a Unai con aquella mujer en la discoteca, y no había vuelto a dar señales de vida. En el trabajo todo seguía igual: Gutiérrez, con ese carácter agrio suyo, pendiente de cada paso que daba, deseando que cometiera el más mínimo error para echarme la bronca. Pero no le di la oportunidad de que lo hiciera.

—Hola, amor. Hemos pensado hacer una barbacoa este fin de semana en mi casa. Tráete ropa, porque se quedan todos a dormir —me dijo Marian el viernes por la tarde, con ese tono que usaba cuando sabía que me iba a terminar convenciendo.

—No sé… En realidad no me apetece nada. Además, tengo un nuevo amigo: Hulk, que me tiene vigilada desde que llego a casa. En mi regazo lo tengo ahora mismo —le contesté, sonriendo mientras le rascaba la cabecita al cachorro, que me miraba con ojos de pura devoción.

—¿Un amigo peludo? Pues te lo traes también, así Leo estará entretenido. El papá acaba de avisar a Jen de que tiene que salir de viaje urgente y no se lo puede llevar. Venga, anda, y dile a Charles que se apunte. La barbacoa será en honor a Nando, el amigo que faltaba en la pandilla. Vuelve a la ciudad definitivamente —insistió, como si supiera que lo de decir «no» no se me daba bien con ella.

—Está bien, iremos. Ahora mismo lo llamo. Yo llevo el postre, que acabo de hacer un flan de mango que ha salido para cantarle una saeta —le dije, y su carcajada me alegró la tarde.

Nos despedimos, y le envié un mensaje a Charles, que me respondió con una avalancha de emoticonos de fiesta, copas y hasta una gitana bailando. Me hizo reír, como siempre.

Después de sacar a Hulk a pasear un buen rato, me di una ducha, me puse el pijama y me senté a cenar. Había preparado una lasaña de atún la tarde anterior y me había sobrado más de la mitad, así que solo tuve que calentarla. Mientras comía, el pensamiento de Unai volvió a colarse sin permiso. Sabía que probablemente estaría en la barbacoa, pero había decidido que lo ignoraría. No pensaba volver a ir detrás de un hombre que, a las primeras de cambio, salía corriendo porque su ex lo necesitaba. Si se tratara de una enfermedad, lo entendería. Pero si era por aburrimiento o por cama, por ahí no pasaba.

✣ ✣ ✣

El sábado por la mañana, mientras preparaba mis cosas, Hulk me seguía por toda la casa, moviendo la cola sin parar. Le puse la correa y el arnés para el coche. Antes de subirnos, lo llevé al parque para que hiciera sus necesidades. A pesar de ser un cachorro, no me había hecho ninguna trastada; era obediente y cariñoso, y cuando lo dejaba solo, se quedaba en la terraza, allí corría y saltaba todo lo que le daba la gana.

—¡Ya ha llegado Moira! —gritó Juan al verme aparecer por la entrada de su casa, había aparcado cerca.

—Hola, hola… Este es Hulk —dije, soltándole la correa para que corriera libre.

—¡Mira, mami, Moira trae un perrito! —gritó Leo, tirándose de rodillas para acariciarlo.

Hulk fue directo a sus brazos, dejándose mimar, y los dos se pusieron a jugar con la pelota, correteando felices alrededor del jardín, aunque siempre lejos de la piscina.

Al levantar la mirada, lo vi. Unai. Tan guapo como siempre, aunque sus ojos parecían más tristes que la última vez. Lo saludé con dos besos, igual que a los demás, pero los suyos… los suyos me supieron diferentes. No sabría decir si más dulces o más amargos, pero sí tenía claro que, muy a mi pesar, mi corazón ya le pertenecía.

—¿Podemos hablar? —me preguntó, cuando por fin nos quedamos a solas. El resto disfrutaba en la piscina entre risas y chapuzones.

—¿Qué quieres de mí, Unai? Ya no sé qué pensar ni cómo actuar contigo, de verdad —le dije, frustrada y cansada de tanto vaivén.

—Quiero que me entiendas, que te pongas en mi lugar, y que me des la oportunidad de conocernos de verdad —me respondió, y me salió una sonrisa de lo más sarcástica.

—¿Que te entienda? ¿Te has parado tú a intentar comprenderme a mí? Mira, ya tuve bastante con una traición como para arriesgarme a otra. Ella, Maje, siempre va a tener preferencia para ti. No sé si no la has olvidado, si sigues enamorado de ella o qué coño te pasa… —No pude seguir, porque me agarró por la cintura y me besó.

¿Debería haberme apartado? Pues sí. ¿Lo hice? En absoluto. Me entregué a esa boca, a esos labios que llevaba días soñando probar. Todo se detuvo: el ruido, las voces, el mundo entero. Solo estábamos él y yo.

—¿Sigues pensando que estoy enamorado de ella? Porque creo que, si lo estuviera, no te habría besado como lo he hecho. Y tú… tú tampoco me habrías correspondido así —dijo, con la voz entrecortada. Y tenía razón.

—No voy a ocultar que me gustas, Unai. Mucho, además. Pero no puedo evitar tener miedo. Me da pavor que me vuelva a pasar lo mismo, que me entregue al cien por cien mientras tú lo haces al cuarenta, que un día decidas que tu mejor opción es ella y no yo. Mi corazón no resistiría algo así, no levantaría cabeza —me sinceré, con la voz temblorosa.

—No puedo prometerte que corte con Maje de un día para otro, pero sí que, poco a poco, me iré alejando. Quiero intentarlo contigo, Moira. Déjame

demostrarte que no soy como tu ex —dijo, mirándome con una mezcla de ternura y deseo.

Podéis tacharme de ingenua, de ilusa o de lo que queráis, pero lo creí. Esta vez fui yo quien enmarcó su rostro con las manos y lo besó, de una forma dulce, pero también ardiente, que nos encendió por dentro.

—Creo que necesito un baño… o Leo pensará que tengo un Madelman guardado en el bañador —bromeó, y bajé la vista justo a tiempo para ver su erección. Solté una carcajada.

—Idiota… —susurré entre risas.

Sin dejarme reaccionar, me cogió en brazos y se lanzó conmigo a la piscina. Por suerte, los dos estábamos en bañador y no tuvimos que lamentar pérdidas de ropa.

Cuando emergimos, seguimos riendo, abrazados, con el agua resbalando entre nuestros cuerpos. Nos besamos de nuevo, sin pensar, sin disimulo, y él me llevó a una de las esquinas de la piscina, lejos de los demás. Me acorraló suavemente contra la pared y sentí cómo mi respiración se aceleraba.

Le rodeé la cintura con las piernas, buscando su contacto, y un escalofrío recorrió mi piel cuando noté su erección rozándome. Sus dedos se deslizaron con disimulo hasta mi sexo, apartando la tela de la braguita y dibujando círculos sobre mi clítoris. Yo mordí mi labio, intentando contener los gemidos. Su mirada se hundía en la mía, y cuando sintió que estaba a punto de perder el control, se apoderó de mi boca, acallando mis jadeos con su lengua.

—Creo que necesito unos minutos a solas… o alguien se va a asustar —susurró con una media sonrisa. Yo no pude evitar reír, mordiéndome el labio.

Capítulo 11

Me fui a charlar un rato con las chicas y, de pronto, vi que había llegado Charles. Había venido algo más tarde porque tenía que llevarle una medicación a su abuela, que estaba ingresada en una residencia de ancianos. Me lo había contado días atrás, y sabía que había sido una decisión durísima para él. La adoraba, y se había dejado la piel intentando cuidarla en casa, pero con su trabajo era imposible. Al final, tuvo que aceptar que allí estaría mejor atendida, aunque le doliera el alma.

—Ya estás aquí, no te he visto ni oído llegar —le dije, mientras me acercaba con una sonrisa.

—Ya te he visto, estabas muy entretenida con tu Ken arquitecto —contestó, con esa mirada pícara suya que siempre conseguía arrancarme una carcajada.

Todos reímos, incluido Unai, que apareció justo detrás en ese momento.

—¿Lo has llamado Ken arquitecto? Eres mi ídolo, chaval —dijo un hombre que acababa de llegar.

—¡Fernando! —exclamaron todos al unísono, y salieron de la piscina para abrazarlo entre risas y bromas.

—¿Este es el famoso Fernando gay? —susurró Charles, inclinándose hacia mí—. Pues lo siento por él, pero va a ser mi objetivo durante esta barbacoa.

—Me parece que lo vas a tener fácil, porque no te quita el ojo de encima. Anda, salgamos, así le das tiempo a que te haga el repaso completo —le dijo Yoli, con su habitual desparpajo, provocando que todos soltásemos una carcajada.

Salimos de la piscina y nos acercamos a saludarlo, dejando a Charles para el final, con toda la intención de que tuviera la oportunidad de quedarse un rato más con él.

—Me parece que entre estos dos ha habido un flechazo —me susurró Unai al oído, justo antes de coger suavemente el lóbulo de mi oreja entre sus dientes.

—Estate quieto, que ya bastante encendida me tienes —le respondí en un suspiro, intentando apartarme, aunque él me sujetó con firmeza por la cintura, apoyando su mano en mi vientre. Su cercanía me desarmaba.

—Vaya, Ken arquitecto, veo que esta vez has tenido buen gusto. Si está aquí con todos nosotros, es porque no es como la estirada de Maje —dijo Fernando, y noté cómo Unai se tensaba de inmediato.

—Es una de mis mejores amigas, por eso está aquí —intervino Marian con rapidez, intentando desviar el tema.

—Mejor entonces, porque así nos aseguramos de que no se vaya, y de que tampoco se lo lleve a él —contestó Fernando, guiñándome un ojo con descaro.

La jornada transcurrió entre risas, conversaciones cruzadas y comentarios irónicos de Charles, a los que Fernando respondía con el mismo ingenio. La química entre ellos era evidente, y nadie se sorprendió cuando, un rato después, los vimos besándose en un rincón del jardín.

—Si os estáis escondiendo por mi hijo, no lo hagáis —les dijo Jen con una sonrisa—. Intento que entienda que hay muchos tipos de pareja. No quiero que crezca pensando que las únicas legítimas son las formadas por un hombre y una mujer.

—Pues te lo agradezco —respondió Fernando, mirándola con gratitud—. No todas las madres actúan así.

Leo seguía jugando feliz con Hulk, lanzándole la pelota una y otra vez, y el pequeño cachorro no se cansaba de ir a por ella, con su cola moviéndose como un péndulo de pura emoción.

Cuando nos sentamos en la mesa para cenar, Unai se inclinó hacia el grupo.

—¿Os quedáis con Hulk? Quiero enseñarle a Moira una cosa en mi casa. No sé si volveremos ahora o mañana por la mañana —dijo, mirándome con intención.

—Por supuesto, a ver quién es el guapo que separa a Leo del perrito —contestó Pedro, riendo.

—No lo dejéis que se suba a las camas, por favor. Es lo que más trabajo me ha costado que no haga, sobre todo por la noche. Si ponéis su camita —señalé hacia el rincón donde la había dejado—, ponedla en el suelo, cerquita de Leo, que es a lo que está acostumbrado.

Nos despedimos entre bromas y salimos de allí tal y como estábamos. Unai vivía justo enfrente, en una casa más grande que la de Marian y Juan, aunque igual de bonita. Caminamos despacio, casi sin hablar, con esa tensión dulce que antecede a algo inevitable.

Cuando cruzamos el umbral de su puerta, la contención desapareció. Nos buscamos con urgencia, sin palabras, como si lleváramos siglos esperando ese momento. Lo que me tenía que enseñar no era otra cosa que la manera en que me deseaba… del mismo modo en que yo lo deseaba a él.

Me cargó en su hombro, dejando mi trasero a la altura de su boca, y me pegó un mordisco en una de las nalgas hasta que llegamos a su habitación. Me lanzó a la cama con energía, pero también asegurándose de que no me hiciera daño. Se situó entre mis piernas, rozándome con su sexo, que ya estaba más que preparado, igual que el mío.

—No quiero preliminares, quiero sentirte dentro, ya… —supliqué, mientras lo veía quitarse el bañador. El mío había desaparecido de mi cuerpo, pero no sabría decir en qué momento fue.

—Tenemos toda la noche para los preliminares. Si esto es lo que quieres, esto te voy a dar —me contestó, penetrándome de un fuerte empujón.

El placer que sentí al tenerlo dentro es algo que no puedo describir, pero sí que pude hacérselo saber con mis jadeos y gemidos, que no paraban de salir de mi boca, al igual que de la suya. En un momento dado, decidí que quería ser yo quien llevara las riendas, así que invertí las posiciones sin que saliera de mi interior, y me dispuse a cabalgar como la mejor de las amazonas.

Siguiendo mi deseo, él se sentó en la cama, conmigo en la misma posición, y lo noté todavía mejor, por lo que aceleré el ritmo, ayudada por sus manos en mis caderas, así como por su movimiento de pelvis.

—Me estás matando de placer, Moira, te lo juro —me dijo, y eso me encendió más todavía.

—Me voy a correr, no aguanto más —le dije, justo cuando una oleada de placer me atravesaba la columna vertebral de arriba abajo.

Unai lo hizo conmigo, se dejó ir al mismo tiempo que yo, y os prometo que lo que sentí no es comparable con nada de lo que hubiera sentido anteriormente, ni siquiera cuando estuve con Hugo. Él cayó de espaldas en la cama, arrastrándome con él, dejándome reposar sobre su pecho, pero todavía con su miembro en mi interior.

—Deberíamos darnos una ducha —me dijo, y asentí con la cabeza, porque no era capaz ni de articular palabra alguna.

—Vamos, dime dónde es —le respondí, jadeante.

En el interior de la ducha dejamos que nuestros más bajos instintos salieran de nuevo a la luz. Esta vez sí hubo preliminares, no porque nos hicieran falta, que ya estábamos los dos demasiado calientes, sino porque queríamos tenernos de otra manera, más completa pero igual de satisfactoria.

Sus manos enjabonaron todo mi cuerpo, y al llegar a mi sexo, se arrodilló, pasando su lengua por toda mi extensión, haciendo que me temblaran las piernas. Cuando se dio cuenta de mi reacción, se empleó más a fondo, consiguiendo que tuviera un orgasmo en cuestión de minutos, tan intenso como el que había tenido en la cama.

Me puso mirando a la pared, elevó mis caderas, y me hizo suya de nuevo. Me penetró fuerte, con el ritmo acelerado, y me hizo ver las estrellas otra vez. Esa noche iba a tener más orgasmos que los que había tenido durante toda mi vida, lo estaba viendo venir.

Cuando consiguió que me corriera de nuevo, salió de mi interior, y supe lo que quería, y se lo iba a dar. Me arrodillé delante de él, tomé su miembro con mi mano, acariciándolo de arriba abajo, y me lo metí en la boca. El momento en el que se derramó dentro de mí fue glorioso, me sentí la mujer más deseada del mundo.

Capítulo 12

Pasamos toda la noche juntos y, por la mañana, regresamos a casa de Juan y Marian. El aire olía a pan tostado y café recién hecho, y Hulk correteaba por el jardín con el niño. Todo parecía tranquilo… hasta que el teléfono de Unai sonó. Bastó una sola mirada a su rostro para saber quién era. Su expresión se transformó por completo, y un nudo se me formó en el estómago.

Quise pensar que le diría que no podía ir, que estaba ocupado, pero nada más lejos de la realidad.

—Tranquila, no vayas a hacer una tontería, Maje. No, no te preocupes. Dame media hora para vestirme y enseguida estaré allí —dijo, y en ese instante sentí cómo algo dentro de mí se rompía, silenciosa pero profundamente.

Lo dejé allí, sin decir palabra, y me fui hasta donde estaban los demás desayunando. Mi cara debió de decirlo todo, porque todos dejaron lo que estaban haciendo al verme. La confirmación llegó segundos después, cuando Unai se acercó.

—Moira, tengo que irme. Volveré lo antes posible —murmuró, con la mirada baja, como un niño atrapado en una mentira.

—No lo hagas por mí —le respondí, manteniendo la voz lo más firme que pude—. Hemos pasado una noche fantástica, pero se acabó. Te advertí, antes de empezar, que no estaba dispuesta a esto, a que salieras corriendo cada vez que a ella le diera la gana…

—Entiéndelo, joder, no está bien, me necesita —me interrumpió, desesperado, casi suplicando.

—Lo siento, pero no lo entiendo —le respondí, mirándolo fijamente—. Te voy a poner en una situación ficticia: si yo te dijera que necesito que sigas a mi lado para no sentirme utilizada, ¿te quedarías? —No hizo falta que contestara; su silencio fue más elocuente que cualquier palabra.

—No es eso, de verdad. No puedo cargar con ciertas cosas sobre mi conciencia, eso es todo —dijo, pero yo ya había desconectado.

—Ella siempre será tu prioridad, y yo no estoy dispuesta a ser el segundo plato de nadie. El hombre que esté conmigo debe tener claro que yo soy lo primero, igual que él lo será para mí. Y tú… tú no eres ese hombre.

Cuando terminé de hablar, se dio la vuelta sin mirarme y entró en su casa. Diez minutos después, lo vimos salir con el coche, seguramente hacia casa de su ex. Sentí cómo me partía en dos por dentro.

No pude evitarlo. Rompí a llorar con un llanto desgarrador, de esos que salen del alma, y mis amigos me rodearon enseguida, sin dejarme sola ni un instante.

—Es que no lo entiendo, de verdad. ¿Qué poder tiene esa mujer sobre él? —pregunté entre sollozos, cuando logré calmarme un poco.

—Es complicado, Moira —dijo Juan, cruzando los brazos, incómodo.

—Pues explícamelo, porque me voy a volver loca.

—Lo haré —dijo él finalmente, ignorando las miradas de advertencia de los demás.

—Te lo agradecería, de verdad.

—Maje tiene el poder de descontrolarlo por un solo motivo —empezó Juan con voz grave—. Cada vez que ve que alguien se acerca a él como tú, lo amenaza. Le dice que, si se aparta de su lado, se quitará la vida. Y eso… eso no es algo que Unai pueda ignorar.

Me quedé sin palabras. El aire parecía haberse espesado de repente.

—Pero supongo que esa mujer tendrá una familia, ¿no? —pregunté al fin, incrédula.

—Tiene a su padre, que está completamente amargado por su culpa —añadió Juan.

—Pues que hable con él, que la interne en un psiquiátrico para que la traten. No puede ir arruinando la vida de la gente porque le dé la gana —dije, sintiendo hervir la rabia en mis venas.

—Ya lo ha hecho, Moira —intervino Pedro—. Unai llegó a amenazarla con denunciarla, con ponerle una orden de alejamiento, pero se lo pasa por el forro.

—Pues lo siento por él —respondí, levantándome con determinación—, pero yo no pienso entrar en ese juego. Ya lo pasé mal una vez, y no pienso hacerlo dos veces. Mucho menos ahora que conozco el terreno.

Después de comer, con un dolor de cabeza insoportable, decidí dar por finalizado el fin de semana. Recogí mis cosas, metí las de Hulk en el coche y salí de allí rumbo a casa. Como era de esperar, Unai no había vuelto.

¿Me dolía? Por supuesto. Pero también sabía que era fuerte, que saldría adelante, como lo había hecho cuando Hugo y Julia me traicionaron. Parecía que, cuanto más me dolían las cosas, más necesidad tenía mi mente de demostrarme que nadie podría conmigo. Y, de alguna forma, se lo agradecía.

Al llegar a casa, Hulk, agotado tras tanto juego, se fue directo a la terraza y se durmió en su rincón favorito. Yo aproveché su calma para poner una lavadora, darme una ducha tranquila y sentarme en el sofá a seguir viendo la serie. No sé cómo ni cuándo, pero me quedé dormida. Había sido un día agotador, y mi cuerpo ya no podía más.

Cuando abrí los ojos, eran casi las cuatro de la madrugada. Para dos horas, no valía la pena meterme en la cama. Sabía que no volvería a dormirme, así que me levanté despacio y me vestí sin prisas.

Antes de irme a la oficina, le puse la correa a Hulk y lo llevé al parque. El pobre había aguantado desde la tarde anterior. Si hubiera hecho algo en la terraza, no habría sido su culpa, sino mía.

Llegué a la oficina cuando aún no eran ni las siete y media. Era demasiado pronto, así que crucé la calle y entré en la cafetería de siempre.

—Qué tempranito llegamos hoy, ¿no? —me dijo Raúl, el camarero, con su sonrisa de siempre.

—Me he caído de la cama —contesté, esbozando una sonrisa cansada que ni siquiera alcanzó mis ojos.

—Veo que necesitas dosis extra de café… y de dulce. Ahora mismo te lo traigo —dijo, guiñándome un ojo.

Al poco rato me sirvió el desayuno, y lo saboreé con calma. Entonces vi un mensaje en el móvil, de un número desconocido. Dudé en abrirlo, pero la curiosidad me pudo.

Desconocido: *Si piensas que se va a quedar contigo, vas lista. Nadie tiene el poder de apartarme de su lado, y tú, mucho menos.*

Me quedé mirando la pantalla, paralizada. No sabía si reír o temblar. Al final decidí no responder. No iba a entrar al trapo. Esa no era mi guerra. Aun así, reenvié el mensaje al grupo de las chicas. Marian estaba de turno de mañana, por lo que no tardó en contestar.

Marian: *¿Qué mierda es esto? ¿Quién te lo ha enviado?*

Moira: *Supongo que Maje, no hay otra que pueda decirme esto, porque no he estado con nadie más, y tú lo sabes.*

Estuvimos un rato hablando, debatiendo si Unai debía saberlo o no. Al final tuve que entrar en la oficina, dejando el tema en el aire. Yo no iba a decírselo… pero Marian era libre de hacerlo si lo creía necesario.

Capítulo 13

Los días fueron pasando, y con ellos las semanas. Unai había intentado acercarse en más de una ocasión, sobre todo cuando coincidíamos en alguna reunión con nuestros amigos, pero yo no se lo permití. Sabía cuál era mi postura, y también conocía la suya. Éramos dos trenes en vías opuestas, condenados a no encontrarse nunca.

Pero ese día, el destino volvió a jugar sus cartas. Estaba en mi despacho, revisando una campaña, cuando la puerta se abrió de golpe. Gutiérrez entró sin llamar, con el ceño fruncido y el pecho hinchado como un gallo dispuesto a pelear.

—Recoge tus cosas, estás despedida —soltó, sin preámbulos ni explicaciones.

Lo miré fijamente, incrédula, intentando procesar lo que acababa de escuchar. No estaba dispuesta a dejar que se saliera con la suya.

—¿Perdona? ¿Qué motivo tienes para despedirme? —le dije, poniéndome de pie—. En primer lugar, no tengo ninguna carta de despido, ni aviso con quince días de antelación. En segundo, no eres tú quien tiene ese poder. Y te adelanto que, esta vez, no pienso quedarme de brazos cruzados.

Él iba a responder, pero en ese momento apareció el señor Martínez, el director general, con su habitual gesto contenido, aunque sus ojos dejaban entrever un mal presentimiento.

—Señorita Serrano —dijo con voz grave—, como trabajadora es usted excelente, y no dudaré en darle muy buenas referencias en su carta de recomendación. Pero como persona… deja usted mucho que desear.

Aquello me cayó como un jarro de agua helada.

—¿Me está diciendo que me despide por algo de mi vida personal? —pregunté, intentando mantener la compostura—. Porque, además, no sé a qué se está refiriendo. ¿Sería tan amable de aclarármelo?

—Ahora mismo se lo explico —respondió, cruzando los brazos—. Me han informado de que se entrometió entre su hermana y su pareja, aun sabiendo que ella estaba embarazada. Por eso, según parece, tuvo que marcharse de su ciudad natal, por la vergüenza que sentía. Y ahora, lo ha vuelto a hacer con la hija del señor Gutiérrez, provocando que su boda se cancelara y dejándola completamente desquiciada.

Mi mandíbula casi tocó el suelo.

—Vamos por partes —dije, intentando no perder el control—. La que se metió en mi relación, quedándose embarazada de mi pareja, fue mi hermana. Puede comprobarlo si pide un certificado de empadronamiento: la que vivía con Hugo era yo, mientras que ella lo hacía en el edificio de enfrente. Aquí tiene, además, el vídeo de la pedida de mano que me hizo unos meses antes de que me marchara. Se la ve perfectamente a ella a nuestro lado.

—Si me fui de mi ciudad, no fue por vergüenza, sino por pena. Pena ante la traición de las dos personas más importantes de mi vida. Y respecto a la hija del señor Gutiérrez… ¿podría decirme cuándo fue anulada esa boda?

—Creo que hace unos cinco meses —me contestó Martínez, con el ceño fruncido—, si no me equivoco.

—Bien. Supongo que su hija es Maje, y que hablamos de Unai. Pues le aclaro algo: yo conocí a ese hombre hace solo dos meses, en el cumpleaños de un amigo que, casualmente, trabaja en su despacho de arquitectura. No he sido yo quien arruinó esa boda, sino ella, a quien su prometido encontró en la cama con otro hombre al regresar antes de un viaje de trabajo.

El silencio que siguió fue sepulcral. Gutiérrez se removió en su sitio, incapaz de sostenerme la mirada.

—¿Es eso cierto, Gutiérrez? —preguntó Martínez, cada vez más enfadado.

—Sí, pero… luego han intentado volver —farfulló—. Hasta que Unai se encaprichó de ella. Sé que él sigue enamorado de mi hija; no haría lo que hace si no fuera así. Pero mientras Moira siga en medio, no podrán ser felices.

Me reí, incrédula, negando con la cabeza.

—Ahora entiendo su inquina hacia mí. Todo esto es por su hija. Pues debería internarla en un psiquiátrico, porque amenazar con quitarse la vida cada vez que alguien intenta dejarla no es amor, es manipulación. Dicho esto, ahora la que se va de aquí soy yo. Con mi experiencia, no me costará encontrar un sitio donde se valore mi trabajo y no se juzgue mi vida personal.

Martínez me observaba con el ceño fruncido, pero en sus ojos ya no había enfado: había respeto, incluso cierto miedo. Sabía perfectamente que muchos clientes pedían que fuera yo quien dirigiera sus campañas. Si me marchaba, ellos no dudarían en seguirme.

Por un momento, se me cruzó la idea de montar mi propia agencia. Tenía los medios, los contactos y el talento. Charles sería mi primera incorporación.

—Señorita Serrano, señor Gutiérrez, acompáñenme a mi despacho. Ahora —ordenó Martínez con voz seca.

Caminé con la cabeza bien alta, sintiendo las miradas curiosas de mis compañeros mientras subíamos en el ascensor. No sabía cómo acabaría aquello, pero tenía claro que, pasara lo que pasara, ya no pensaba dejar que nadie me pisoteara.

Al llegar, Martínez se volvió hacia Gutiérrez, con el rostro endurecido.

—¿Es usted consciente de lo que ha ocasionado?

—Usted habría hecho lo mismo por su hija, créame —replicó él, sin rastro de arrepentimiento.

—No —respondió Martínez, tajante—. No lo habría hecho. Si hay algo que detesto en esta vida, es la manipulación y la mentira. Justo lo que usted y su hija han practicado. Se merecería que lo echara de aquí con una mano delante y otra detrás, igual que usted pretendía hacer con la señorita Serrano. Pero, en consideración a los años que lleva en la empresa, no lo haré de esa manera.

—Se lo agradezco, señor —dijo Gutiérrez, bajando la cabeza—. Y permítame pedir disculpas a Moira. Mi comportamiento hacia ella cambiará, se lo aseguro.

—No me ha entendido. —negó Martínez con la cabeza—. Usted no permanecerá en la empresa ni un minuto más. Pero no lo despediré. Se irá prejubilado, con el cien por cien de su sueldo. Yo me encargaré de que así sea, complementando su pensión hasta cubrir la diferencia.

—No puede hacer eso —replicó Gutiérrez, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Quién ocupará mi puesto?

—La señorita Serrano —le contestó esbozando una media sonrisa—. No puedo permitirme perder a una profesional como ella. Ni mucho menos dejar que monte su propia agencia y se lleve a mis mejores clientes. Usted, en cambio, podrá dedicarse a descansar… o, si me permite el consejo, a ayudar a su hija, que lo necesita más que nadie.

—Mi hija no está loca, y esto no se quedará así —gruñó Gutiérrez, fuera de sí—. ¡He dejado mis mejores años en esta empresa!

—Por eso mismo no lo despido —replicó Martínez con calma—, lo prejubilo. Y ahora, si es tan amable, recoja sus cosas y deje libre su despacho para que lo ocupe la señorita Serrano. En media hora lo espero en Recursos Humanos para gestionar su salida.

El silencio posterior fue demoledor.

Gutiérrez apretó los puños, pero no dijo nada más.

Y yo… yo me limité a mirarlo con serenidad. Por primera vez, no sentía rabia ni miedo. Solo la tranquila satisfacción de quien, por fin, ha aprendido a no agachar la cabeza.

Capítulo 14

El ambiente en la oficina mejoró considerablemente tras la salida de Gutiérrez. A pesar de que yo era mucho más flexible con los horarios —siempre que la causa estuviera justificada—, la producción aumentó de forma notable. La gente trabajaba más relajada, más motivada, y eso se notaba en los resultados.

Era el mes en que la agencia cerraba por vacaciones, como cada año. En agosto, con la baja demanda de nuestros servicios —las campañas de verano ya estaban terminadas y las de Navidad comenzaban en septiembre—, el jefe decidió mantener la tradición: cerrar todo el mes. También lo hacíamos en Navidad, del veinticuatro al dos, para que quienes eran de fuera pudieran pasar las fiestas con sus familias.

Estaba mirando viajes cuando se me ocurrió que, con la subida de sueldo —bastante generosa, por cierto—, podía darme un capricho. Me apetecía viajar, aunque fuera sola. Pero, al final, no hizo falta: todos se apuntaron. El despacho de arquitectura también cerraba ese mes, y Marian se cogía dos semanas, igual que Yoli.

—Al final, ¿dónde nos vamos a ir? —preguntó Pedro, mirando su reloj—. Tenemos el tiempo justo para contratarlo.

—Yo quiero un sitio en el que podamos ver monumentos —dijo Jen, entusiasmada.

—Pues yo paso de gastarme un dineral para ver piedras —replicó Yoli, arrugando la nariz.

—¿Y si buscamos algo intermedio? —propuso Juan, con el portátil abierto frente a él—. Podríamos hacer un crucero: los que quieran bajan a ver los monumentos, y los demás se quedan en el barco disfrutando de las instalaciones.

—A mí me parece una buena opción —dijo Luca, y todos asentimos.

—Perfecto. Entonces solo falta decidir el destino —añadió Juan—. Recordad que este mes muchos lugares están masificados, como las islas griegas. Así que venga, sugerid sitios y vamos viendo.

Tras mucho debatir, nos decidimos por un crucero que combinaba Estados Unidos y México. Cultura, playas y relax: todos contentos. El viaje duraría una semana, aunque lo ampliaríamos dos días más. Llegaríamos a San Diego un día antes de embarcar y regresaríamos uno después, para aprovechar y visitar algunos lugares que queríamos conocer.

Juan se encargó de hacer la reserva, y no dudó en escribirle a Unai. Le mandó un mensaje, por discreción, para evitar que Maje se enterara y se apuntara también, porque eso, sinceramente, nadie lo habría soportado.

—Me acaba de contestar —dijo Juan al poco rato—. Se apunta. Él solo.

La última frase la pronunció mirándome directamente.

—Pues mejor —dije, riendo—. Porque después de los mensajitos y las amenazas del padre, es capaz de tirarme por la borda.

—¿Han seguido con las amenazas? —preguntó Marian, frunciendo el ceño.

—Día sí, y día también —respondí, encogiéndome de hombros—. Ya me los tomo como si fueran los buenos días.

—Pues yo sigo pensando que deberías denunciarlo —intervino Luca, con gesto serio—. Ya no es ni medio normal el acoso al que te tiene sometida. Sobre todo ella, que cada vez presiona más a Unai para que no quede con nosotros.

—Y cuando lo hace, le falta tiempo para llamarlo y decirle que se siente mal —añadió Pedro—. Eso debe ser asfixiante.

—Yo ahí no puedo hacer nada —dije, resignada—. Lo único que hice fue defenderme y demostrar que las acusaciones eran falsas. Su padre no me perdona que me quedara con su puesto, y su hija está obsesionada con que me acuesto con Unai, cuando solo fue una noche. Mientras él no ponga pie en pared, ella seguirá manipulándolo. Casi sería lógico que se casaran, al menos así podría desahogarse sexualmente.

El silencio fue interrumpido por Yoli, como siempre, sin filtros.

—¿De verdad piensas que esos dos no se acuestan juntos? Porque yo, por mucho que Unai diga, no me lo creo.

Sus palabras me dolieron más de lo que habría querido admitir.

—Desde luego, hija, qué bruta eres —dijo Marian, mirándola con reproche —. Hablas sin pensar en el daño que puedes hacer.

—Ni que Moira fuera tonta y no lo pensara —replicó Yoli, a la defensiva.

—Una cosa es que lo piense, y otra escucharlo de la boca de otra persona —le dije, dolida—. Pero no te preocupes, ya estoy curada de espanto contigo.

La tensión se disipó poco a poco, y seguimos charlando en el jardín. Pero entonces lo vi llegar. El coche de Unai se detuvo frente a la casa, y mi corazón se aceleró de forma automática. Durante un instante pensé en acercarme a saludarlo, hablar con él, al fin y al cabo íbamos a pasar nueve días juntos. Pero la idea se evaporó al verla bajar del coche también a ella.

Ahí estaba Maje. Perfectamente arreglada, con sus gafas de sol y su aire de mártir profesional. Unai podía decir misa en el Palmar de Troya, pero esa mujer tenía de deprimida lo que yo de monja. Lo manipulaba a su antojo, sin que él fuera capaz de verlo.

—Todavía está por ver que Unai venga, o que lo haga solo —dijo Nando, observando la escena.

—Pues si no viene solo, que lo diga cuanto antes, porque entonces la que no va soy yo —respondí, con firmeza—. Aunque pierda el dinero, os lo prometo.

—Tranquila —dijo Juan—. Solo he reservado para él. Si decide traerla, tendrá que buscar otro destino. No pienso permitir que te arruine las vacaciones.

Me levanté y lo abracé.

—Gracias. No sabes cuánto te lo agradezco.

Nos íbamos en tres días, y entre preparar las maletas y los encargos de última hora, decidí darme un capricho, quería comprarme algunos modelitos que lucir durante mi viaje, y así se lo hice saber a las chicas.

—¿Alguien se apunta a ir de compras? —pregunté, levantando la mano.

Todas la levantaron al unísono, y también Nando y Charles, que no se perdían un plan con nosotras.

—Venga, que es temprano y podemos aprovechar la tarde —dijo Marian, dándole un beso a Juan antes de coger su bolso.

La primera parada fue en una tienda de ropa de baño y lencería. El ambiente era un caos alegre: risas, comentarios, telas por todas partes. Todas salimos con varias prendas, pero yo tenía un objetivo claro: volver loco de deseo a Unai.

Encontré un bikini negro que era pura provocación, pero sin caer en lo vulgar. La parte de arriba era tipo *balconet*, unida al centro por un cordón dorado que recordaba a un corpiño antiguo, dejando entrever la piel entre los pechos. La braguita era brasileña, con el mismo detalle dorado en los laterales.

Salí del probador y posé como si estuviera en un desfile.

—Chicas, ¿qué os parece este? —pregunté, girando sobre mí misma.

—¡Serás asquerosa! —exclamó Marian, llevándose las manos a la cara—. Con ese bikini vas a tener detrás una fila de hombres como perros tras un solomillo.

Todas estallamos en carcajadas. Hacía tiempo que no me sentía tan ligera, tan viva.

Capítulo 15

Había llegado el momento de partir, y allí estábamos todos en el aeropuerto, con las maletas amontonadas y las caras de ilusión propias del inicio de un viaje. Esperábamos a que llamaran para embarcar en nuestro vuelo con destino a San Diego. Justo cuando anunciaron el embarque, el teléfono de Unai empezó a sonar. Todos lo miramos. Sabíamos perfectamente quién era. La incógnita, una vez más, estaba en si iría corriendo a su llamada o seguiría adelante con el viaje.

—No, lo siento, Maje. Si te encuentras mal, avisa a tu padre y que te lleve al hospital —dijo él, con un tono tan cansado que se podía cortar el aire.

—Ya está dando por culo —me susurró Nando al oído, haciéndome contener una risa nerviosa.

—¿Y qué si no estoy trabajando? Tengo una vida, por si no te has dado cuenta. Además, estaré fuera dos semanas, lo siento —seguía diciendo Unai, con firmeza—. Me voy con quien me da la gana. No sé si eres consciente de que lo nuestro lo rompiste tú, pero, mira, casi me hiciste un favor.

—Unai, nos llaman para embarcar —le dijo Luca, acercándose.

—Ya voy, Luca. Mira, Maje, lo siento, pero a partir de este momento y durante quince días no tendré el teléfono operativo. Si necesitas algo, llama a tu padre. Así te vas acostumbrando a que no me vas a tener siempre —añadió, antes de colgar.

—Por un momento pensé que nos dejarías tirados e irías corriendo a su llamada —le dijo Juan, pero él negó con la cabeza, mientras me miraba a los ojos.

—Eso se acabó —negó Unai despacio, sin apartar los ojos de mí—. No pienso perder lo que más quiero por su culpa. Ya ha tenido tiempo de asimilarlo.

El corazón me dio un vuelco. Sentí que me temblaban las manos.

El vuelo fue tranquilo, sin turbulencias. Entre risas, películas y cabeceos dormidos, las horas pasaron volando. Llegamos al hotel casi al mediodía, lo que nos permitía disfrutar de toda la tarde. El barco salía a las cuatro del día siguiente.

Habíamos elegido un hotel cerca de la playa de Mission Beach, con vistas al océano y un paseo lleno de locales con música y olor a coco. Yoli y Luca prefirieron quedarse allí, tirados en la arena, pero el resto decidimos visitar el zoo, en Balboa Park. Habíamos quedado para comer con ellos en Gaslamp Quarter, donde daríamos una vuelta y haríamos algunas compras para llevar recuerdos.

En el zoo nos reímos lo más grande. Marian quiso hacerse una foto delante de un animal del que no sabíamos ni el nombre y, al posar, el bicho le quitó el sombrero y se lo puso en la cabeza. Era una especie de primate con más arte que vergüenza, que además posó para la cámara. Incluso uno de los cuidadores se acercó a intentar recuperar el sombrero, pero el mono no lo soltó ni por asomo.

—¡Será joputa el mono! Le queda mejor que a mí —dijo Marian, cruzándose de brazos, y todos estallamos en carcajadas.

En un momento dado, Unai me cogió de la mano. Entrelazó sus dedos con los míos, y yo no me moví. No quería hacerlo. Me sentía bien, en paz. Como si, por fin, todo encajara.

Nos detuvimos frente a la zona de los elefantes, y él sacó el móvil para hacer una foto de nuestras manos unidas. Luego la subió a Instagram con un

texto precioso, aunque sin etiquetarme. Según él, lo dejaba a mi elección, porque no quería causarme más problemas.

«El tiempo pone todo en su sitio, y yo quiero que el mío sea este: a tu lado.»

No lo dudé. Me etiqueté sin pensarlo.

A los pocos minutos, sonó mi móvil. Otro mensaje anónimo. Esta vez, no pude ocultárselo como había hecho con los anteriores.

Desconocido: *Me parece que aprecias muy poco tu vida. Te lo advertí. No te vas a quedar con lo que es mío. Muy pronto tendrás noticias mías, y quien dice noticias dice una visita nada agradable…*

Sentí un escalofrío. Unai me miró al notar mi expresión.

—¿Qué es eso, Moira? ¿Quién te envía esos mensajes? —preguntó, muy serio.

—Ciertamente, no lo sé —dije, intentando restarle importancia—. Aunque me lo puedo imaginar. Ya ni me afecta. Si hubiera querido hacerme daño, ya lo habría hecho. Lleva meses así.

Él me arrebató el móvil de las manos. Lo miró fijamente y, de pronto, su expresión cambió por completo.

—Moira, en cuanto volvamos a España, tenemos que ir a la policía —dijo, con la voz tensa—. Estos mensajes se envían desde un número de mi propiedad, el que uso para los clientes. Solo el personal de mi oficina tiene acceso a él.

Me quedé helada.

—¿Me lo dices en serio? ¿Quién podría hacer algo así? —pregunté y, por su mirada, me di cuenta de que estaba seguro de quién lo había hecho.

—Es Maje —susurró—. Pero no ella directamente. Su mejor amiga es mi secretaria. Por eso estaba al tanto de todo. Dios… ¿cómo he podido ser tan

imbécil? —se lamentó, llevándose las manos al pelo.

—Bueno, aquí no puede hacernos daño. Disfrutemos del viaje, y cuando volvamos, ya pensaremos en cómo actuar —le dije, poniéndome de puntillas para rozar sus labios con un beso.

Ese beso fue breve, dulce, pero él no se conformó. Me sujetó por la cintura, me atrajo contra su cuerpo y me besó con fuerza. Era un beso cálido, intenso, de esos que hacen temblar las piernas y que me devolvieron una sensación que creía perdida: la de sentirme viva.

Si alguien debía renunciar a Unai, sería Maje. Él y yo ya no pensábamos ceder más.

Después de pasar la mañana en el zoo, tomamos un taxi familiar rumbo a Gaslamp Quarter, donde Yoli y Luca nos esperaban. Comimos, reímos y paseamos entre tiendas y luces, disfrutando del ambiente de la ciudad.

Al caer la tarde, volvimos al hotel. Había sido un día largo, lleno de emociones, y aún nos quedaba todo un crucero por delante. Quedamos para cenar en el restaurante del hotel, pero intuía que Unai tenía otros planes.

—Chicos, Moira y yo estamos agotados —dijo él con una sonrisa ladeada —. Creo que pediremos la cena en la habitación.

—Pues hagamos todos lo mismo y nos vemos a la hora del desayuno — propuso Nando, haciendo comillas con los dedos—. «Así descansamos mejor».

—Di que sí, cariño —añadió Charles, guiñándole un ojo—. Estoy deseando descansar en varias posturas.

Las carcajadas se oyeron por todo el vestíbulo.

—Pues nada —dijo Juan, divertido—. Que descanséis satisfactoriamente. Aunque tengo claro que a unos se les notará más que a otros mañana.

—Te quejarás tú —replicó Marian, tirando de su mano hacia el ascensor—. Esta noche te voy a demostrar que no me aguantas. ¡Mañana os lo cuento!

Nos despedimos entre risas y miradas cómplices. Juan, que era muy previsor, solo había reservado una habitación para Unai y para mí. Decía que sabía perfectamente que, sin Maje de por medio, no nos resistiríamos el uno al otro.

Y, en el fondo, tenía toda la razón.

Capítulo 16

Esa noche fue memorable. En todos los sentidos. Nos pasamos gran parte de ella follando como animales, sí, tal cual lo digo, porque eso no era hacer el amor: era desearnos, devorarnos, demostrarnos el uno al otro lo mucho que nos necesitábamos.

Así que, por la mañana, cuando bajamos a desayunar, lo hicimos con las gafas de sol puestas. Cualquier resquicio de luz nos molestaba como si lleváramos una resaca monumental. Solo que la nuestra no era de alcohol. Era de sexo.

—Veo que habéis descansado igual de bien que nosotros —dijo Nando, con una taza de café en la mano y las gafas tan oscuras que apenas se le veía la cara.

—Igualito, igualito —replicó Charles, mucho más fresco—. Vamos, lo que viene siendo entre poco y nada.

—¿Y por qué Nando está así y tú tan fresco? —pregunté, ingenua.

—Porque anoche le tocó trabajar a él. Ya mañana me lo cuentas cuando me veas —respondió Charles, levantando las cejas de forma insinuante.

—Demasiada información a esta hora de la mañana —intervino Unai, levantándose las gafas para mirarlos por encima, con media sonrisa.

Nos recogieron en un coche familiar para llevarnos al puerto, donde debíamos embarcar a las doce. Viajábamos todos en completo silencio,

agotados pero felices. Al parecer, nadie había dormido mucho… y no precisamente por culpa del *jet lag*.

—Chicos, mañana toca día de navegación —informó Juan, mirando el itinerario—. Llegaremos a Cabo San Lucas pasado mañana a las diez de la mañana, así que tenemos todo el día para decidir qué visitaremos.

—De momento, podríamos ir a los camarotes, dejar las cosas y vernos para comer en la cubierta superior, junto a la piscina —propuso Luca. Todos estuvimos de acuerdo.

Aunque en principio teníamos dos camarotes, hablamos con la organización del crucero para anular uno y que devolvieran el importe. Una familia había tenido un problema con su reserva y lo necesitaban, y nosotros no teníamos ningún inconveniente. Como compensación, nos ofrecieron una cena privada en la terraza del camarote y una sesión de *spa* con masajes incluidos. No lo dudamos: lo aprovecharíamos al máximo.

Entramos en el camarote con la intención de colocar la ropa y organizar el equipaje… pero no llegamos a guardar absolutamente nada. En cuanto Unai vio la lencería que había comprado, me pidió que me la probara. Al menos el bodi azul marino de encaje, que era una auténtica virguería.

No me lo pensé. Entré al baño, me lo puse y salí con él. Me duró poco, poquísimo, sobre el cuerpo. Unai se endureció de inmediato. Me tomó por la cintura, me atrajo hacia él y me sentó sobre su regazo.

—Hazme el amor —me susurró al oído, mientras sus labios recorrían mi cuello y el lóbulo de mi oreja.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? —le pregunté, provocándolo.

—Completamente. Moira, no sé cómo ni cuándo ha pasado, pero estoy enamorado de ti —dijo, mirándome a los ojos.

Y lo besé. Sin palabras.

Le quité la camiseta, deslizándola por sus brazos. Luego me incorporé un poco y le bajé los pantalones, dejándolo tal y como vino al mundo… aunque bastante más evolucionado, por decirlo suavemente.

Una duda me golpeó la cabeza, inoportuna pero imposible de callar. Sabía que, si la planteaba, podía joder el momento, pero necesitaba escucharlo de su boca.

—Unai…

—Dime.

—¿Te has acostado con Maje desde aquella noche en tu casa? —le pregunté, sin apartar la mirada.

—Con ella, no —respondió sin dudar—. Pero sí lo hice con otra mujer, una sola vez. Pensé que me ayudaría a sacarte de mi cabeza… pero no funcionó. Y cuando me di cuenta, dejé de intentarlo. No quiero mentiras entre nosotros, Moira. Quiero empezar esto desde la verdad, aunque duela.

Su sinceridad me desarmó. Me jodió, sí, pero también me pareció justo. En aquel momento, entre nosotros no había compromiso alguno.

Lo besé con dulzura, con ese tipo de ternura que puede incendiarlo todo. Luego tomé su miembro entre mis manos, me acomodé sobre él y lo guie lentamente hasta entrar por completo. Me moví despacio, casi tortuosamente, disfrutando de cada gemido que escapaba de su garganta. No aceleramos el ritmo; no hacía falta. Nos queríamos sentir, no correr.

Os preguntaréis por qué no usábamos protección. Sí lo hacíamos, de otro modo: yo llevaba un DIU desde hacía años, desde mi relación con Hugo. Lo cambiaba cada cinco años. Con los hombres con los que me acosté después, usé preservativos, porque nunca hubo nada serio. Pero con Unai era distinto. Con él todo se sentía… diferente.

Nos corrimos a la vez. Un clímax lento, prolongado, perfecto.

Después, tumbados en la cama, seguíamos abrazados, respirando al mismo ritmo. Cuando me incorporé y miré el reloj, vi que llevábamos allí más de lo

que habíamos previsto. Me levanté, me di una ducha rápida y dejé que el agua me bajara las pulsaciones. Unai lo hizo justo después.

Cuando salió, ya me tenía vestida: me había puesto el bikini negro que había comprado y, encima, un vestido de colores vaporoso, nuevo también. Quería que me viera allí, en la piscina, con ese aire casual… y que se muriera de ganas de quitármelo. Lo admito: era pura maldad.

Él llevaba un bañador tipo bermudas que le hacía un culo de infarto. Y pensé que el karma es justo: ahora la que se moría de ganas de arrancarle el bañador era yo. Pero tendría que esperar.

Nos cruzamos en el pasillo, justo cuando él se adelantó para dejar pasar a una pareja de ancianos. Me miró de arriba abajo, sonriendo.

—¿Te gusta lo que ves? —me preguntó, provocador.

—Mucho —respondí, acercándome a su oído—, pero más te va a gustar a ti lo que llevo debajo del vestido.

Se quedó con la boca entreabierta y una mirada que prometía guerra.

Capítulo 17

Como podéis imaginar, la cara que se le quedó a Unai cuando me vio en bikini fue digna de grabarla. La misma que había puesto la noche anterior, cuando me vio vestida para la cena del capitán.

Hasta el propio capitán vino a felicitarnos por el buen gusto —bueno, por *mi* buen gusto— e insistió en que lo acompañáramos en su mesa. Aquello provocó las risas y los comentarios de todo el grupo.

—Unai, yo que tú tendría cuidado —dijo Luca, con tono burlón—, que el capitán te quiere quitar a la chica.

—Yo lo invitaría a un trío, porque no veas si está bueno el muchacho —añadió Nando, ganándose una colleja instantánea de Charles.

—Aquí no hay trío que valga —respondió Charles, fingiendo indignación —. A no ser que lo quiera hacer alguno de ellos.

—Quita, quita —intervino Marian, riendo—. Bastante tengo con seguirle el ritmo a mi marido, cuanto más a dos. A mí, dejadme tranquilita con el mío, que con él ya tengo suficiente.

Las carcajadas fueron generalizadas.

Como ya habéis deducido, el capitán era un hombre de unos cuarenta años, moreno, de ojos negros y una barba de dos o tres días, perfectamente cuidada. Se notaba atlético, pero sin exagerar. Causaba auténtico furor entre

las pasajeras… aunque algo me decía que las mujeres no eran precisamente su prioridad.

Pasamos al comedor, donde se celebraba la cena de gala, y un camarero nos indicó cuál era la mesa del capitán. Desde que llegamos, no le quitaba la vista de encima a Unai, que empezaba a sentirse un poco incómodo.

— Todos estos pensando que te quería quitar a la chica, y lo que realmente quería es quitarme al chico a mí. —le susurré—. Este hombre no sabe la cruz que llevas con Maje; si lo supiera, te sentaría en la mesa más alejada —le dije a Unai, que soltó una carcajada.

—Me alegro de que se divierta, señorita Serrano —intervino uno de los comensales, cuyo nombre no recordaba—. Veo que le agrada la compañía.

—Mucho —respondí, sonriendo—. La cena está siendo muy agradable, y lo mejor aún está por venir. ¿Verdad, cariño?

—Por supuesto, mi amor —contestó Unai, cogiéndome la mano—. Capitán, me gustaría hacerle una pregunta: ¿el matrimonio celebrado a bordo tiene validez en tierra?

El capitán arqueó una ceja, con una sonrisa apenas contenida.

—Si lo registran en cuanto lleguen a su país, sí, claro. Es como casarse en Las Vegas: luego hay que validarlo.

—Entonces lo mismo nos lo pensamos —dijo Unai, dándome un beso lento y tierno—. Lo importante es que nos case usted.

El capitán sonrió, aunque un poco molesto. Durante el resto de la cena centró su atención en otro pasajero: un hombre atractivo, de su misma edad, que viajaba solo porque su esposa, a última hora, no había podido acompañarlo por motivos laborales.

—Tengo la sensación de que a ese lo va a poner mirando a la popa —me susurró Unai al oído. Yo asentí, disimulando una risa.

Cuando terminamos el postre, nos despedimos con toda la educación del mundo, agradeciendo la invitación, y regresamos a la mesa donde nos esperaban nuestros amigos para tomar una copa.

Al llegar, y contarles lo ocurrido, las risas resonaron por todo el comedor. Nando levantó las manos en alto, triunfante.

—Si es que no me equivoco —dijo—. Tengo un radar infalible para detectar gais.

—¿Hablabas en serio cuando propusiste lo del trío? —le preguntó Charles, arqueando una ceja.

—Si es lo que tú quieres, sí —respondió Nando, sin dudar—. No te voy a negar que a lo largo de mi vida he probado cosas, pero ni lo necesito ni te voy a forzar nunca a hacer nada para complacerme.

—¿Sabes qué? —dijo Charles, serio—. Nunca he probado nada así, siempre he sido monógamo… pero me apetece muchísimo intentarlo.

—Pues vamos a tantear al capitán, a ver qué dice si se lo insinuamos —añadió Nando, cogiéndolo de la mano y guiñándonos un ojo antes de marcharse.

—Estos dos son únicos —comentó Pedro, entre risas—. Jamás imaginé que Nando sentaría cabeza con alguien como Charles, tan distinto a él. Pero oye, me alegro de que les funcione.

Y ahí nos tenías: ocho adultos hechos y derechos, pendientes como críos de una telenovela. Seguíamos con la mirada a Nando y Charles, que se acercaron al capitán. El hombre los miraba de arriba abajo, con especial atención a Charles. Nando, que había ido muy gallito, empezó a apretar los puños, muerto de celos.

Al rato regresaron, riendo y de la mano, parándose incluso para darse un beso, mientras todos esperábamos su relato como si fuera el episodio final de una serie.

—¿Y bien? —preguntó Juan, con curiosidad.

—Por supuesto que aceptó —dijo Nando, orgulloso—. Hemos quedado a las doce en nuestro camarote. Pero le dejamos claro que será solo cosa de una noche. No queremos a nadie más en nuestra relación. Y menos a él, que se comía a mi chico con la mirada.

—Amor —replicó Charles, divertido—, ya te dije que, si no te sientes cómodo, no pasa nada. Sé que tienes energía para darme lo mío y lo de mi primo, no sería la primera vez.

—Y yo te he dicho que quiero que vivas la experiencia, igual que yo la viví —contestó Nando—. Pero será la última. No quiero morirme de celos cada vez que te vea en manos de otro. Solo de pensarlo me da algo.

—Eso no pasará nunca —le aseguró Charles, acariciándole la mejilla—. De ti estoy enamorado. De él no. No te niego que está buenísimo, pero ya está: un polvo y fin.

El beso que siguió fue digno de película.

Nos tomamos una copa en la cubierta exterior, disfrutando del aire salado y del rumor del mar bajo las estrellas. Luego cada pareja volvió a su camarote, prometiéndonos —entre risas— que esa noche sí íbamos a descansar.

El amanecer en Cabo San Lucas fue un espectáculo. Las playas parecían de revista: arena fina, agua transparente y un cielo tan azul que dolía mirarlo. Antes de irnos a la playa visitamos El Arco, una formación rocosa imponente que nos dejó sin aliento.

La siguiente escala fue Mazatlán, en la costa del Pacífico. Paseamos por su famoso Malecón, uno de los más largos del mundo, y nos empapamos del ambiente local: música, colores, comida deliciosa.

Después partimos rumbo a nuestro último destino antes del regreso: Puerto Vallarta. Visitamos la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, recorrimos su paseo marítimo y terminamos el día haciendo esnórquel en aguas cristalinas.

Nuestro viaje había sido intenso, sobre todo para Unai y para mí. Nos unimos de una manera tan profunda que llegamos a pensar que nada ni nadie

podría separarnos. Era como si el mar, el sol y todas aquellas risas compartidas hubieran sellado algo entre los dos, algo real.

Cuando mi chico encendió el teléfono al aterrizar en Barcelona, el hechizo se rompió un segundo: la pantalla se llenó de notificaciones, una detrás de otra. Más de cincuenta llamadas perdidas de Maje, y decenas de mensajes que ni se molestó en abrir. Los miró unos segundos, respiró hondo y, sin titubear, los borró todos.

—Ella ya no tiene cabida en mi vida —me dijo con voz firme—. Me ha costado entenderlo, pero lo hice en cuanto supe que te estaba amenazando. No pienso permitir que te haga daño. En cuanto dejemos las maletas, iremos a la policía. Quiero que investiguen esto a fondo, sobre todo porque están usando mi número para incriminarme.

—Me parece perfecto —le respondí—. Si quieres, dejamos las maletas en tu casa y pasamos lo que queda de vacaciones juntos. Si no te importa, claro.

—¿Importarme? —sonrió, tomándome de la mano—. Me muero por pasar contigo todo el tiempo posible.

Capítulo 18

Llegamos a su casa, dejamos las maletas en el salón y salimos directos hacia la comisaría para hablar con la policía. Una vez allí, tuvimos que esperar un poco a que pudieran atendernos.

Yo no había borrado ninguno de los mensajes, así que pudieron comprobar que llevaba más de cinco meses recibiendo insultos y amenazas. La sorpresa llegó cuando, al analizar los números desde los que me los habían enviado, resultó que pertenecían al propio Unai. Era su número personal, el mismo que yo no tenía agendado, ya que, cuando habíamos hablado, siempre había sido a través de nuestros amigos.

—Moira, te juro que no tengo nada que ver con esto —me dijo Unai, visiblemente preocupado.

—No me lo tienes que jurar, te creo totalmente —le respondí, sin dudar.

—Caballero, ¿es posible que alguien haya clonado su tarjeta? —preguntó el agente que nos estaba atendiendo.

—Claro que pueden haberlo hecho. Concretamente, mi expareja, y eso explicaría que supiera todos mis movimientos. Debe de haberme colocado algún localizador o algo similar, no sabría decirle con exactitud —contestó Unai, cada vez más inquieto.

—Lo primero que le aconsejo es que deje aquí en comisaría su teléfono móvil y adquiera uno nuevo, número incluido —le indicó el agente—. Nuestro departamento de delitos informáticos se encargará de analizarlo a

fondo, tanto el terminal como la tarjeta SIM. En cuanto tengamos resultados, se lo haremos saber.

»Señorita, procure no estar sola en ningún momento. No creemos que esas amenazas lleguen a cumplirse, pero tampoco podemos tomarlas a la ligera.

—Muchas gracias, agente. Esperamos sus noticias —dijo Unai, estrechándole la mano antes de marcharnos.

De allí fuimos directamente a una tienda de móviles, donde Unai sacó un contrato nuevo con dos líneas: una para él y otra para mí, además de dos terminales nuevos, ya que el mío también lo habíamos dejado en la comisaría para que lo analizaran.

—Hasta que todo esto termine, estarás conmigo en casa. No pienso dejarte sola ni un segundo —me dijo Unai, muy serio.

—Me parece perfecto, pero cuando terminen las vacaciones volveré a mi casa, que me pilla más cerca del trabajo. Si quieres venirte conmigo y alternamos los fines de semana entre la tuya y la mía, estaré encantada —le respondí, sonriendo.

Después fuimos a la guardería donde habíamos dejado a Hulk durante el viaje. En cuanto nos vio, empezó a saltar y a mover el rabo como un loco. Cuando lo dejaron salir de la zona donde lo tenían, se lanzó encima de nosotros, lamiéndonos la cara sin parar mientras nos agachábamos para recibirlo.

Si a mí me montó una fiesta, no os podéis imaginar la que le armó a mi chico. ¡Qué bien sonaba eso: *mi chico*! Mientras Unai lo tenía en brazos, Hulk lloraba y le lamía la cara, provocando la carcajada de Unai.

—Creo que nos ha echado de menos —dijo, sonriente.

—Eso pienso yo también —contesté, sin dejar de acariciar a mi cachorro.

Los demás estaban en casa de Juan y Marian, ya que sabían lo que habíamos ido a hacer y querían saber qué nos habían dicho en la comisaría.

Jen no tenía al niño durante esa quincena; no lo recogería hasta el lunes, y estaba deseando verlo. Durante las vacaciones, el otro progenitor no tenía derecho a las visitas entre semana ni los fines de semana alternos, así que hacía quince días que no lo veía, y ella estaba loca por abrazarlo.

Digo todo esto porque habíamos hablado de salir la semana siguiente, pero Jen argumentaba que no iba a dejar al niño con su madre después de tanto tiempo sin verlo.

—Amor, si te apetece salir, hazlo. Ve con ellos, que yo necesito estar con mi hijo estos días —le dijo a Pedro, pero él negó con la cabeza.

—Si tú no vienes, yo no pinto nada entre tanta pareja, de verdad —le contestó.

—Podemos hacer una salida de chicas y otra de chicos, así no te sientes incómodo, Pedro —propuso Marian, siempre pensando en todo.

—Por mí no os preocupéis, de verdad. Me da lo mismo quedarme en casa —respondió él, encogiéndose de hombros.

—Bueno, lo iremos viendo durante la semana —dije yo, dando el tema por zanjado.

Al final, como todos estábamos de vacaciones, pedimos comida a domicilio y nos quedamos a cenar allí, en el jardín, disfrutando del ambiente y de la piscina.

Estábamos a punto de dar la velada por terminada cuando mi teléfono sonó. Me pareció extraño, porque ese número era nuevo y solo lo tenían nuestros amigos y la policía. Teniendo en cuenta que todos estaban a mi lado, solo podía ser una cosa: que habían descubierto algo. Pero nada más lejos de la realidad.

—Buenas noches, ¿hablo con Moira Serrano? —dijo una voz grave, masculina, sin acento catalán.

—Buenas noches, sí, soy yo. ¿Quién es usted? —pregunté, algo nerviosa.

—Soy el agente Samuel Benítez, de la Policía Nacional de Málaga. Nos ponemos en contacto con usted porque necesitamos que venga lo antes posible a nuestra comisaría. Hemos intentado localizarla antes, pero nos ha sido imposible.

—Señor Benítez, ahora mismo estoy en la otra punta del país. No sé si sabrá que vivo en Barcelona. ¿Podría adelantarme el motivo por el que se me requiere allí? —pregunté, sin saber muy bien a qué atenerme.

—No debería hacerlo, pero dado que está a tantos kilómetros de distancia, haré una excepción —respondió el agente.

—Se lo agradecería, de verdad. Así sabré si puedo desplazarme o no.

—Es sobre su hermana, Julia Serrano, y su pareja, Hugo Delgado —dijo con tono grave—. Sufrieron un accidente de coche hace cuatro días y fallecieron en el acto. Su sobrino no iba con ellos, por lo que salvó la vida. Ahora mismo no tiene ningún otro familiar cercano que se haga cargo de él. Está con una familia de acogida temporal. Si usted renuncia a su custodia, pasará a ser tutelado por el gobierno autonómico e internado en un centro.

Sentí cómo las piernas se me doblaban.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo? —fue lo único que conseguí preguntar.

—Dos días —respondió el agente—. Si una semana después del fallecimiento de sus padres nadie reclama su tutela, se procederá como le he explicado. Si más adelante cambia de opinión, y el niño no ha sido dado en adopción, podrá solicitarla, pero no será algo inmediato: llevará su tiempo.

—Gracias, pasaré por allí en cuanto encuentre un vuelo. —Alcancé a decir antes de colgar.

—¿Qué ha pasado, Moira? Te tiemblan hasta las pestañas —me preguntó Yoli, ya que ninguno había escuchado la conversación.

—El destino es tan cabrón que sigue jugando conmigo —dije con la voz rota—. Mi hermana y Hugo han fallecido en un accidente de tráfico. Si no

me hago cargo de mi sobrino, lo ingresarán en un centro.

Todos se quedaron en silencio, sin saber qué decir.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —preguntó Marian, con dulzura.

—De lo único que estoy segura es de que no quiero que mi sobrino crezca sin el amor de una familia —respondí, llorando, mientras Unai me sostenía la mano en señal de apoyo.

Capítulo 19

Allí estaba, aterrizando en el aeropuerto de Sevilla, sin saber cuánto tiempo tardaría en llevar a cabo todas las gestiones necesarias. Unai había decidido acompañarme, pero si la cosa se alargaba más de una semana, tendría que volver al trabajo, y lo entendí perfectamente.

Llamé a Martínez y le conté lo que había pasado. Me dijo que no me preocupara, que, además de los días que tenía por asuntos propios, también me correspondían seis semanas por acogida de un menor, para facilitar la adaptación de ambos. Me aseguró que él se encargaría de tramitarlo todo.

Fuimos directos a la comisaría donde nos habían citado, donde nos informarían de todo. El agente Benítez nos esperaba en la puerta. Era un hombre de unos sesenta años, de aspecto amable y mirada serena.

—En primer lugar, permítame transmitirle mi más sentido pésame, señorita Serrano —me dijo, ofreciéndome la mano.

—Muchas gracias, agente Benítez. Él es Unai, mi pareja. Y, por favor, prefiero que me llame Moira —le respondí, estrechándole la mano.

—Perfecto, entonces yo seré Samuel. Pasemos a mi despacho. —Nos indicó con un gesto cordial.

Una vez dentro, nos explicó cómo había sido el accidente. En él se había visto implicado un camión, aunque el conductor no había cometido ninguna infracción. Al parecer, tanto Hugo como mi hermana iban hasta las cejas de cocaína y alcohol, y no era la primera vez.

Su vecina —la misma que en ese momento cuidaba del niño— ya había advertido varias veces a la policía. En más de una ocasión, los agentes habían tenido que personarse en el domicilio por los llantos del pequeño, tanto de día como de noche.

Al final, como no podían hacer nada más, la vecina, cada vez que lo oía llorar, llamaba a la puerta y se lo llevaba a su casa, mientras los padres seguían de juerga.

—No sé cómo ha podido llegar a esos extremos… de verdad —dije con un nudo en la garganta.

—La gente con adicciones es así —contestó el agente con tristeza—. Por suerte, ellos tenían suficiente dinero para costeárselo sin recurrir al robo o la prostitución, pero hay quienes dejan solos a sus hijos durante todo el día para conseguir su dosis.

—¿Puedo ver al niño? ¿Cuándo podría llevármelo conmigo? —pregunté, deseando salir de allí con él en brazos.

—Podrá hacerlo en cuanto esté lista toda la documentación, lo que tardará unas dos semanas —me explicó—. Le aconsejo que aproveche ese tiempo para poner en orden todo lo relativo a la herencia del niño.

Asentí, aunque en mi interior se mezclaban mil emociones. Tendría que quedarme allí al menos una semana más después de que Unai regresara. Ni siquiera sabía cómo se llamaba mi sobrino. Debía de tener unos tres años, y no conocía nada de él: ni su carácter, ni sus gustos, ni su comida favorita, ni sus dibujos preferidos. Empecé a agobiarme.

—Tranquila. Si necesitas que me quede aquí contigo, ya me las apañaré con el trabajo —dijo Unai, intentando tranquilizarme.

—No sé ni cómo se llama, ni si se parece a su padre o a mi hermana… ¿Seré capaz de cuidarlo sin pensar en la traición de ellos? —le confesé, sintiendo que se me encogía el alma.

—El niño no tiene culpa —me respondió con firmeza—. Y, como tú misma dijiste, no debe crecer sin el cariño de una familia. Estoy seguro de que seremos capaces de dárselo.

El hecho de que se incluyera en ese «seremos» me tocó el corazón.

El agente nos dio la dirección y el nombre de la persona que lo estaba cuidando, así como el contacto del abogado que llevaba la herencia, para que pudiéramos agilizar los trámites.

Cuando llegamos, nos recibió una mujer de unos cincuenta y pocos años, amable y con una voz dulce. Era la vecina del piso de mi hermana, ya que el otro lo habían vendido. Nos dijo que el niño estaba durmiendo la siesta, y me extrañó que un niño tan mayor aún la hiciera, pero no dije nada. Estábamos a punto de sentarnos cuando escuchamos un llanto.

—Debe de ser Nico, que se ha despertado. No le gusta estar solo, será consecuencia de lo que su madre le hacía pasar —comentó la mujer, levantándose.

La vimos aparecer por el pasillo con un niño de menos de dos años, que, en cuanto me vio, me tendió los brazos con una sonrisa. Me había confundido con su madre, estaba claro.

—¿Este es mi sobrino? ¿El hijo de Hugo y Julia? —pregunté, sorprendida.

—El mismo. ¿No lo conocías? Porque ha reaccionado como si lo hiciera —dijo la mujer, extrañada.

—Debe de haberme confundido con mi hermana.

—Para nada. Tu hermana no se parecía a ti en absoluto. Mira, así estaba últimamente, cuando nació Nico. —Me mostró una foto en el móvil.

Estaba teñida de rubio platino, extremadamente delgada y con una mirada perdida. Había perdido toda la elegancia que siempre la había caracterizado, y la imagen me impactó.

—No conocía al niño, pero cuando me fui de aquí, hace más de cuatro años, ella estaba embarazada. Por eso pensé que el niño era mayor —le aclaré.

—Ese niño lo perdió —me explicó con pesar—, y fue un punto de inflexión para ambos. Decían que habían perdido a la persona más importante de sus vidas, y el dolor los unió durante un tiempo… hasta que nació Nico. Pero poco después, volvieron a caer. Lo dejaban encerrado en su habitación, solo o con ellos, daba igual, mientras se drogaban y bebían sin importarles que el pequeño llorara.

—¿Podría ver la casa de mi hermana? Necesitaré coger algunas cosas para Nico —le dije, sosteniendo aún al niño, que ahora reclamaba los brazos de Unai. Él lo tomó enseguida, sin dudar.

—Por supuesto. Aunque ya te adelanto que poco vas a poder aprovechar. La ropa le queda pequeña, la poca que tiene se la he comprado yo estos días. Por no tener, no tiene ni carrito; usa uno prestado de una vecina.

Se me vino el mundo encima. ¿Cuándo había cambiado tanto mi hermana?

En cuanto abrí la puerta del piso, el aire me golpeó con un olor insoportable. Nico empezó a llorar y a tirar de Unai para salir de allí. Él se quedó en la puerta, mientras yo avanzaba unos pasos. Aquello era un estercolero: el suelo cubierto de papelinas, la cocina repleta de platos sucios, el aire denso y viciado.

La vecina tenía razón. En el cuarto del niño no había nada: ni un juguete, ni una manta limpia. Solo una cuna destrozada y sucia, como sacada de un vertedero. La ropa que había en el armario era de cuando tendría ocho o nueve meses, no más.

—Creo que lo primero que tengo que hacer es buscar una empresa de limpieza para arreglar todo esto —dije con la voz temblorosa—. Está clarísimo que me pienso deshacer de esta casa… a juzgar por la reacción de Nico.

Capítulo 20

Al niño le costó separarse de nosotros, algo increíble teniendo en cuenta que no nos había visto en su vida, pero al final lo conseguimos. Lo dejamos con Matilde, la vecina, mientras visitábamos a la abogada encargada de administrar y gestionar la herencia.

—Buenas tardes, señorita Serrano. Mi nombre es Abigail Muñoz, y soy la encargada de la herencia de su hermana y del señor Delgado. Siéntense, por favor —nos dijo la abogada con una sonrisa profesional.

—Gracias, muy amable. Discúlpeme, pero tengo algo de prisa y me gustaría ir directa al grano. Tengo mucho que solucionar y me gustaría marcharme lo antes posible —le respondí, amable, pero tajante. No estaba para cumplidos.

—Por supuesto. Aquí tiene la carpeta con todo lo relativo al testamento. El único heredero es el niño, pero usted será la albacea de ese legado, pudiendo hacer y deshacer con él lo que crea más conveniente para el menor. Firme aquí, por favor, cuando lo haya leído y si está conforme. Si tiene alguna duda, estoy aquí para resolverla —me dijo, entregándome la carpeta en cuestión.

En ella encontré toda la documentación relativa a las cuentas y propiedades. Resultó que no habían vendido el piso de Hugo, aunque así se lo hizo creer a todo el mundo, especialmente a mi hermana. Ese piso estaba alquilado por cincuenta años —o hasta el fallecimiento de los inquilinos—, un matrimonio de personas mayores a quienes tendríamos que visitar al día siguiente para aclarar que el contrato seguiría vigente. Así, el día de mañana, cuando Nico fuera adulto, él decidiría si mantenerlo o venderlo.

El otro piso, el de mi hermana, tenía una pequeña hipoteca que cancelaría con su venta, ingresando el dinero en una cuenta a nombre del niño para su futuro.

Me sorprendió ver que había dos cuentas bancarias: una, la de mi hermana, con apenas quinientos euros; y otra, con bastante dinero, perteneciente a Hugo. Al parecer, y pese a la adicción que ambos compartían, mi cuñado había tenido algo más de cabeza y pensó en el futuro de su hijo.

También había un sobre dirigido a mí, con la letra de mi hermana. Era una carta en la que, según decía en el encabezado, abría su corazón, pero decidí leerla más tarde, cuando estuviéramos en el hotel.

Como estaba conforme con todo, firmé la documentación como albacea y tutora provisional del niño, ya que hasta que no llegara sellada por el gobierno autonómico, no sería efectiva.

—Perfecto. Aquí tiene las claves de las cuentas y el certificado que la autoriza a operar con ellas, así como con todo el legado —me dijo la abogada.

—Muchísimas gracias por su rapidez —le respondí, estrechando su mano.

—Ha sido un placer atenderla. Estoy a su disposición para lo que necesite. —Concluyó con cortesía.

Salimos del despacho algo confusos; nada cuadraba en los documentos que nos había entregado. Mi hermana estaba prácticamente en la ruina, mientras que su pareja estaba forrada, y ambos tenían la misma adicción.

—Mañana iremos al banco y a hablar con el matrimonio inquilino del piso —me dijo Unai, pasándome un brazo por los hombros.

—Sí, y después iremos al centro comercial. Ese niño no tiene nada, y allí he visto que hay una empresa de limpieza que puede encargarse del piso antes de ponerlo a la venta.

—¿Estás segura de querer hacerlo? —preguntó Unai—. Lo de vender el apartamento, me refiero.

—Sí. Ya has visto la reacción del niño: no quiere ni entrar. Con el dinero de la venta cancelaré la hipoteca y el resto lo ingresaré en su cuenta, junto al dinero que le dejó su padre. De todos modos, si el día de mañana quiere volver aquí, tendrá el otro piso —le respondí. Unai asintió en silencio, mostrándome con su mirada que lo entendía.

Al llegar al centro comercial, lo primero que hicimos fue entrar en la empresa de limpieza. Le enseñé fotos del piso para que se hicieran una idea de lo que se encontrarían y calcularan cuántas personas enviar. Les expliqué que estaría presente, porque quería revisar los objetos personales de mi hermana y de Hugo, por si había algo que guardar para Nico.

—¿Por dónde empezamos? —me preguntó Unai, una vez resuelto el tema de la limpieza.

—Pues, siendo sincera, no tengo ni idea. El niño necesita absolutamente de todo. Empecemos por la ropa y la sillita, y luego seguimos con pañales, vasos adaptados y demás —le respondí.

Nos dividimos. Mientras yo me iba a por la ropa de verano y entretiempo —ya que estábamos a finales de agosto—, además de pijamas y chaquetas ligeras, Unai se encargó de la ropa interior, calcetines y zapatos.

Utilicé los quinientos euros que tenía mi hermana en la cuenta, además de poner dinero de mi bolsillo, porque con eso no alcanzaba casi para nada. La sillita fue lo más caro, pero escogimos una en la que el niño estuviera seguro y cómodo.

Jen me llamó para decirme que tenía mucha ropita de Leo que ya no le servía del invierno anterior, y que me la guardaría por si quería aprovecharla para Nico. Se lo agradecí en el alma. A esas edades era una tontería gastar tanto en ropa, porque se les quedaba pequeña enseguida.

Con todo metido en el coche que habíamos alquilado para poder movernos sin limitaciones, volvimos a casa de Matilde para recoger al niño.

—¡Mami! ¡Papi! —dijo en cuanto nos vio, y nos quedamos sin saber qué decir.

—No, mi amor, yo no soy mami, ni él es papi. Yo soy la tía Moira, y él es Unai —le expliqué despacito, para que me entendiera, pero el pequeño negaba con la cabeza.

—No, tú mami. Él papi —repitió convencido.

—Déjalo, Moira. Al final el niño ha visto esa figura en nosotros, en quienes le han dado cariño. No le des más vueltas. Cuando sea un poco más mayor, se lo explicamos y listo —me dijo Unai con ternura.

—Ven aquí, campeón, que ya nos vamos —le dije al niño, que se lanzó a mis brazos.

—Matilde, ¿te podrías quedar con él mañana? Tenemos que volver a casa de mi hermana para seleccionar los objetos personales.

—Por supuesto, cariño, claro que me lo puedo quedar. Por cierto, tengo aquí alguna ropita y la sillita de la vecina, por si te la quieres llevar —me ofreció.

—No, será mejor que la dejes aquí. Nosotros ya le hemos comprado de todo. Así tendrá repuesto por si se mancha cuando esté contigo —le contesté.

Nos despedimos de ella y pusimos rumbo al hotel. El coche que habíamos alquilado lo habíamos pedido con sillita para bebé; ya compraría una nueva cuando volviéramos a Barcelona, para ponerla en mi coche.

Mi sobrino Nico tenía dieciocho meses. Cumpliría dos años, el dieciocho de febrero, y así venía reflejado en su partida de nacimiento, esa misma que necesitaría para incluirlo en mi libro de familia.

Capítulo 21



En cuanto llegamos, bañé al niño y le puse su pijama. Para cenar, le preparé una tortilla a la francesa y un yogur de los que habíamos comprado para él, y que habíamos guardado en la pequeña nevera de la habitación. Se quedó dormido enseguida, en la cunita que habíamos pedido que colocaran. Se le veía con una tranquilidad pasmosa.

—¿Vas a leer la carta de tu hermana o la dejarás para otro momento? —me preguntó Unai.

—Sí, estaba pensando hacerlo cuando el niño se durmiera —le respondí con una sonrisa.

—Entonces, mientras la lees, me daré una ducha y te dejaré un poco de intimidad —me dijo, dándome un beso en los labios antes de entrar al baño.

Respiré hondo, saqué el sobre del bolso y lo abrí con cuidado.

«Mi querida Moira, mi niña:

Si estás leyendo esto, es porque ya he partido de este mundo, y, en cierto modo, será lo mejor. Para Hugo, para Nico, e incluso para mí misma.

Sé que lo que te hice no tiene perdón, pero necesito decirlo: tengo la necesidad de pedirte disculpas por arruinar tu vida. Ese bebé no está con nosotros; se marchó a los pocos días de tu huida, como si supiera que, sin ti a su lado, la felicidad no existiría.

Hugo no te superó nunca. Siempre estuviste en medio de los dos, pero no te culpo por ello: yo no te llegaba ni a la suela del zapato. Para superar el dolor, nos introdujimos en un mundo del que ya no supimos salir, pagando la culpa nuestro hijo, Nico.

El que tenía que ser la luz de nuestros días, el motivo para dejar todo lo malo atrás, se convirtió en motivo de dolor. No por él, que es un amor, sino por nosotros, que lo vimos como un obstáculo para nuestras nuevas vidas.

Elegimos ese nombre porque era el que siempre dijiste que le pondrías a tu hijo cuando lo tuvieras. No lo dejes solo, no lo abandones a su suerte, por favor.

Entiendo que te estoy pidiendo demasiado, pero sé que, contigo a su lado, se convertirá en un hombre de provecho.

No te extrañe que te llame mamá. Escogí una foto tuya de Instagram, en la que salías con un hombre muy guapo —que espero que sea tu pareja—, y le repetía cada día que tú eras su madre, y que vendrías pronto a por él.

Sin más que decir, solo quiero desearte la mayor de las felicidades del mundo. Cuida de nuestro niño. Te quise, te quiero y te querré con toda mi alma, hasta después de muerta.

Tu hermana, Julia.»

Unai había salido de la ducha hacía un rato y me miraba desde el umbral de la puerta del baño, pero ni me había dado cuenta de su presencia. Mis lágrimas corrían sin control por mis mejillas. Al fin y al cabo, era mi hermana, y se había ido de este mundo demasiado pronto.

—Mira, léela —le dije, tendiéndole el papel con las manos temblorosas.

—A ver, trae —me respondió, y se puso a leerla, con una sonrisa triste en los labios.

—Bueno, ahora ya sabemos por qué te dice «mami», y se supone que el hombre que sale en las fotos contigo debo ser yo, a juzgar por cómo me llama —me dijo, sonriendo con ternura.

—No te preocupes, que me encargaré de quitarle la idea de que te llame papá…

—No seas tonta, Moira —me interrumpió—. Para mí es un placer que me llame de esa manera. —Y me dio un beso suave en los labios, de esos que hablan sin necesidad de palabras.

Nos fuimos a la cama, donde nos quedamos dormidos abrazados, mirando cómo Nico dormía tranquilo. En realidad, mi sobrino solo demandaba un poco de cariño, un gesto de ternura, para poder tener la seguridad que tanto necesitaba en su diminuta vida.

Al amanecer, escuché una vocecita dulce que me sacó de los sueños.

—Mami, hambre —dijo, poniéndose de pie en la cuna.

—¿Tienes hambre, mi vida? —le pregunté, cogiéndolo en brazos. Lo primero que hizo fue darme un abrazo y un beso en la mejilla, que me derritió de dulzura.

—Vaya, el campeón ya se ha levantado. Ven aquí, mientras mami te prepara el biberón —le dijo Unai, y el niño hizo lo mismo que conmigo: se lanzó a darle un beso y un abrazo.

Mientras yo le preparaba el biberón, Unai pidió el desayuno para nosotros y le cambió el pañal al niño con una maestría que no sabía que tenía. Le di el biberón y lo puse en la alfombra. Le habíamos comprado algunos juguetes para que se entretuviera, y cuando estuviéramos en Barcelona ya prepararíamos su habitación con toda clase de juguetes y cosas bonitas.

El niño jugaba con unos cubitos, y nosotros desayunábamos sin quitarle el ojo de encima. De vez en cuando volvía el rostro hacia nosotros y nos sonreía. Se le veía feliz, tranquilo, y no echaba de menos a sus padres, que era lo que más temía cuando me hice cargo de él: que el niño llorara por ellos y yo no supiera cómo consolarlo.

—Visto al niño mientras te arreglas, que tenemos el tiempo justo para ir al banco y luego al piso para hablar con los inquilinos antes de que llegue el

equipo de limpieza —me dijo Unai, ya vestido con unos vaqueros, deportivas y una camiseta básica, por si tenía que echar una mano en la casa.

—Perfecto, no tardo nada —le respondí.

Le puso al niño un peto vaquero cortito, con una camiseta de tirantes debajo y sus sandalias nuevas, y lo sentó luego en su sillita. Nico se miraba los pies, y luego el lugar donde estaba sentado, sonriendo con una felicidad contagiosa.

Yo me puse unos *leggings* negros, mis deportivas y una camiseta de tirantes básica, por el mismo motivo que Unai: por si luego se llenaba de mierda que no tuviéramos reparo en tirarla.

—Mami, guapa. Papi, guapo. Nico, más guapo —dijo, hablando en tercera persona para dirigirse a sí mismo, cosa que me hizo muchísima gracia.

—Sí, cariño, estáis guapísimos —le dije, dándole un beso.

—Te has equivocado, tenías que decir que estamos guapísimos. —Me corrigió Unai, riendo.

Salimos del hotel y nos fuimos dando un paseo, ya que no estaba demasiado lejos ni la oficina bancaria ni la urbanización donde estaban los pisos. Nico iba encantado de la vida sentado en su sillita nueva, mirando a todas partes y sonriéndole a todo el que se cruzaba.

El director del banco nos estaba esperando, por lo que no tuvimos que demorar la entrada en su despacho. Abrimos una cuenta a nombre del niño y mío, y traspasamos todo el dinero de la de su padre, solicitando una tarjeta física para cuando necesitara sacar efectivo para él.

Con todo listo, marchamos al piso de Hugo. Llevábamos el cambio de titular del contrato, que ahora aparecía a mi nombre como representante legal de mi sobrino, ya que no tenía la edad suficiente para firmar nada. Era un matrimonio de lo más agradable, que tenía la casa igual que cuando yo vivía allí. No os voy a negar que entrar de nuevo allí, me removió por dentro,

porque sí que lo hizo. Había vivido tantas cosas entre esas paredes —tanto bueno como malo— que no podía mostrarme indiferente.

Capítulo 22

Unai y yo nos metimos en el piso de mi hermana para intentar sacar las cosas de ella y de mi cuñado. Al abrir el armario, me quedé sin palabras. No quedaba ni rastro de la elegancia de Julia: toda su ropa de diseño y sus altísimos zapatos de tacón habían sido sustituidos por prendas brillantes, ceñidas y zapatillas de deporte.

¿En realidad había cambiado tanto mi hermana en estos años? De allí no podíamos salvar nada, así que abrí la otra puerta, donde la ropa de Hugo estaba perfectamente planchada y organizada. Todas sus prendas las metimos en una caja; la llevaríamos a la parroquia para que la aprovecharan.

—Aquí hay una pequeña carpeta, Moira —me dijo Unai, sacándola de un hueco en el fondo del armario.

—A ver qué es esto —dije, cogiéndola para abrirla.

En ella había un fajo de billetes de quinientos euros, así como una pequeña bolsita con las joyas de mi hermana, lo que me dejó de piedra.

—No me lo puedo creer. Entre estos dos, todo eran secretos. Él ocultándole a ella lo del piso, y ella con dinero escondido en una carpeta… No sé, no me cuadra absolutamente nada. Más que una relación, parecía que eran enemigos —le dije a Unai, que también se sorprendió al ver lo que habíamos encontrado.

—Utiliza ese dinero para el niño, así no tendrás que sacar nada de la cuenta. Con esto tendrás para un montón de meses. No podrás justificar de

dónde lo has sacado si lo ingresas en la cuenta, y eso podría suponerte un problema —me dijo, y asentí, porque tenía razón.

Todo eso lo metí en mi bolso. El resto lo tiré en una bolsa de basura. La empresa que se estaba encargando de la limpieza se ocuparía también de la retirada de muebles, pero antes revisé por si había algún álbum de fotos o algún recuerdo escondido, aunque no encontré absolutamente nada.

—¿Qué te parece si recogemos al niño y nos vamos a comer al *burger*? Seguro que no lo ha probado en la vida. Luego podemos llevarlo al parque que hay frente al hotel. He notado que casi no anda, ese niño necesita correr y ganar seguridad en sí mismo —me propuso Unai, y me pareció una idea excelente.

Dejamos a los empleados limpiando todo. Les dije que, si alguno quería llevarse algún electrodoméstico —porque estaban nuevos—, no dudaran en cogerlo, ya que lo pensábamos tirar todo.

Al otro lado del rellano, Nico estaba jugando con uno de los peluches que le habíamos comprado el día anterior, y del que no se había separado desde que lo vio. Nos recibió con gritos de alegría, alzando sus bracitos para que lo cogiéramos en brazos. Unai fue el encargado de hacerlo.

Le dimos las gracias a Matilde por haber cuidado de él, pero ya nada nos quedaba por hacer allí, más que esperar a que todo estuviera limpio para poner el piso a la venta. Así que nosotros nos ocuparíamos del pequeño.

Después de comer, y como el día estaba estupendo, decidimos que, en vez de ir al parque, nos llevaríamos al niño a la playa. Subimos al hotel, nos cambiamos de ropa y bajamos a la que teníamos justo enfrente. Antes de llegar, le compramos al niño los típicos juguetes para la arena, y parecía que le habíamos regalado un yate.

Ni que decir tiene la carita que puso cuando le quitamos los zapatos y notó la textura de la arena bajo sus pies. Al principio hizo un gesto de asco, pero pronto se acostumbró y empezó a correr, feliz, riendo a carcajadas. Lo del agua ya fue otro cantar. Tuvimos que estar con él un rato en la orilla, hasta

que vio que Unai se metía hasta la cintura y se sumergía. Entonces quiso ir con él.

Escucharlo reír, sin echar de menos a sus padres, era todo un regalo para los oídos. Quizás penséis que yo era medio gilipollas, o gilipollas entera, según se mire, por aceptar a ese niño. Pero mi conciencia no me permitía dejarlo tirado en un centro; no podría dormir por las noches sabiendo que lo había abandonado.

Y hablando de noche, ya lucía la luna cuando volvimos al hotel. Nico iba derrotado, así que, en cuanto lo bañamos y le pusimos el pijama, cayó rendido. Para que no se acostara sin cenar, le preparé un biberón que se tomó completamente dormido.

Mientras yo atendía al niño, Unai preparó un baño caliente con sales para nosotros. Me tomó de la mano y me llevó hasta el cuarto de baño, donde, con mucha ternura y entre besos, fue despojándome de toda mi ropa, hasta dejarme como mi madre me trajo al mundo. Él solo tenía el bañador puesto, así que no lo dudé: metí mis dedos por la cinturilla y lo bajé, quedándome arrodillada delante de su miembro, que ya lucía en todo su esplendor, y era solo para mí.

—No vayas a hacer eso, porque no duraré nada —me advirtió, con una sonrisa entrecortada, pero me daba igual. Sabía que se recuperaba rápido.

—Lo siento, pero es lo que más me apetece de cena —le contesté, porque nosotros tampoco habíamos probado bocado.

Contemplar cómo se estremecía cuando pasaba mi lengua por su glande fue la mayor de las delicias, y no dudé en seguir. Cuando me cansé de lamer, me lo metí en la boca, haciendo que la succión fuera la protagonista. Tal y como me había dicho, no tardó ni un minuto en correrse en mi boca, y me supo a gloria.

Acto seguido, me cogió en brazos y me subió al mueble del lavabo, donde abrió mis piernas y me degustó a placer. Si él se había corrido en poco tiempo, no os podéis imaginar lo que tardé yo, que casi lo hice, incluso antes de que hubiera llegado a mí.

Entre risas por lo sucedido, nos metimos en el baño, donde sus manos siguieron buscando mi sexo y yo se lo servía en bandeja, abriendo mis piernas todo lo posible y más. En mi trasero iba notando cómo su miembro cobraba vida de nuevo, hasta que ya mi deseo era tan evidente que resultaba una tontería esconderlo.

Me di la vuelta, lo besé y me senté a horcajadas encima de él, introduciendo mi sexo sin dilaciones. Mi interior estaba ardiendo, pero su miembro también, por lo que ni siquiera miré que el agua se estaba saliendo. Seguí cabalgando sobre él, como una experta amazona, sin detenerme.

—Dios, Moira, en mi vida había sentido algo así —me decía entre jadeos, y eso me daba a mí la fuerza necesaria para seguir al mismo ritmo.

—Te necesito en mi vida, Unai. No sé lo que haría sin ti —le dije, y me lancé a su boca como si fuera una fuente en medio del desierto.

Pocos minutos después, ambos habíamos alcanzado el orgasmo. Primero lo hice yo, pero a él no le hicieron falta más de dos o tres embestidas para seguirme.

Al mirar al suelo, nos dimos cuenta de que la alfombra estaba empapada de agua, al igual que parte del suelo, y estallamos en una carcajada. En el baño había varios artículos de limpieza por si teníamos alguna urgencia, y los tuvimos que utilizar para secarlo todo, muertos de risa.

Capítulo 23

El resto de la semana lo dedicamos a pasear en familia. Me encargué de enseñarle todos los rincones de mi tierra que me resultaban interesantes, así como los que eran importantes para mí. Eso durante el día, porque las noches eran para nosotros dos, dejando volar nuestra pasión.

Pero había llegado el día en el que Unai tenía que volver al trabajo. Yo todavía no me podía ir, o al menos no me podía llevar al niño, ya que no tenía en mi poder la documentación necesaria para formalizar todo y que no tuviera problemas.

—Si me necesitas, no dudes en llamarme, por favor, que volaré lo antes posible. Si tengo alguna noticia de la policía con respecto a las amenazas, te lo haré saber —me dijo antes de cerrar la maleta.

—Vete tranquilo. En la administración pública me han dicho que no creen que tarde más de esta semana. Si todo va bien, el lunes que viene estaremos de vuelta en casa —le respondí, dándole un beso y un abrazo.

No había querido que lo acompañara al aeropuerto. Decía que era mucho jaleo con el niño y que no se iba para siempre, que nos veríamos pronto, y tenía razón. Se despidió de Nico con un beso, ya que él seguía dormidito; eran casi las ocho de la mañana, porque su vuelo salía a las nueve y media y tenía que estar allí una hora antes.

Me quedé como vacía, todo sea dicho. Entre el viaje y todo lo que había pasado, me había acostumbrado a tenerlo siempre a mi lado, y ahora que se había marchado, me pesaba el alma. Sabía que no tenía razones para estar así,

pero no podía remediarlo. Estaba sumida en mis pensamientos cuando escuché a Nico llamarme.

—¡Mami! —gritaba desde la cuna.

—Ya voy, mi amor, que estoy en el cuarto de baño —le dije, porque era allí donde me había encerrado cuando Unai se marchó.

Saqué a mi niño de la cuna, le cambié el pañal y lo vestí para salir. No pensaba quedarme todo el día en el hotel encerrada. Mi amiga de la infancia, Vanesa, al enterarse de que yo estaba en Málaga, fue hasta la casa de mi hermana, y Matilde me llamó para contármelo, dándome el número de teléfono de ella.

Esa misma mañana la llamé, y quedamos para comer juntas, pero antes le daría una vuelta a mi niño. Me hacía falta un bolso para llevar sus cosas, y así podría llevarlas en el avión a la hora de irnos y volver a casa.

Resultaba muy curioso, porque, aunque me había criado ahí, entre esas calles, no la sentía como mía. Sin embargo, en Barcelona y con mis amigos sí que tenía ese sentimiento. Estaba deseando volver, y no solo por Unai, al que echaba tremendamente de menos, y tan solo hacía unas horas que se había marchado.

Entré en una tienda de bebés que encontré por el camino, y cuyo escaparate me llamó mucho la atención. Elegí un bolso de firma en tonos azules que era una cucada, y que tenía una amplia capacidad. La chica me ofreció la funda para el coche, tanto de invierno como de verano, y no dudé en comprarla, poniendo la de verano en el mismo momento en que la compré.

Nico era una bendición. A pesar de la edad que tenía, si le decías que se quedara en un sitio, lo hacía sin rechistar. Tan solo se movió un instante cuando vio un muñeco para dormir, de esos que tenían el pañito, para verlo de cerca.

—¿Te gusta, Nico? —le pregunté, y él asintió con la cabeza.

—Nico quiere para dormir —dijo, en su media lengua, y se lo compré.

Jamás me había pedido nada, ni siquiera chucherías. Se notaba que no estaba acostumbrado a regalos, porque a todo le hacía una fiesta. Me preguntaba cómo habría sido su primera Navidad, cuando mi teléfono sonó en mi bolso.

—¿Cómo están mis personas favoritas? —me preguntó Unai.

—Echándote mucho de menos. Nico, no para de preguntar por ti —le dije, y era cierto, porque cada diez minutos miraba a su alrededor y decía: «¿papi?».

—Yo también os echo mucho de menos. Si logro arreglar todo en estos días, lo mismo me da tiempo de bajar a por vosotros —me dijo.

—Me encanta la idea, pero sería una tontería, Unai. Solo son unos días, y sería un gasto tonto e inútil, cuando en nada estaremos ahí. Trabaja tranquilo, que hoy ya has perdido el día.

—Para nada, me aburro solo en casa. Así que, en cuanto me dé una ducha, me visto y me voy a la oficina. Al menos, entre papeles y reuniones, se me pasará el tiempo más rápido.

—Ve a tomar una copa con los chicos, seguro que te lo agradecen —lo animé a que saliera.

—Me han enviado un mensaje para quedar el viernes o el sábado, pero no sé lo que haré, la verdad. Lo mismo me animo, depende de lo cansado que esté.

—Bueno, mi amor, te llamo esta noche con videollamada antes de que Nico se duerma, ¿vale? Ahora voy a comer con una amiga de la infancia. Te quiero.

—Yo también os quiero. Pasadlo bien. —Se despidió de mí.

Salí de la tienda con las bolsas de las compras que había hecho en el bajo del cochecito, y puse rumbo al restaurante en el que había quedado con mi amiga. Al llegar, y en cuanto la vi, supe que no estaba bien. Su cara decía una cosa, aunque su voz dijera otra.

—¿Qué te ocurre, Vanesa? Cuéntamelo, sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites —le dije, cuando ya llevábamos un rato sentadas.

—No es nada, de verdad —me respondió.

Mi amiga tenía un hijo poco más o menos de la edad de Nico, y también era muy bueno. Los teníamos a los dos sentados en unas tronas que nos habían traído, con su platito de pescado, comiendo tranquilamente.

—Una no tiene esa cara por nada, Vane.

—Está bien, me estoy separando. Paco me estaba poniendo los cuernos con una de las empleadas de su oficina, y lo descubrí hace unos meses. En mi casa, el único ingreso que entraba era el de su sueldo, y ahora, lo único que me pasa son ciento cincuenta euros para el niño. Él fue el que, cuando nació Edu, me dijo que dejara de trabajar, que me dedicara al niño, que con su sueldo tirábamos perfectamente…

—Y ahora te ves sin trabajo y sin dinero, ¿no es así?

—Exacto, porque hasta el que teníamos en la cuenta en común, en la que se encontraban todos mis ahorros de cuando trabajaba, sin que yo lo supiera, lo ha ido sacando poco a poco. Ahora tengo lo justo para que Edu pueda comer, nada más —me dijo, llorando, y no lo dudé.

—Vente a Barcelona conmigo. Podemos compartir piso, y allí puedo hablar con mi jefe. Siempre necesitan gente, aunque sea de manera temporal, hasta que encuentres algo de lo tuyo. —Le ofrecí, pero negó con la cabeza.

—Si hago eso, se puede quedar con la custodia del niño, y eso sí que no lo soportaría.

Entré en mi cuenta del banco y le hice una transferencia de tres mil euros, para que tuviera para esos meses, hasta que encontrara trabajo.

Capítulo 24

Los días fueron transcurriendo muy lentos, con videollamadas al anochecer con Unai y algunas visitas a mi amiga Vanesa, pero, por fin, había recibido la llamada que estaba esperando con tanto anhelo.

—Buenos días, señorita Serrano, le llamamos para decirle que puede pasar a por la documentación en el momento en el que usted quiera —me dijo la chica de la administración.

—En media hora estoy ahí, muchas gracias —le contesté.

La casa ya estaba lista y la habíamos puesto en un portal inmobiliario, con pleno poder para que yo no tuviera que volver en el momento de su venta. Ellos se encargarían de ingresar el dinero cuando eso sucediera, por lo que lo único que me quedaba era despedirme de todos y volar de nuevo a Barcelona.

Recogí la documentación y avisé a Vanesa para contarle que me marchaba a mi ciudad al día siguiente, a primera hora, puesto que no conseguí billetes para esa misma tarde. Quedamos para comer en el restaurante de siempre.

—Ay, mi niña, ¡cuánto te voy a echar de menos! —me dijo nada más verme.

—Siempre tienes la posibilidad de viajar a mi ciudad. Ya sabes lo que te puedo ofrecer allí —le dije, dándole un abrazo.

—Ojalá pudiera. Estoy intentando llegar a un acuerdo con mi ex. En cuanto que lo consiga, lo mismo me atrevo a dejar todo atrás. Mientras tanto,

seguiré buscando algo por aquí. Ayer fui a una entrevista en un periódico local, como recepcionista en el turno de mañana, así podría dejar a Edu en la guardería —me explicaba.

—Pues piensa en positivo, que verás como ese puesto será tuyo.

Nos sentamos a comer, contándonos los avances de nuestra vida. Ella se lamentaba de no haber conocido a Unai, y le prometí que, pasado un tiempo —porque ahora mismo no me apetecía volver a Málaga—, volvería con él.

Había llegado la hora de volver a casa. Con todo recogido ya, llamé a un taxi para que me llevara al aeropuerto. Sería una sorpresa para todos, porque no le había dicho nada a nadie de mi vuelta.

La noche anterior, los chicos habían convencido a Unai para salir, por lo que, en el momento en el que yo llegara a casa, él estaría todavía durmiendo. Por suerte, no tendría que despertarlo, porque me había dejado un juego de llaves para cuando quisiera entrar y salir sin que él estuviera en ella.

Durante el vuelo estaba nerviosa. Tenía unas ganas tremendas de verlo, pero también de que mis amigos conocieran a Nico. Sabía que se adaptaría bien; lo que peor llevaba era el tema de la guardería, porque debía acudir a una mientras yo trabajaba, eso era innegociable, y me daba penita que pensara que lo habían vuelto a abandonar.

Aterrizamos pasadas las nueve de la mañana, recogimos el equipaje y la sillita del niño, y nos fuimos directos al aparcamiento, donde permanecía mi coche aparcado desde el día en que volamos a Málaga. Unai decidió dejarlo allí para cuando llegáramos, y que él le pondría la sillita de seguridad que compraría en el aeropuerto, como así había sido.

—Ahora vamos a ir a ver a Unai y a mis amigos. ¿Tienes ganas? —le preguntaba al niño mientras conducía.

—¡Papi, sí! —dijo, aplaudiendo y riendo de una manera que me encantó.

En un momento dado, Nico se quedó dormido, y era normal, porque se había levantado demasiado temprano. Por suerte, tenía el sueño tan pesado

que, cuando lo cogías, podías moverlo perfectamente sin que se diera cuenta de nada.

Aparqué en la misma puerta de la casa de Unai. Estaba todo apagado, lo que me indicaba que seguía durmiendo. Bajé el cochecito del niño, lo abrí y lo senté en él, echándolo hacia atrás para que pudiera seguir durmiendo. La maleta ya la sacaría más tarde, cuando supiera si nos quedaríamos ahí o en mi casa.

Abrí la puerta lentamente, sin hacer ruido, y pulsé la clave de la alarma; no quería que su sonido me delatase. Dejé el cochecito del niño en el salón y, muy sigilosamente, subí las escaleras hasta llegar al dormitorio de Unai. Lo que no me esperaba era lo que me iba a encontrar tras esa puerta.

En la cama, en esa en la que yo dormía con Unai, se encontraban dos cuerpos desnudos: el suyo y el de Maje, con signos evidentes de haber estado toda la noche practicando sexo. Me quise morir.

Él se dio cuenta de mi presencia, abrió los ojos y me miró con una mezcla de miedo y nerviosismo, cuando se percató de que no estaba solo en esa cama.

—Moira, de verdad que esto no es lo que parece —me dijo, levantándose rápidamente de la cama.

—¿Qué no es lo que parece? ¿Me tomas por tonta? —le pregunté, aguantando las lágrimas, porque no iba a derramar ni una sola en su presencia.

—Te lo juro por el niño…

—Al niño, déjalo fuera de esto. Ojalá no te hubiéramos conocido nunca. Si hubiera sido así, ninguno de los dos tendríamos ahora este sentimiento de abandono —le dije, justo cuando ella abrió los ojos.

—Amor, ¿por qué no vuelves a la cama y seguimos con lo que empezamos anoche? —le dijo ella, con una sonrisa de maldad, de esas que se creen vencedoras de la batalla.

—Maje, vete a la mierda. Ya estás saliendo ahora mismo de mi casa, y no me llames ni me busques más. ¡Olvídate de mí, como yo lo he hecho de ti! —le gritó, pero a mí me daba igual. Me di media vuelta y salí de esa habitación, dispuesta a marcharme con mi niño.

—No era eso lo que decías anoche. Si no recuerdo mal, tus palabras fueron algo así como: «Nadie me folla como lo haces tú; ojalá y nunca me hubieras puesto los cuernos, ahora podríamos ser una familia» —dijo ella, dándome donde más me dolía.

—Eso es mentira. Jamás diría algo así, y es que ni siquiera sé cómo has terminado conmigo en esta cama —decía él, abatido.

Salí de allí empujando el cochecito, con la intención de irme a casa, pero antes tenía que recoger a Hulk, que lo había dejado a cargo de Marian. Iba a llamar a su puerta, pero me la encontré en el jardín.

—¡Moira! Qué bien que hayas vuelto —me dijo, pero al ver mi cara, supo que algo no iba bien—. ¿Qué te pasa?

—Es largo de contar. Venía a recoger a Hulk antes de volver a mi casa —le dije, sin ganas de nada.

En ese momento, vio cómo salía Maje del interior de la casa de Unai, y su rostro mudó de la más absoluta incredulidad al mayor de los cabreos, justo cuando salía Juan a su jardín.

—¿Se puede ser más cabrón que tú? —dijo Juan, dirigiéndose a su jefe.

—Juan, necesito hablar con Moira, no es el momento.

Capítulo 25

Ayudada por mis amigos, me monté en el coche, asegurando al niño y al perro, y lo dejé allí, con la palabra en la boca. Que tenía que hablar conmigo, decía el muy desgraciado, cuando me había hecho justo lo que juró que no me haría nunca. Y, encima, con la persona que más daño me estaba haciendo, con amenazas de muerte incluidas. Me temblaban las manos en el volante, no por miedo, sino por la rabia contenida. Sentía que todo dentro de mí se había hecho añicos: la confianza, la ilusión, el amor, y hasta una parte de la calma que había reconstruido con tanto esfuerzo.

Llegué a mi casa con Nico ya medio despierto, pero todavía no se había dado cuenta de que Hulk estaba a su lado, porque ese sí que dormía a placer, con las patas estiradas y el hocico enredado entre las correas del arnés.

—¡Perrito! —exclamó cuando vio que lo desataba del cinturón de seguridad.

—¿Te gusta, mi amor? Se llama Hulk —le dije, y él me sonrió con esa dulzura que solo los niños muy pequeños son capaces de regalar sin medida.

—Hulk gusta a Nico —me respondió, y el perro empezó a ladrar y a darle lametones en la cara, mientras que mi niño reía a carcajadas. En ese instante, el sonido de su risa fue como una caricia, un bálsamo que me recordó que, pese a todo, seguía teniendo motivos para sonreír.

Entramos en mi casa y lo fui llevando por las habitaciones, enseñándole dónde estaba cada cosa, como quien abre su corazón y muestra un refugio nuevo. Tenía la intención de que fuera quitándose el pañal, por lo menos de

día, pero antes debíamos ir a comprar varias cosas. Dejé la maleta en el cuarto de lavado, porque había muchas cosas que limpiar y ordenar, y me prometí hacerlo más tarde, cuando el alma estuviera un poco menos revuelta.

Ni media hora llevábamos allí cuando sonó el timbre. Al abrir, me encontré con todos ellos: mis amigos, mis pilares, plantados en la puerta como un ejército de cariño dispuesto a rescatarme del naufragio. Evidentemente, me refiero a mis amigos, porque de Unai no había ni rastro, y lo agradecí desde el fondo del pecho.

—¿Qué hacéis aquí? —les pregunté, intentando sonreír, aunque la voz se me quebró.

—Apoyarte —dijo Juan, muy serio, con esa expresión de hermano mayor que tantas veces me había salvado de mí misma.

—Y que sepa que, por muy jefe nuestro que sea, no lo dejaremos que te haga más daño, así tengamos que partirle la cara —dijo Luca, igual de serio, cerrando los puños.

—Gracias, chicos, pero no quiero que tengáis problemas en el trabajo por mi culpa…

—¿Por tu culpa? Aquí el único que ha tenido la culpa es él —me interrumpió Pedro, con ese tono tajante que no admitía réplica.

Los niños estaban jugando con Hulk, que disfrutaba como un rey de las atenciones de ambos, mientras que nosotros nos refugiábamos en la cocina, alrededor de la isla, sentados en los taburetes. Me serví un vaso de agua, aunque lo que de verdad necesitaba era aire.

Llamaron a la puerta de nuevo, pero no nos dio tiempo a abrir a ninguno; lo hizo Leo, el hijo de Jen. Su vocecita anunció la tragedia antes de que yo misma lo viera.

—¡Papi! Te echo de menos —gritó mi niño, y a mí se me cayó el mundo encima.

—Yo también, campeón, y a mamá también —le contestó Unai, cogiéndolo en brazos y dándole mil besos, con una ternura que dolía de solo mirarla.

Ya no aguanté más y rompí a llorar. Las lágrimas, silenciosas primero, se convirtieron en un torrente que no pude contener. ¿Cómo había sido capaz de hacerme esto? ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar para infligirme dolor?

—Unai, ¿qué haces aquí? —le preguntó Juan, tensando la mandíbula.

—Hablar con mi mujer, aclararle todo. No lo hice por voluntad propia, y aquí tengo las pruebas, así como la denuncia que acabo de interponer contra Maje —le dijo, abatido, con el rostro desencajado.

—Claro, ahora me vas a decir que te la follaste porque te puso una pistola en la cabeza… O mejor, que te echó una viagra en la copa y no había manera de bajarte la erección, y como ella estaba a mano… —le dijo Yoli, con toda la ironía del mundo, cruzándose de brazos.

—No fue nada de eso. Me echó una droga en la última bebida que nos tomamos en mi casa —contestó él, y eso todavía me dolió más, porque significaba que la había llevado allí.

—Sabiendo todo lo que me habían hecho ella y su padre, siendo conocedor de todas las amenazas, y, aun así, ¿la llevas a tu casa? —le dije, rota por el dolor, sintiendo que cada palabra me cortaba por dentro.

Por suerte, el niño ya estaba jugando con sus nuevos amigos en el salón, ajeno a todo lo que estaba sucediendo en la cocina, feliz con su pequeño universo de juguetes y risas.

—Eso sí es culpa mía, por volver a confiar en ella. A la salida de la discoteca me estaba esperando, me dijo que teníamos que hablar seriamente, que ella no tenía nada que ver, que todo era cosa de su padre… y la creí. Le dije que se montara conmigo en el taxi, pero insistió en que tenía su coche cerca, y fuimos a mi casa —me contaba, mientras que yo no podía casi ni respirar.

—Casi me duele más esto que el hecho de que te acostaras con ella. Unai, ahora mismo no quiero volver a saber nada de ti —le respondí, porque el dolor era tan grande que me veía incapaz de tenerlo cerca.

—No nos hagas esto, Moira, te lo suplico.

—Yo no he hecho nada, todo lo has hecho tú. No debí confiar en ti después de que te viera la primera vez con ella. Está claro que siempre será tu talón de Aquiles, y yo no quiero ser la venda que cure esa herida.

—Tú, yo y el niño… somos una familia, mi amor, no la destruyas, por favor, te lo pido —seguía suplicando. Juan, al verme sin fuerzas, intervino.

—Unai, será mejor que te marches. Ella tiene razón: hasta que no elimines por completo a Maje de la ecuación, siempre permanecerá en medio de vosotros, y eso no es bueno ni para ella ni para el niño —le dijo, con voz firme pero sin agresividad.

—¿Me dejarás seguir viendo al niño? —me preguntó antes de irse, con los ojos vidriosos.

—Sí, pero sin que yo tenga nada que ver. Cuando quieras verlo, se lo dices a Juan y él me hará llegar a mí la petición. No es justo que, por las malas actuaciones de los mayores, mi niño tenga que sufrir otro abandono. Es demasiado pequeño para sufrir todo lo que ha sufrido. Mi egoísmo no lo llevará a echar ni una lágrima más —le dije, con un nudo en la garganta.

Antes de irse, se acercó a mí, dejándome un beso en la cabeza. A continuación, cogió al niño en brazos, lo abrazó llorando y le dio mil besos sin soltarlo. Yo solo podía mirar en silencio, intentando grabar esa escena en la memoria, sabiendo que quizás tardaría mucho en repetirse.

—Me tengo que ir, campeón. Nos vemos pronto, ¿vale? —le dijo, y el niño lo miró sin saber qué hacer o qué decir.

Puso al niño de nuevo en la alfombra, echó una última mirada hacia la zona en la que yo estaba sentada y se marchó. Con él se llevó todas mis ilusiones, todos mis planes y toda mi alegría.

El silencio que quedó después fue tan espeso que podía cortarse con un cuchillo.

—¿Qué tenías pensado hacer hoy? —me preguntó Jen, rompiendo el aire cargado.

—Quería ir al centro comercial, tengo que comprarle una cuna al niño, y una trona, y varias cosas más —le respondí, intentando recomponerme.

—Por eso no te preocupes. Pedro, ¿bajas al coche a por las cosas? —le dijo a su chico, que asintió y salió de la casa, seguido de Luca y Juan, que le echarían una mano.

—Gracias, Jen. Gracias a todos. Siento como si mi mundo se terminara aquí y ahora, pero no puedo permitirlo. Tengo un niño por el que luchar y salir adelante —les dije, y recibí un abrazo por parte de todas ellas. Fue un abrazo de esos que sostienen, que te cosen los pedazos sin palabras.

En poco tiempo, ya estaban todos montando el cuarto del niño. Incluso habían traído varias cosas más que poner en él: estanterías, peluches, juguetes de bebé, todo lo que le habían regalado a Leo cuando nació y que apenas había utilizado. No me dejaron entrar; lo hicieron los chicos, mientras que nosotras nos íbamos con los niños y el perro al parque, buscando un poco de aire y de luz después del caos.

Cuando subí, aquella habitación parecía sacada de una revista de decoración infantil. Los tonos suaves, el olor a madera nueva y a esperanza llenaban el aire. Y entonces sí, mis lágrimas volvieron, pero esta vez eran de alegría, de agradecimiento, de alivio. No podía ser de otro modo.

Capítulo 26

Los meses habían ido pasando, y estábamos a las puertas de la Navidad. El aire ya olía a turrón, a abrigo recién sacado del armario y a luces parpadeando en las calles. Mi niño se había adaptado a la guardería a las mil maravillas, y eso me había dejado una tranquilidad por el cuerpo que no os podéis ni imaginar.

Unai había seguido viéndolo. Algunos días era él quien lo recogía, otros lo hacía yo, pero no habíamos vuelto a coincidir. Nos habíamos convertido en dos líneas paralelas unidas solo por la sonrisa de Nico. Y, aun así, él vivía feliz, sin echar de menos a ninguno de los dos, al menos en apariencia. Esa serenidad infantil que tanto envidiaba lo protegía de los líos de los adultos. Tan solo una noche se lo llevó a dormir con él, coincidiendo con una cena con un cliente —o eso me dijo—, aunque confieso que en mi cabeza resonó la sospecha de que pudiera ser una cita. La duda dolía, pero ya había aprendido a tragármela sin lágrimas.

Mis salidas con las chicas se fueron espaciando, hasta llegar al punto en el que no me apetecía. Prefería quedarme con Nico en casa, sentarnos juntos en el sofá a ver una película de dibujos animados o ponernos a colorear hasta que había más color en sus manos que en el papel. A veces le observaba mientras dormía, y pensaba que ese niño, con su respiración pausada y su inocencia intacta, era lo más parecido a la paz que había conocido en años.

Ese viernes me lo había pedido libre, puesto que era la actuación de Navidad de mi niño en la guardería, esa a la que también acudiría Unai. No lo veía justo excluirlo, y además sabía que a Nico le encantaría verlo ahí sentado, aplaudiendo entre los demás padres. Haciendo de tripas corazón, le

pedí a Juan que lo avisara, y me confirmó su asistencia. Solo con escucharlo, el corazón me dio un pequeño salto que intenté disimular.

La entrada de los padres era a las doce del mediodía, así que me dio tiempo a dejarlo en la guardería y volver a casa, a arreglarme. No quería hacerlo demasiado, porque no me gustaba la idea de que pensara que me arreglaba por él. Pero tampoco quería que me viera hecha un adefesio y creyera que no lo había superado. En realidad, no lo había hecho, pero eso no tenía por qué saberlo.

Al final, me decanté por un pantalón vaquero de pitillo en azul oscuro, que combiné con unas botas marrones altas, de cuña, un jersey de cuello de pico en azul clarito y un chaquetón de piel marrón. Recogí mi melena en una coleta baja, con la raya en medio, porque sabía que me favorecía. Me apliqué un poco de sombra de ojos en tonos tierra, máscara de pestañas y mis labios en color chocolate. Me miré al espejo y, por un segundo, volví a reconocerme.

Lo vi de lejos, y el corazón se me detuvo medio segundo. Tenía ese porte que me volvía loca, ese andar seguro y relajado que parecía llenarlo todo. También se había puesto vaqueros, aunque los suyos eran en un tono más claro, botas negras y chaqueta de cuero. Parecía salido de un anuncio. Sin embargo, se le notaba más delgado, con el rostro algo afilado, y un cansancio en la mirada que antes no estaba. Aun así, seguía siendo él. Noté que varias madres no le quitaban el ojo de encima, cuchicheando entre ellas con sonrisas cómplices.

Me armé de valor, respiré hondo y bajé del coche.

—Buenas tardes —le dije al llegar, intentando sonar natural.

Me miró sorprendido, y en ese instante recordé por qué me había enamorado de él: por esa forma de mirar que te hacía sentir vista y desnuda, incluso vestida de lana.

—Buenas tardes, Moira. Estás preciosa —me dijo, y su voz me rozó la piel como una caricia. Puso una mano en mi cintura y me dejó un beso en la mejilla, tan cerca de la comisura de mis labios que el aire pareció detenerse.

—Gracias, tú también estás muy guapo, aunque algo más delgado —le respondí, sincera. No quería que pareciera una conversación fría, porque no lo era.

—Te echo de menos, no lo puedo remediar —me dijo en voz baja—. Tengo que hablar contigo, con relación a ella, pero no aquí. Iba a llamarte, pero ya que estás aquí... ¿Podemos comer juntos los tres, y te cuento todo?

Algo dentro de mí se encogió, no sabía si era el corazón o el alma, pero dolía y a la vez latía con esperanza.

—Está bien, pero eso no supone que…

—Ya, ya sé, no supone que me vayas a perdonar. Pero tengo que intentarlo. Sin ti me falta la vida, Moira…

Su voz se quebró justo cuando abrieron las puertas de la guardería. Cada familia tenía dos asientos asignados, y los nuestros estaban en primera fila, por lo que no tendríamos problema en grabar. Las educadoras me habían repetido muchas veces que Nico se había ganado el corazón de todos.

—Si te parece, lo grabo yo y luego te lo paso —me dijo Unai, y yo asentí, porque mis manos temblaban demasiado como para sostener el móvil.

Salió mi pequeño Nico, vestido de San José, con un disfraz que parecía hecho de ternura pura, y una lágrima resbaló por mi mejilla sin pedir permiso. Seguía sin entender cómo su propia madre lo había cambiado por las drogas, pero ahora estaba conmigo, y eso jamás volvería a pasar.

«San José al niño Jesús
un beso le dio en la cara
y el niño Jesús le dijo:
—No me pinches con la barba.»

Cantaban todos, tan pequeñitos, que no pudimos evitar emocionarnos y reírnos a la vez. La carita de Nico cuando nos vio a los dos juntos era para enmarcarla: la felicidad le salía por los poros. Cuando hizo el saludo de

agradecimiento al público, la carcajada fue general. Bajó del escenario corriendo y vino directo a abrazarnos a los dos al mismo tiempo.

—Papi, mami, comemos juntos —dijo, sin preguntar, con esa seguridad inocente que desarma. Su lenguaje había mejorado tanto que hasta sonaba mayor.

—¿Quieres que lo hagamos, mi amor? —le pregunté, ante la mirada cómplice de Unai.

—¡Sí! —exclamó, sonriente, con los ojos brillantes.

—Pues no se hable más, hoy comemos los tres juntos. Y ojalá no sea la última vez —dijo Unai, mirándome a los ojos. Su mirada tenía esa mezcla de arrepentimiento y deseo que me atravesaba.

—Anda, ve, que te llama la seño. Será para quitarte el disfraz —le dije a Nico, señalando a su profesora.

El niño nos dio un beso y un abrazo a cada uno y salió corriendo feliz.

—Voy al baño —le dije, levantándome, porque de los nervios me hacía pis a chorro olímpico.

—Te espero en la puerta con el coche. Recoge tú al niño, ¿vale? —me respondió, dándome otro beso, esta vez en la cabeza, después de abrazarme con fuerza.

Entré en uno de los cubículos de los servicios de adultos, intentando serenarme, cuando escuché a dos madres hablar. Ellas acababan de entrar y, sin saberlo, me regalaron el comentario del día.

—Joder, con lo buenísimo que está y no le hace caso a nadie —dijo una de ellas, con un suspiro.

—Yo lo invité el otro día a tomar algo y me dijo que lo sentía, pero que estaba ocupado —respondió la otra.

—Si hasta la profesora de su hijo le hace ojitos, pero nada. Debe estar muy enamorado de la madre del niño, aunque tan solo hay que verla… es un témpano de hielo.

—¡Qué lástima! Si yo tuviera a un hombre así a mis pies, te aseguro que no lo dejaba escapar. Dios le da pañuelos a quien no tiene nariz. —Zanjó su amiga, y fue cuando salí del baño con una sonrisa triunfante y la cabeza bien alta.

—Buenas tardes —les dije, mirándolas directamente. Se quedaron a cuadros, coloradas hasta las orejas. —Para la próxima vez, sería conveniente que os aseguréis de que no hay nadie más escuchando.

Capítulo 27

Recogí a Nico, al que ya había cambiado su profesora —esa mujer a la que, después de lo que había escuchado en el baño, miraba con otros ojos—, y nos fuimos cantando hacia la salida. Su vocecita repitiendo los villancicos llenaba el pasillo de luz, y por un momento, todo lo malo parecía muy lejos. Afuera, Unai nos esperaba junto al coche, apoyado en la puerta, con las manos en los bolsillos y esa sonrisa suya que seguía descolocándome.

Él también había instalado una sillita de seguridad en el suyo, para los días en los que recogía al niño. Aquel simple detalle, tan doméstico y tierno, me pellizcó el corazón. Lo senté, ajusté los arneses y comprobé dos veces que todo estuviera en su sitio. Iba a sentarme al otro lado del asiento trasero, pero Unai me detuvo con una sonrisa de medio lado.

—Siéntate en el asiento del copiloto, por favor. No me hagas parecer un chófer —me dijo, con tono divertido.

Solté una carcajada, de esas que salen sin pensarlo, y que me recordaron que aún era capaz de reír de verdad.

—Está bien, lo haré —le respondí, todavía riéndome.

—No sabes lo que he echado de menos el sonido de tu risa —dijo él entonces, con un hilo de voz que se coló entre los latidos—. Me haces falta, Moira. Hasta un punto que no te puedes llegar a imaginar.

Sus palabras se quedaron suspendidas en el aire, como un eco que dolía y acariciaba al mismo tiempo. Nos quedamos en silencio unos minutos, con el

murmullo del tráfico como único testigo. Pero la conversación que había escuchado en el baño me quemaba en los labios, y la curiosidad —mezclada con celos— terminó por vencerme.

—Tienes muchas admiradoras dispuestas a reírse contigo —dije, sin poder contenerlo. Él giró la cabeza hacia mí, sorprendido, y en sus ojos se mezcló el desconcierto con una chispa divertida.

—¿Y ese comentario? ¿A qué ha venido? —preguntó, sonriendo de esa forma que siempre me desarmaba.

—Una conversación que he oído en el baño… —contesté, haciendo un gesto con la mano, como si quitara importancia a lo que en realidad me había removido por dentro.

—¿Y en qué consistía esa conversación? Si puede saberse, claro —replicó él, con voz traviesa.

—Dos mamás hablaban de que una de ellas te había invitado a salir y tú la rechazaste, al igual que a la profesora de Nico —respondí, sin poder evitar el tono celoso, ni el rubor que me subía por el cuello.

—Sí, y lo seguiré haciendo —me dijo, mirándome directamente, con una seriedad serena que me desarmó—. La única que me interesa que me invite a salir es la persona que está sentada junto a mí en este momento. Las demás, me sobran.

Sentí un calor recorrerme el pecho, una mezcla de sorpresa, ternura y un vértigo que me hacía olvidar el aire.

—Papi, mamá tiene vergüenza —dijo mi niño desde el asiento trasero, mirándome por el espejo retrovisor con esa sonrisa pícara que era puro sol.

—Calla, chivato —le dije, riendo, y los dos empezaron a carcajearse, contagiándome su risa.

Fuimos hasta un restaurante que estaba cerca de su casa, uno de esos lugares acogedores donde siempre olía a leña y a pan recién hecho. Tenía una zona de juegos para niños con una monitora, y a Nico le encantaba ir porque

allí se encontraba con los hijos de las familias que vivían en la urbanización de Unai. Era su pequeño mundo, un refugio de risas y juegos donde se sentía libre y feliz.

Mientras esperábamos la comanda, Nico se fue con la monitora, prometiendo volver cuando trajeran la comida. Me quedé mirándolo mientras se alejaba, pensando en lo rápido que había cambiado todo. Mi niño no tenía problemas con la comida, comía de todo con entusiasmo contagioso. Lo mismo le encantaba la carne que el pescado, y la verdura era su debilidad, salvo el brócoli, por el que tenía una cruz bien marcada.

Unai me miró, respiró hondo y dijo mi nombre, como quien se prepara para saltar sin red.

—Moira…

—Unai… quiero que retomemos nuestra amistad, por el bien del niño —le corté suavemente. No quería abrir otra herida cuando aún seguía curando la anterior.

—Yo quiero más que eso, Moira. Yo te quiero a ti en todas tus versiones —dijo, mirándome con esos ojos que siempre decían más que sus palabras—. Quiero a mi amiga, con la que me río. Quiero a mi amante, con la que me quemo en la cama. Y quiero a mi mujer, con la que comparto todo lo bueno y lo malo que me ocurre.

Me quedé sin saber qué decir. Por dentro, sentí una mezcla de nostalgia y miedo, como si su voz me arrastrara de nuevo a un lugar donde ya me había roto.

—De momento, solo puedo ofrecerte eso —le respondí, bajando la mirada —. Me dolió mucho tu traición, no sabes cuánto.

—Claro que lo sé, porque a mí me dolió igual —contestó con un suspiro —. Fui un imbécil. Nunca debí aceptar esa proposición. Pero ya no volverá a suceder nunca más, créeme. Tengo una orden de alejamiento que lo corrobora, me la dieron después de lo que hizo ese día.

Yo lo miraba, intentando descifrar si esa sinceridad era real o si era solo otra capa de arrepentimiento.

—Me parece muy bien que pusieras pie en pared —le dije al fin—, sobre todo porque te manipulaba a su antojo. Pero no me pidas que me lo crea sin más.

Él bajó la cabeza, con un gesto de derrota.

—Te lo pienso demostrar —susurró—. Pero para eso necesito que estés cerca. En la distancia y sin contacto, no podré. Entre otras cosas, porque tengo entendido que le has prohibido a todos que te hablen de mí.

—Era la única manera de protegerme, de no saber nada de lo que hacías —admití.

—Te entiendo —dijo, con voz cansada—. Yo, en tu situación, habría hecho lo mismo.

Nos quedamos unos segundos mirándonos, en silencio. Esa clase de silencio que pesa, que hiere y que, al mismo tiempo, cura un poco.

—Hagamos las cosas bien, por una vez —le propuse—. Vayamos paso a paso. Primero, intentando volver a ser amigos. El tiempo dirá si podemos confiar el uno en el otro en un futuro.

Asintió justo cuando llegó la comida y la monitora traía a Nico, que venía corriendo, riendo, con las mejillas encendidas.

—¡Qué rico, mami! —exclamó al ver su plato de patatas fritas con filete de solomillo.

—Pues hala, a comer se ha dicho —dijo Unai, con una sonrisa llena de ternura.

No teníamos prisa. Tanto la guardería como mi oficina cerraban desde ese día hasta el siete de enero, así que podría pasar todas las fiestas con mi niño, la primera Navidad que viviría de verdad.

Mi casa estaba completamente adornada. El árbol brillaba con luces cálidas y cintas doradas, y Nico había disfrutado como nunca al colocarlas. Pusimos los villancicos infantiles, y terminamos cantando a dúo, riendo a carcajadas cuando Hulk se unía ladrando al compás.

—¿Dónde vais a pasar el día de mañana? —preguntó Unai, y supe de inmediato que la pregunta escondía otra intención.

—En principio, los dos solitos en casa, ¿verdad, Nico? —le dije, acariciando su cabello—. Marian y Juan se van con los padres de él al pueblo, y no vendrán hasta el treinta y uno. Jen y Pedro lo pasan con los padres de ella, y Yoli y Luca han contratado un viaje hasta fin de año.

—Papi, ¿vienes con nosotros? —preguntó Nico, con los ojos llenos de ilusión. Unai titubeó un segundo.

—Nico, mi amor, seguro que Unai ya tiene otros planes para mañana —le dije, intentando suavizar la situación.

Pero su respuesta me descolocó.

—Para nada —dijo él, serio—. Iba a pasarla solo, en mi casa. Sin vosotros, ninguna fiesta tiene sentido.

Me sostuvo la mirada, y yo tuve que respirar hondo para no dejarme arrastrar por lo que vi en sus ojos.

—Pásala con nosotros —le dije finalmente—. No pienso dejar que uno de mis amigos esté solo el día de Nochebuena.

Recalcando la palabra *amigo*, como si ese término pudiera poner un muro donde el corazón no lo tenía.

—Tengo una idea mejor —dijo entonces, encendiendo esa chispa que le nacía cuando tramaba algo—. ¿Por qué no preparamos las maletas y nos vamos unos días a una cabaña en la sierra? Podríamos salir esta misma tarde, y así estaríamos en terreno neutral. Ni tú te sentirías incómoda en mi casa ni yo un extraño en la tuya.

—Me parece una buena idea —le contesté—. Eso sí, asegúrate de que esté decorada. Quiero que Nico viva la mejor Navidad posible. La anterior no pudo hacerlo.

Unai asintió con una sonrisa y sacó su teléfono de inmediato. Mientras nos traían el postre, ya lo tenía todo organizado: una cabaña en la sierra, dentro de un campin, donde al día siguiente habría una cabalgata para los niños, con luces, música y chocolate caliente. Todo ambientado en la Navidad.

Y en ese momento, por primera vez en mucho tiempo, sentí que algo dentro de mí se iluminaba también.

Capítulo 28

Estábamos viendo la cabalgata con Nico, que estaba alucinando en colores. Sus ojitos se movían de un lado a otro, brillando bajo las luces, mientras reía y aplaudía con esa inocencia que lo envolvía todo. Unai lo tenía sobre sus hombros, firme y sonriente, para que no se perdiera ni un solo detalle del desfile. Yo, a su lado, los observaba, sintiendo un nudo dulce en la garganta. Era una imagen perfecta: mi niño emocionado y Unai sosteniéndolo con ternura.

La tarde anterior, cuando llegamos a la cabaña, habíamos escondido todos los regalos para que Nico no los encontrara. Lo hicimos entre risas, buscando los rincones más insospechados. También me dio tiempo a comprarle a Unai un pequeño detallito; no quería que amaneciera sin tener algo para él. Era una tontería, pero me salió del alma.

Esa misma noche, cuando el niño se durmió rendido, Unai y yo nos sentamos en el sofá frente a la chimenea, con una copa de vino entre las manos. La luz del fuego jugaba en sus rasgos y, aunque hablábamos como dos viejos amigos, la tensión se podía cortar con un cuchillo. Nuestra atracción seguía ahí, palpable, escondida en la forma en que respirábamos o en los silencios demasiado largos. Ninguno de los dos quería dar un paso en falso y arruinar lo que habíamos reconstruido.

De la cena de Nochebuena se encargaba el restaurante del campin, siguiendo las directrices de cada huésped. Nos habían entregado una carta para elegir el menú, y todo estaría listo a la hora acordada. Me gustó ese detalle: era como si todo estuviera dispuesto para que solo tuviéramos que disfrutar, sin preocupaciones.

Nico regresó de la cabalgata cargado de caramelos, y tuve que ayudarlo a sujetar parte del botín. Me pasé toda la tarde agachándome para recoger los que Papá Noel y sus duendes lanzaban, mientras los dos —padre e hijo— se reían a carcajadas. También consiguió un peluche enorme, casi más grande que él, que alcanzó al vuelo desde los hombros de Unai.

El camino de vuelta fue una fiesta. Nico no paraba de contar lo que había visto, y su entusiasmo era tan contagioso que terminé cantando villancicos con él, entre risas y voces desafinadas. Cuando llegamos a la cabaña, la comida ya nos esperaba en la cocina, perfectamente empaquetada y lista para calentar.

Fue entonces cuando Unai fue a la habitación a buscar algo en su maleta, y apareció en el salón con una bolsa en la mano y una sonrisa traviesa.

—¿Y esto? —pregunté, al ver que sacaba tres prendas idénticas.

—Son nuestros pijamas de Navidad —dijo, entusiasmado, sacando los conjuntos y mostrándolos como si fueran tesoros.

Eran preciosos. El pantalón tenía dibujos de arbolitos navideños en tonos rojos y verdes, y la parte de arriba era una camiseta roja con el mismo estampado en grande, acompañado por unas letras en *beige* que decían *«La mejor Navidad de mi vida»*.

—Pensaba ponerme un vestido después de ducharme, más que nada para estar algo presentable —le dije, arqueando una ceja.

—¿Para qué nos vamos a poner elegantes, si estamos en familia? —me contestó con una sonrisa que me desarmó.

Nos fuimos metiendo en la ducha, primero el niño, que chapoteaba feliz. Mientras lo vestía con su pijama y sus calcetines gorditos a juego, Unai se duchaba en el baño. Cuando salió, llevaba solo una toalla anudada a la cintura y las gotas le resbalaban por el pecho y el abdomen, siguiendo líneas que parecían hechas para tentar.

Me quedé mirándolo, inmóvil, con la boca entreabierta. Hacía mucho que no veía esa imagen, y, aun así, me impactó como el primer día. Juro que me dieron ganas de ir hasta él y lamerle esas gotas como si fueran el agua más pura del mundo.

Con una sonrisa ladeada, Unai entró en su habitación, llevándose al niño y sentándolo en la cama para que yo pudiera ducharme tranquila. Pero esa imagen no se me quitaba de la cabeza. Si hubiera estado sola, y no con ellos a pocos metros, os prometo que mis manos habrían tenido su propia aventura. Pero no podía, no quería que me escucharan.

Cuando salí, el vapor del baño me había dejado las mejillas encendidas. Me puse las braguitas de encaje blancas, esas que sabía que lo volvían loco. No me puse sujetador, como siempre hacía en casa; la tela del pijama me cubría lo justo. ¿Sería que la que se estaba volviendo loca era yo? Casi con total seguridad. Mi cabeza decía una cosa y mi cuerpo otra, y no parecían dispuestos a ponerse de acuerdo.

Al entrar en el salón, vi que ya estaba toda la comida servida. Nico, en su trona, movía los pies impaciente, y Unai, al verme, se quedó quieto, mirándome como si me viera por primera vez. No llevaba maquillaje, apenas un toque de perfume, y el cabello lo tenía recogido en un moño informal. Aun así, en su mirada vi deseo, nostalgia y algo más profundo, más tierno.

—Déjame decirte que estás impresionante —susurró, acercándose a mí y dándome un beso en la mejilla, mientras me abrazaba por detrás.

—Mami, guapa —dijo Nico, aplaudiendo, y los tres rompimos a reír.

La cena transcurrió entre risas y anécdotas. Nico no podía contener los nervios; Unai le había contado que esa noche Papá Noel entraría por la chimenea a dejar regalos para los niños que se habían portado bien. Cada vez que oía un ruido, el pequeño giraba la cabeza emocionado, y su ilusión nos llenaba el alma.

Después del postre —una mousse de chocolate deliciosa que Unai había pedido expresamente—, sacamos a Nico de la trona y nos pusimos a bailar con él. En el pequeño salón, entre luces suaves y música navideña, bailamos

los tres, riendo y girando hasta que Nico, agotado, se dejó caer en el sofá con los ojos entrecerrados.

Entonces sonó *Bachata*, de Manuel Turizo, y Unai me tomó de la mano. Bailamos despacio, con los cuerpos casi rozándose, respirando el mismo aire. Su voz se volvió un murmullo contra mi oído, caliente, íntima, casi un rezo.

«Ando manejando por las calles que me besaste,
oyendo las canciones que un día me dedicaste…
Te diría que volvieras, pero eso no se pide…»

Cada palabra era una caricia invisible, una promesa que me erizaba la piel. Juro por lo más sagrado que nos habríamos besado, si no fuera porque Nico se despertó en ese momento, pidiendo ir al baño y a la cama.

Me separé de Unai, respirando hondo, intentando ordenar el pulso. Cogí al niño en brazos y lo llevé al baño. Hizo pipí, le puse su pañal y lo acosté en la cama pequeña junto a la mía, tapándolo bien hasta el cuello. Lo vi quedarse dormido en segundos, con la respiración tranquila, ajeno a la tormenta que rugía dentro de mí.

Cuando regresé al salón, la magia se había disipado, como el humo de la chimenea. Ambos lo sabíamos. Así que fuimos al dormitorio de Unai, donde había guardado los paquetes. Los sacamos del armario en silencio, sin mirarnos demasiado, para no romper el equilibrio frágil que nos sostenía.

Habíamos acordado comprarle solo dos cositas al niño, pequeños detalles para que jugara hasta que llegaran los Reyes. Nada caro, nada excesivo. Solo gestos de amor.

Colocamos los regalos bajo el árbol, entre miradas mezcladas de tristeza y ternura. El árbol parpadeaba, las luces se reflejaban en los ojos de Unai y, por un instante, supe que ambos estábamos pensando lo mismo: que, aunque todo pareciera igual, ya nada lo era.

Capítulo 29

Habíamos pasado esos dos días en la cabaña de lo más a gusto. Fueron días de calma, de risas, de juegos y silencios compartidos frente al fuego. Pero era hora de volver a la ciudad, ya que Unai tenía trabajo.

Ni que decir tiene que Nico se volvió loco con los regalos, no sabía a cuál de ellos acudir primero. Lo que más le gustó fue un peluche de Mickey, personaje por el que mi niño sentía adoración, y que fue un regalo de Unai.

También tuvo un detalle precioso conmigo: me regaló un marco de fotos de plata, con una instantánea de los tres en Málaga, el día que fuimos a la playa. En el lateral, grabadas con elegancia, se leían unas palabras que me apretaron el corazón: «Ojalá pronto nos podamos hacer otra igual».

Yo le regalé una pluma grabada con su nombre y el del niño. Sabía que le haría ilusión y le gustaría mucho. El chico de la tienda me hizo el favor de grabar los nombres en el momento, dado que nos marchábamos a la cabaña y no podía recogerlo al día siguiente.

El viaje de regreso fue tranquilo. Había una paz rara, como de final de algo que no queríamos que terminara. Cuando llegamos a mi casa, los dos —el perro y el niño— venían derrotados, durmiendo a placer en el asiento trasero. Eran sobre las nueve de la noche, y Nico ya venía bañado y con el pijama, porque yo sabía que aquello iba a pasar: se quedaría dormido antes incluso de llegar.

—Dejo el coche en doble fila y te ayudo a subirlo —me dijo Unai, mirando que no estorbara a ningún otro vehículo.

—No hace falta, de verdad. No vaya a ser que pase la grúa y te deje sin coche. Es solo cuestión de organizarme, verás —le respondí, sonriendo.

Bajé del coche, me colgué la bolsa del niño en bandolera, mi mochila a la espalda, la de los juguetes en el brazo izquierdo y la correa del perro en el derecho. Con todo colocado, le quité el niño de los brazos para cogerlo yo, ya que Unai, mientras yo me organizaba con todo, había sacado al pequeño del coche. No llevábamos su sillita porque pensábamos quedarnos en el campin, como así hicimos.

—¿Lo ves? Todo controlado —dije triunfante, pero no había caído en algo que él sí advirtió.

—¿Y cómo piensas sacar las llaves de tu casa? —me dijo, riendo.

—Joder, algo se me tenía que olvidar. ¿Las sacas tú, por favor? —le pedí, poniendo carita de perrito abandonado.

—Anda, date la vuelta —dijo, abriendo el bolsillo de mi mochila. Me puso las llaves en la mano, pero no sin antes aprovechar para rozarme el cuello con los labios. Fue un beso rápido, casi un roce… pero me dejó con las piernas temblando.

—¿Y eso? —pregunté, nerviosa, aunque mi voz sonó más dulce de lo que quería.

—Iba a darle un beso al niño, y me he desviado un poco —contestó, riendo.

—Un mucho, diría yo. Sobre todo, teniendo en cuenta que el niño está al otro lado —respondí, negando con la cabeza, sin poder evitar sonreír.

—Bueno, un error de cálculo sin importancia. Si mañana me da tiempo, vengo a comer con vosotros. Te llamo con lo que sea —dijo, rodeando el coche, en el que no se subió hasta asegurarse de que entrábamos en el portal.

Mi cabeza era un batiburrillo de sentimientos: los que me hacían frenar mis deseos y los que mi corazón me empujaba a seguir.

Lo primero que hice fue acostar al niño en su camita. Hacía unos días que ya dormía en su cuarto, eso sí, con Hulk a su lado, fiel guardián que no se separaba de él ni un instante.

Coloqué el marco de fotos en el salón, en una balda de la estantería donde ya descansaban otras que nos habíamos hecho Nico y yo en estos meses. Luego metí la ropa sucia en la lavadora y la puse en un programa corto, para tenderla antes de dormir.

No tenía hambre. Como Nico ya había cenado antes de salir, me preparé un sándwich de pavo y me senté en el sofá a leer un rato. Pero no me concentraba. Cerré el libro y me fui a la cama, dejando la ropa para tenderla por la mañana.

Echaba terriblemente de menos a Unai, a pesar de que entre nosotros no había pasado nada en esos dos días. Me pregunté si él estaría pensando en mí, si estaría mirando el mismo cielo estrellado desde su ventana.

Antes de dormir, planeé el día siguiente: quería llevar a Nico al parque de Navidad que habían abierto cerca de casa. No habíamos tenido oportunidad de ir antes porque el viaje se cruzó en medio.

Sin darme cuenta, el sueño me venció. Me dormí con una paz que hacía tiempo no sentía.

Me despertaron los ladridos de Hulk, señal inequívoca de que Nico estaba despierto y llamándome. Siempre hacía lo mismo: si me llamaba tres veces y no aparecía, el perro entraba en acción, sin moverse de su lado hasta que yo llegaba.

—Ya voy, no hace falta armar ese escándalo —dije desde mi habitación, mientras me ponía las zapatillas.

—Mami, Nico hambre —dijo él, tocándose la barriguita cuando lo encontré sentado en la cama, despeinado y sonriente.

—¿Cuándo Nico no tiene hambre? Mi amor, me saldría más barato comprarte un coche que darte de comer hasta que te hagas mayor —le

respondí, cogiéndolo en brazos.

—Nico no coche, Nico tostadas —replicó, sacándome una carcajada.

—Anda, vamos a la cocina y preparo el desayuno.

Lo senté en su trona y le serví un vaso de leche con cacao y cereales —que le encantaba— y una tostada con mermelada de fresa, su favorita. Mientras comía, le eché el pienso al perro y saqué la ropa de la lavadora para tenderla en la terraza. No me gustaba usar la secadora, salvo en días de lluvia.

—No te vayas a mover de ahí, Nico, que voy a tender la ropa. Si quieres bajarte, me llamas —le dije, sabiendo que me obedecería.

Ni un minuto después, escuché un estruendo en la cocina. Corrí, con el corazón desbocado, y lo que vi me heló la sangre: la trona en el suelo y mi niño llorando, con el brazo doblado en una postura que no debía tener.

—¡Dios mío! —grité, levantándolo con cuidado y acunándolo. No lo regañé. Ya habría tiempo para eso. Me di cuenta enseguida de que no había sido su culpa: una de las patas traseras estaba rota.

—Me duele, mami… mucho. —Sollozaba, sujetándose el brazo.

—Mi amor, me visto y te llevo al hospital, ¿vale? —dije, intentando mantener la calma mientras lo llevaba conmigo al dormitorio.

—Mami, Nico quiere también a papi —susurró entre lágrimas, y se me hizo un nudo en la garganta.

—Mi amor, Unai no es tu papi, y además está trabajando. —Intenté explicarle, como tantas otras veces.

—Sí, él dice a Nico: *«yo tu papi; si algo pasa, mami, llama a mí»* —respondió, y no insistí más.

—Está bien, ahora lo llamamos —dije, tragándome las lágrimas.

Me puse lo primero que encontré: unos vaqueros, una sudadera y las deportivas. Le coloqué su chaquetón como pude, dejando el brazo lesionado fuera.

Ya en el coche, con el corazón encogido, marqué el número de Unai. No quería molestarlo, pero no podía hacer otra cosa.

—Dime, Moira, ¿ocurre algo? —preguntó, con voz alerta. Sabía que si lo llamaba era por algo serio.

—Sí, es Nico. Se ha roto la trona y se ha caído al suelo. Lo llevo al hospital, creo que tiene un brazo roto —dije, conteniendo el temblor.

—Nos vemos allí —respondió sin dudar, y colgó.

Capítulo 30

Entramos por la puerta de urgencias casi al mismo tiempo. Ni siquiera me dio opción: Unai me quitó al niño de los brazos y corrió hacia el interior, sin mirarme. Su gesto me dolió, como si pensara que a mí no me importaba lo que le ocurriera a Nico.

—Se ha caído de la trona, pensamos que tiene el brazo roto —le dije a la enfermera que nos atendió.

—No se preocupe, es una caída muy común en niños tan pequeños —nos respondió ella con amabilidad.

—Si se estuviera pendiente de ellos, esto no sucedería —soltó Unai, y su tono me atravesó como un cuchillo.

Me quedé helada. No esperaba esa dureza, y menos en un momento así.

—Será mejor que os tranquilicéis. Me lo llevo a hacerle una placa, ahora mismo os lo traigo —dijo la enfermera, llevándose al niño en brazos.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos, no pude callarme.

—¿Se puede saber a qué ha venido ese comentario? Has dado a entender que no estoy pendiente del niño —le reproché, intentando no levantar demasiado la voz.

—Yo no he dado a entender nada —respondió, cruzándose de brazos—. Si tú te has dado por aludida, es tu problema. Solo he dicho que, si hubieras

estado con él, podría haberse evitado. He tenido que dejar una reunión a medias por esto.

Sus palabras me dolieron más que si me hubiera gritado.

—Pues entonces, vete. Ni él ni yo te tocamos nada. No tienes por qué estar aquí —le solté, sintiendo que la rabia me ardía en el pecho.

No se marchó, pero tampoco habló. Permanecía allí, con la mirada fija en el suelo, sin decir palabra. Ese silencio era peor que cualquier discusión.

En ese momento, salió la enfermera para avisarnos de que el niño ya estaba listo y que lo vería el médico enseguida. Me levanté, dispuesta a entrar con él, pero Unai me pasó por delante sin mirarme.

—Tenemos que operar —nos dijo el doctor en cuanto examinó la placa—. Ha sido una mala postura al caer. Hay que colocar bien el hueso antes de poner la escayola. Es una intervención sencilla, no tenéis por qué preocuparos.

—¿Puedo entrar con él? —pregunté.

Unai me lanzó una mirada extraña, entre impaciente y molesta.

—¿Cómo vas a entrar al quirófano? A veces es mejor prevenir que curar —dijo, y otra vez me hirió.

El médico nos interrumpió antes de que dijera nada.
—Podéis esperar en la sala número cuatro. No tardaremos más de dos horas, con suerte menos.

Nos despedimos de Nico en la puerta del quirófano. Le dijimos que no tuviera miedo, que saldría de allí con un brazo de Iron Man. Él nos sonrió, valiente como siempre, y lo vimos desaparecer entre las puertas.

En cuanto se cerraron, me volví hacia Unai.

—Que sea la última vez que te diriges a mí de esa forma. Yo no tengo la culpa de que el niño se cayera. Bastante hago para que no sufra la ausencia

de sus padres. Nadie te obliga a estar aquí, así que deja el papel de víctima para otro.

—¡Es que no entiendo cómo podías no estar a su lado! —estalló—. Seguro que estabas liada con el móvil, hablando con quien fuera.

—¿Con el móvil? No se puede ser más idiota, de verdad. Mira, si no estaba al lado del niño, es porque lo dejé viendo los dibujos mientras se tomaba la leche. Aproveché para tender la ropa del día anterior, para poder llevarlo al parque de Navidad temprano. Eso era todo —dije, ya con los ojos llenos de lágrimas, más de impotencia que de dolor.

Se quedó callado, llevándose las manos a la cabeza. Su expresión cambió: ya no era rabia, era culpa.

—Lo siento —dijo al fin, con la voz ronca—. No he tenido un buen día.

—Yo llevo sin tener uno bueno desde antes de venir a Barcelona —contesté, con un hilo de voz—, y no por eso voy repartiendo culpas. Déjame tranquila, por favor.

Me levanté y salí de la sala. Como estábamos a pie de calle, encendí un cigarrillo en la puerta del hospital. Necesitaba respirar, calmarme, hacer algo que no fuera pensar. Sentía que si no daba un giro urgente a mi vida, acabaría volviéndome loca.

De momento, si todo salía bien, me llevaría al niño a cualquier parte para pasar fin de año, lejos de todo y de todos.

Apenas había terminado el cigarrillo cuando nos llamaron por megafonía para que fuéramos a la puerta del quirófano. El doctor quería hablar con nosotros.

—Al abrir el brazo hemos visto el motivo de la rotura del hueso —dijo con gesto serio.

—¿Le ocurre algo grave, doctor? —pregunté, temblando.

—No es ninguna enfermedad, puede estar tranquila. Pero tengo entendido que usted no es su madre, ¿verdad? —preguntó, mirándome con cuidado.

Su tono me lo dijo todo antes de que continuara.

—No. Soy su tía. Sus padres eran drogadictos y murieron hace unos meses. Desde entonces, yo me hago cargo del niño —expliqué.

—Será mejor que vayamos a mi despacho. Él está ya en el despertar, os avisarán cuando lo suban a planta —nos dijo, invitándonos a seguirlo.

Unai iba a mi lado, con el rostro pálido, claramente afectado por sus palabras anteriores. Quise decirle que no viniera, pero no tuve fuerzas. Al fin y al cabo, él también se preocupaba por el niño.

El doctor nos hizo pasar y se sentó frente a nosotros.

—El pequeño mostraba signos de haber sido maltratado —dijo con calma —. Ese hueso no se rompió ahora, sino hace tiempo. Había soldado mal porque no recibió atención médica entonces.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. Todo se volvió borroso.

—Moira… Moira, contéstame, por favor. —Escuché la voz de Unai, distante, como si viniera de muy lejos.

—Estoy bien. —Logré decir al fin, llevándome una mano al pecho—. Solo ha sido la impresión.

El doctor me ofreció una botellita de agua.

—Sabemos que usted no tiene nada que ver en eso —añadió con voz tranquila—. Si no hemos dado parte policial es porque estamos seguros de que con usted el niño está a salvo. Pero era importante que supiera la verdad sobre la lesión.

Capítulo 31

Le daban el alta al niño, pero no lo llamé. Por encima de mi cadáver. Después de lo que me dijo el otro día, tendría yo que estar muriéndome para volver a avisarlo de nada, y mucho menos durante sus horas de trabajo.

—¡Bien, nos vamos a casa! —le dije a mi niño, que me miró emocionado, con esa sonrisa que lo curaba todo.

—¿Papi no casa? —preguntó, con un tono entre la ilusión y la decepción.

—No, cariño, papi, está trabajando. Cuando llegue la hora de comer, le enviamos un mensaje, ¿vale? No podemos interrumpirlo ahora —le expliqué, acariciándole el pelo. Se quedó conforme, aunque no del todo feliz.

Durante los tres días que había estado ingresado Nico, Unai había ido todas las tardes a verlo. Yo aprovechaba ese rato para ir a casa, ducharme y volver antes de que el niño despertara. Su presencia me había aliviado y enfadado a partes iguales.

Lo acomodé en la sillita de seguridad del coche, y pusimos rumbo a casa. Los dos estábamos deseando llegar. La operación había sido un éxito, y no había hecho falta fijar los huesos con clavos; con la escayola bastaría. Eso sí, debía llevarla durante cuarenta días, una eternidad para un niño tan inquieto.

Aparqué en el garaje y subimos en el ascensor. Llevaba a Nico en brazos, y al entrar por la puerta, Hulk corrió hacia él, llorando de alegría. Dejé al niño en el sofá, y el perro se subió enseguida, lamiéndole la cara y el brazo escayolado, mientras Nico reía a carcajadas.

—Ya está, Hulk, tú tampoco tuviste la culpa —le dije al perro, que me miró con esos ojos que parecían entenderlo todo.

—Hulk corre, y Nico… pum, al suelo —me explicó mi niño, con sus gestos torpes pero clarísimos.

—¿Fue Hulk el que golpeó la silla? —pregunté, y el perro, como si entendiera, agachó la cabeza.

—Sí, mami. Esto, cabeza, así —dijo Nico, imitando el movimiento del golpe.

—Hulk, eso no se hace. No se corre por casa, o te mando a la terraza —le reñí al perro, intentando mantener la compostura.

—No, Hulk casa, no terraza. Perrito, no hacer más —dijo Nico, defendiendo a su compañero. No pude evitar soltar una carcajada.

Cogí el móvil y le envié un mensaje a Unai antes de que fuera la hora a la que solía ir al hospital.

Moira: *Ya nos han dado el alta. Estamos en casa. Te aviso para que no vayas al hospital, porque no nos encontrarás.*

Dejé el teléfono sobre la mesa y me puse a preparar el almuerzo. En el hospital había desayunado temprano, así que era cuestión de minutos que Nico empezara con su «mami, hambre». Decidí hacer una de sus comidas favoritas: arroz a la cubana con huevo frito. Por suerte, el brazo que se había roto era el izquierdo, así que podría comer sin problema.

El olor del arroz inundaba la cocina cuando sonó el móvil. Lo miré con desgana. Sabía perfectamente quién era.

—¿Por qué no me has llamado para decirme que le daban el alta al niño? Hubiera ido a recogeros. —Fue lo primero que soltó Unai, con ese tono seco que me crispaba.

—Buenas tardes para ti también, Unai —contesté con ironía.

—No me seas sarcástica, Moira. Contéstame a lo que te he preguntado.

—Mira, a mí no me vas a volver a echar en cara que dejas tu trabajo por nosotros —le dije, conteniendo el tono—. Hay comentarios que duelen demasiado, y tú ya hiciste uno de esos.

—¿Me lo vas a guardar mucho tiempo? Pensé que no eras tan rencorosa, Moira.

—No soy rencorosa. Si lo fuera, Nico no estaría a mi lado ahora. Pero no puedes negar que te pasaste tres pueblos con lo que dijiste.

—Está bien. No quiero discutir. En cuanto termine una reunión, pasaré por allí a verlo… si a ti no te molesta mi presencia —dijo, intentando sonar calmado.

—La que no quiero discutir soy yo. Jamás te he prohibido venir a verlo ni te he puesto mala cara. Así que, de nuevo, ese comentario sobra —respondí, con un suspiro—. Y déjame darte un consejo, Unai: soluciona lo que te tiene así, o terminarás como un viejo amargado.

Colgué sin darle tiempo a replicar.

Terminé la comida, y antes de sentarnos, cambié a Nico. Le puse un chándal de manga ancha, para que no le apretara el brazo, y yo me enfundé unos *leggings* y una sudadera. Añadí unos calcetines gruesos de esos antideslizantes que eran mi salvación en invierno.

Estaba poniendo la mesa cuando llamaron a la puerta. Al abrir, allí estaba Unai, con una bolsa en la mano y expresión cansada.

—Íbamos a comer ahora, ¿comes con nosotros? —le pregunté, intentando mantener la cordialidad.

—No, solo he venido a traerle esto a Nico. Tengo una cita, si me da tiempo, luego paso a verlo otra vez —contestó sin entusiasmo, evitando mi mirada.

—Está bien. No te entretengo más —le respondí, tratando de que no se notara cómo me había repateado eso de «una cita».

Senté a Nico en su nueva trona, de madera y mucho más estable que la anterior. Aunque Hulk embistiera de nuevo, aquella no se movería ni un centímetro.

Unai le dio el regalo al niño, le estampó un beso rápido en la frente y se marchó. Me quedé mirando la puerta un instante más de lo necesario. «Una cita», repetí mentalmente, y noté cómo algo se me revolvía en el estómago.

—¿Qué te parece si, cuando comamos, nos vestimos y nos vamos al parque de Navidad? —le propuse a mi niño, con una sonrisa que me salió a medias —. Podemos comprar un cuaderno para colorear y luego jugamos un rato, ¿te parece?

—¡Sí! —gritó Nico, dando saltitos de emoción.

Y eso hicimos. En cuanto terminamos de comer, nos abrigamos bien —hacía un frío que calaba hasta los huesos—, lo senté en su sillita y pusimos rumbo al parque.

Capítulo 32

Pensaba que el parque quedaba más cerca de casa, pero me equivoqué de todas, todas. A pesar de eso, me vino bien el paseo; necesitaba despejarme, soltar el aire contenido de estos últimos días. Estábamos hartos de permanecer entre cuatro paredes, de hospitales y silencios.

Mi niño iba cantando villancicos, con su vocecita dulce, mientras movía su brazo escayolado al ritmo de la música. El viento frío le enrojecía las mejillas, pero su alegría era contagiosa. De repente, se detuvo en seco, perdió el equilibrio y casi se cae. Al incorporarse, empezó a señalar con su manita hacia un punto más adelante.

No veía a nadie, pero al fijarme bien, el corazón se me fue al suelo. Era Unai. Caminaba con una mujer a la que llevaba el brazo por encima de los hombros, riendo con esa sonrisa que una vez fue mía. Sentí una punzada de dolor tan aguda que me costó respirar.

—¡Papi! —gritó Nico, y su voz inocente rebotó en las paredes del parque.

Unai se giró y, al vernos, se quedó blanco como el papel.

—Moira… Nico… ¿qué hacéis aquí? —preguntó, con un nerviosismo que intentó disimular y no pudo.

—¿Tienes un hijo, Unai? No me habías dicho nada —preguntó la mujer, con una sonrisa forzada que escondía un evidente enfado.

—No, tranquila, no es su hijo. Es tan solo mío… —respondí antes de que él dijera nada, cortante, serena, pero con el alma hecha trizas—. Es una larga historia. Nos marchamos. Que tengáis una buena tarde.

—Moira, espera…

—No me vayas a decir que esto no es lo que parece, porque empiezo a estar hasta los cojones de esa frase —le solté, sin mirarlo—. No me debes nada, no necesito una explicación. Lo que necesito es un exorcismo, a ver si así empiezo a elegir hombres que no me destrocen.

Lo dejé allí, plantado, paralizado en mitad de la calle, con esa cara entre culpable y perdido.

Si antes lo tenía claro, ahora lo tenía grabado a fuego. Entré en la primera agencia de viajes que encontré. La dependienta, una chica joven con sonrisa amable, me atendió enseguida.

—Busco un destino para Navidad, con niños —le dije, mientras acariciaba el cabello de Nico—. Algo que no esté muy lejos y que no implique salir del país.

Me habló de Puy du Fou, en Toledo, un parque temático galardonado, que en Navidad se llenaba de luces, desfiles y espectáculos de los Reyes Magos. Sonaba perfecto.

Podía ir con mi coche, aunque fueran varias horas de trayecto, pero decidí que iríamos en tren. Primero el AVE Barcelona–Madrid, y luego otro hasta el parque. Nos iríamos al día siguiente y regresaríamos el dos de enero. No quería explicaciones, solo necesitaba aire.

Abrí el grupo de WhatsApp y escribí un mensaje que no dejaba espacio para interpretaciones:

Moira: *Chicos, os escribo este mensaje para comunicaros que Nico y yo nos vamos mañana de viaje. Necesitamos unos días de desconexión. Nos vemos el día dos.*

No tardaron en llegar las respuestas.

Jen: *Haces bien, chica, disfruta.*

Yoli: *Gracias por avisarnos con tiempo, así podemos acompañaros.*

Marian: *Nos podías haber avisado antes, pero bueno, si lo haces así, será por tus motivos. Pasadlo bien.*

Leí todos los mensajes, pero no contesté ninguno. Metí el móvil en el bolso. Les había informado para que no se preocuparan, nada más. Ellos también tomaban decisiones sin consultar, así que yo tenía el mismo derecho.

En el parque de Navidad lo pasamos de maravilla. El aire olía a castañas y algodón de azúcar. Nos montamos en el tiovivo, comimos buñuelos y reímos hasta que nos dolió la barriga. Le compré a Nico un peluche de Mickey vestido de Papá Noel que no soltó en todo el día.

Cenamos en uno de los puestos de comida del recinto, compartiendo hamburguesas y nuggets con patatas fritas. Verlo sonreír mientras masticaba, con el brazo escayolado y el gorro de lana torcido, me hizo sentir que, aunque todo lo demás se derrumbara, aún había algo que valía la pena.

Llegamos a casa pasadas las diez. Nico dormía plácidamente en su sillita, con el peluche apretado contra el pecho. Pero la calma se evaporó en cuanto vi a Unai esperándonos en la puerta del edificio.

—¿Podemos hablar? —me preguntó, con esa mirada cansada que me desarmaba y me dolía al mismo tiempo.

—No tenemos nada más de lo que hablar, Unai. Esto solo nos hace daño, y mi corazón ya no puede más —dije, conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir.

—Déjame explicarte, por favor. La mujer con la que me viste hoy es la mejor amiga de Maje. Me está ayudando a resolver lo del juicio y todo ese asunto que me tiene amargado. Tal como tú me dijiste, necesitaba cerrar ese tema —hablaba rápido, como si quisiera convencerme a toda costa.

—Me da igual, Unai. Ya no me creo nada. No puedes decirme que me quieres y, al día siguiente, reprocharme que el niño se cayó, para después

desaparecer y contarme que tienes una cita. Me estás volviendo loca, y no lo pienso permitir.

—Moira, todo lo que te he dicho es verdad. Déjame que te lo demuestre.

—Cuando esa mujer desaparezca de tu vida definitivamente, vienes y me lo explicas. Mientras tanto, no quiero escuchar más mentiras —le dije, y entré al portal sin mirar atrás.

Sentía el corazón como si me lo estuvieran atravesando con un hierro candente. Él podía decir lo que quisiera, pero lo que yo había visto no era ayuda ni amistad. La manera en que ella lo miraba… eso no era inocente.

Subí a casa. Cambié a Nico y lo metí en la cama. Necesitaba una ducha caliente más que el aire que respiraba. En cuanto el agua cayó sobre mí, rompí. Lloré, grité, me desahogué entre las paredes del baño, con la mampara como único testigo de mi derrumbe.

No salí como nueva, pero sí con la decisión clara. Saqué la maleta de fin de semana y la del niño, guardando lo necesario para esos días de desconexión total.

A la mañana siguiente, estábamos ya en la estación de Sants, con el corazón dividido entre la tristeza y la emoción. Nico miraba todo fascinado: los trenes, la gente, los anuncios. Cuando el AVE se puso en marcha, empezó a dar saltitos en el asiento, riendo sin parar.

Llegamos al parque y… era mágico. Todo ambientado en la época medieval: caballeros, reyes, princesas, antorchas encendidas. El personal no salía del personaje, y yo, que siempre había amado la historia, lo disfruté como una niña.

Nico estaba hechizado. Cada vez que un caballero blandía la espada, se quedaba con la boca abierta, como si estuviera viendo un sueño hecho realidad.

En la cena de fin de año, nos pidieron ir vestidos de época. No lo dudé. Le compré un disfraz de caballero, con capa roja y casco de juguete, y para mí

uno de dama de la aristocracia, largo y elegante. Cuando nos miramos al espejo, supe que aquel recuerdo no se me borraría nunca.

Nos hicimos una foto y la subí a Instagram con una frase que me salió del alma:

«Quién me iba a decir a mí que encontraría a mi caballero donde menos lo esperaba.»

Las reacciones no tardaron: mis amigas, mis compañeros de trabajo, todos comentaban con cariño. Charles y Fernando estaban de viaje, y hasta me enviaron un mensaje privado deseándonos lo mejor.

Unai, sin embargo, no comentó la foto. Pero sí me escribió en privado.

Unai: *Ahora lo entiendo todo. No querías hablar conmigo porque ya tenías a alguien en tu vida. Me duele, porque no imaginaba que fueras así. Pero no te preocupes por mí… en realidad, nunca lo has hecho. Que te vaya bien en la vida.*

Me quedé mirándolo unos segundos, con el corazón encogido, y respondí sin pensarlo dos veces:

Moira: *Cree el ladrón que todos son de su condición. Si alguien nunca se ha preocupado por el otro, ese has sido tú. Si lo hubieras hecho, no estaríamos así. Por supuesto que me va a ir bien en la vida, porque tengo a mi lado a la persona que más quiero: mi niño. Ese post iba por él. No tengo nada más que decir.*

Capítulo 33

Habíamos llegado al día de vísperas de Reyes, y desde aquel mensaje que nos enviamos no tuve más noticias de Unai. No había dado señales de vida desde entonces, ni para preguntar cómo estaba el brazo del niño, y me dolía, pero más que por mí —que también, para qué nos vamos a engañar—, por él.

Ese día era tradición, desde que nació Edu, de pasarlo todos juntos desde por la mañana. Nos reuníamos en casa de Juan y Marian, tomábamos el aperitivo, pedíamos comida a domicilio y luego, sobre las cuatro y media, salíamos todos a ver la cabalgata. Este año seríamos más, ya que Luca, Pedro, Charles y Nando se habían incorporado a la pandilla. Lo lógico sería que también viniera Unai, pero lo veía poco probable, aunque con él nunca se sabía.

—¡Ya estamos aquí!

Entré en la parcela de Marian soltando a Hulk, que salió disparado a corretear feliz. Lo dejaría allí hasta que volviéramos de la cabalgata.

—Menos mal, porque sois los últimos.

Me reí, pero la sonrisa se me congeló en cuanto escuché unas risas al otro lado de la valla. Miré hacia afuera y lo vi. Unai salía con esa mujer de su casa, riendo, muy juntos, con el pelo aún mojado. No había que ser muy lista para imaginar lo que habían estado haciendo.

Ni siquiera se dignó a saludar. Hizo como si no nos conociera, abriéndole la puerta del coche a ella y rodeando el vehículo para subirse él también.

—Buenos días, vecino, que aquí hay gente —le dijo Marian, elevando un poco la voz.

Pero nada. Ni una mirada. Como si fuéramos invisibles.

—No te molestes, parece que somos transparentes. Menos mal que Nico no lo ha visto, porque se llevaría un disgusto. Lleva toda la semana preguntando por él, y ya no sé qué decirle —dije, tragándome el nudo que me cerraba la garganta.

—El tiempo pone todo en su sitio, Moira. Tú lo estás haciendo muy bien. Ya se dará cuenta de lo que ha hecho y de lo que está haciendo con vosotros.

Asentí. Quería creerlo. Pero dentro de mí había algo roto que no dejaba de doler.

—Mami, mira.

Nico me enseñaba un cuaderno donde Edu le había escrito su nombre y él había intentado copiarlo.

—¡Por favor, qué bien lo has hecho!

Su sonrisa me desarmó. Lo abracé y lo dejé jugando con su amigo mientras me unía al grupo.

El día estaba gris, el cielo completamente cubierto, como mi ánimo. Había un aire frío que olía a lluvia y a recuerdos.

—¿Al final comemos aquí o vamos a un restaurante? —preguntó Pedro.

—Yo opto por irnos al centro comercial —propuso Luca—. Si llueve, estaremos a cubierto, y los niños podrán ver a los Reyes de cerca, por si suspenden la cabalgata.

—A mí me parece bien —dijo Yoli—. Así aprovechamos y hacemos alguna compra de última hora.

—Perfecto. Cuanto antes lleguemos, antes cogeremos sitio —respondió Marian, entrando en la casa a por sus cosas.

Nos repartimos en los coches. Conmigo vinieron Charles y Nando, que habían llegado en taxi para no mover el suyo, ya que en su zona era imposible aparcar.

El centro comercial estaba hasta los topes. Tardamos una eternidad en encontrar aparcamiento, y al final tuvimos que dejar los coches en un descampado habilitado a toda prisa.

—Joder, aquí hay más gente que en la guerra.

—Yoli, eso no dice —le reprendió Nico, alzando el dedo como un pequeño juez.

Nos reímos todos, y el mal humor se disipó un poco. Entramos y nos acomodamos en el primer restaurante donde había mesas libres. Juntamos dos y pedimos algo rápido. Ya eran más de las dos y el hambre apretaba.

Estaba bajando al niño del cochecito para sentarlo en la trona, cuando salió corriendo. No era lo habitual en él. Supe que había visto a alguien, pero jamás imaginé quién.

Corrió hacia Unai.

—¡Papi! ¿Tú no trabajando?

Mi mundo se detuvo.

La mujer que lo acompañaba lo miró con desdén y una sonrisa falsa.

—Uy, cariño, él no es tu papi. Deberías decirle a tu mami que no te mienta, que no está bien decir mentiras.

Le cogió la mano a Unai por encima de la mesa, como quien marca territorio.

Él se removió en la silla.

—Hola, Nico. Moira… será mejor que le digas al niño que me llame Unai. No está bonito que me atribuyan una paternidad que no me corresponde.

Me quedé en silencio un segundo. Sentí cómo me ardía la cara, pero mi voz salió serena.

—Tú, mejor que nadie, sabes la cantidad de veces que se lo repito. Pero no te preocupes, me encargaré de que no se vuelva a repetir. A partir de ahora retiraré tu permiso de la guardería para que no puedas recogerlo, y si alguna vez quieres verlo será en alguna ocasión especial, aunque tengo clarísimo que no reclamarás ninguna.

Cogí a mi niño, que lloraba desconsolado, y me alejé sin mirar atrás.

—Vamos, mi amor, que Edu te ha guardado un sitio en la mesa.

—Yo quiero papi —repetía entre sollozos.

—Nico, él no es papi, es Unai.

—¡No! Él no Unai, él papi.

Su voz dolía más que cualquier golpe.

—Será mejor que él y yo comamos en otra parte. No quiero que llore más, y mientras esté cerca Unai, no dejará de hacerlo.

Mis amigos se levantaron conmigo sin dudarlo. Al pasar por la mesa de Unai, Juan se detuvo y lo miró fijamente.

—Podías caer bajo, pero no me esperaba que hasta el punto de despreciar a un niño que tiene locura contigo.

—No te olvides de que soy tu jefe, Juan. Es mi vida privada y no pienso tolerar que me hables así, y menos cuando estoy acompañado.

—Si quieres ejercer tu poder de jefe, hazlo. Me da igual. Con mi currículo encontraré trabajo enseguida. Pero lo que has hecho hoy… eso no podía callármelo. Ojalá algún día te des cuenta del daño que estás haciendo.

No le dio opción a responder. Se dio media vuelta y salió del restaurante, con todos detrás.

Unai se quedó sentado, inmóvil, mientras esa mujer le acariciaba el rostro y le decía algo al oído para caldear más el ambiente.

Capítulo 34

Unai

Nadie podía imaginar el cabreo y la impotencia que tenía por dentro. Todo lo que estaba haciendo tenía una explicación muy lógica, una que Moira no había querido escuchar y que no podía contarle a nadie más, porque si lo hacía, todo se iría al garete.

La policía me había llamado hacía unos días para decirme que estaban casi seguros de que Maje tenía un as bajo la manga contra nosotros. No sabían si se trataba de una especie de chantaje o de qué, pero me aseguraron que iban a averiguarlo.

Mi querida exprometida no tardó en dar señales de vida, y fue el mismo día en el que volvimos de la cabaña. Lo sabía todo: dónde y con quién había estado, y así me lo hizo saber. Me citó en una cafetería, y acudí con la intención de desenmascararla del todo, pero la jugada me salió mal.

Se había saltado la orden de alejamiento, sí, pero con mi consentimiento. Llegó con una carpeta médica en la mano, en la que ponía que estaba embarazada de ocho semanas. Si hacíamos cuentas, ese niño era producto de la noche en la que vertió esa droga en mi bebida, y el mundo se me vino abajo.

—¡Eso no puede ser!

Estaba enfadado, confuso. No recordaba absolutamente nada de aquella noche.

—Claro que puede ser, de hecho, lo es. Aquí tienes la prueba de lo que pasó, y no dudaré en llevarla ante el juez. Está tu consentimiento para grabarlo todo, mírala con tranquilidad.

Me envió un archivo a mi correo. En ese vídeo se nos veía a los dos manteniendo relaciones, y a mí se me oía diciendo que estaba conforme con grabarlo, «para poder rememorarlo cuando no estuviéramos juntos». Si no lloré fue de milagro, porque era lo único que quería hacer… eso o partirle la cabeza por haberme arruinado la vida. Pero si lo hacía, acabaría en la cárcel.

—¿Qué pretendes con todo esto, Maje?

—Para empezar, te vas a alejar de esa mujerzuela y del niño. Ya no hace falta que ejerzas de padre con él: vas a tener el tuyo. No la quiero cerca de ti, a ninguno de los dos, en realidad. Bueno, si nos ponemos así, tampoco quiero que tengas otra relación que no sea laboral con esos amigos tuyos.

—¿Y eso es solo para empezar? Lo siguiente, ¿qué será? ¿Meterme a monje? ¿Secuestrarme? Porque ya me espero cualquier cosa de ti.

—Sí, porque lo siguiente que vas a hacer es retirar la denuncia y, por consiguiente, la orden de alejamiento. Dirás que estabas confundido, que tomaste varias copas y que hasta ahora no habías recordado que también consumiste drogas, ya que no eres un consumidor habitual.

—No me puedo creer que esto me esté pasando a mí. Maldita la hora en la que me vine de Málaga y maldito el minuto en el que te conocí.

Ella sonreía, con esa sonrisa malvada que siempre me ponía los pelos de punta.

—No querrás que le pase algo malo al niño, ¿verdad? Sabes… últimamente hay muchas sustracciones de menores por la zona. Esta ciudad se está volviendo insegura.

Juro por lo que más quiero que, si en ese momento me hubieran dado carta blanca, la habría matado allí mismo. ¿Cómo podía alguien ser tan mala?

—Está bien, pero con lo de la denuncia no te prometo nada. Hablaré con el inspector que lleva el caso, a ver qué puede hacer. Pero una cosa te voy a decir: me haré cargo de ese niño, pero en ningún momento volveré contigo como pareja, que te quede claro.

—Me da exactamente igual. ¿Sabes por qué? Porque yo no seré feliz sin el hombre al que amo, pero tú tampoco lo serás sin la mujer que te quita el sueño.

Se levantó y se marchó.

Me quedé allí, pensativo. Había arruinado mi vida de la manera más tonta posible. Si les hubiera hecho caso a mis amigos, si la hubiera despachado la primera vez que me llamó, ahora no estaría en esta situación. Pero los «y si…» ya no tenían cabida.

Pagué los dos cafés y me fui directo a la comisaría para hablar con el inspector que estaba al mando de la investigación. Con suerte, él podría darme alguna directriz para acabar con ella y salir indemne de todo esto.

—Buenos días, venía a ver al inspector Sánchez —le dije al policía de la entrada.

—Buenos días. ¿A quién anuncio?

—Unai Arenal, por favor.

—Un segundito, que ahora mismo lo aviso.

Descolgó el teléfono, y en menos de dos minutos Sánchez apareció a mi lado, con su eterna cara seria.

—Vayamos a mi despacho. Por su cara deduzco que no trae buenas noticias.

—No se equivoca.

Una vez dentro, le conté todo lo ocurrido, incluidas las amenazas hacia el niño. Él tomaba notas, hacía preguntas, hilaba cada detalle con una calma que

me desesperaba.

—Para empezar, haga lo que le ha dicho. Manténgase alejado de Moira y del niño. No queremos verlos en más peligro del que ya están.

—Eso me costará media vida, pero haré lo que sea necesario para protegerlos.

—Por otro lado, debería asegurarse de que el embarazo es real y también del tiempo exacto. Me parece muy conveniente que, en un solo intento, lo haya conseguido.

—Imposible no es, que de casos así hay muchos, pero sí poco probable —dije, aunque en el fondo ya estaba pensando en quién podía ayudarme.

Lucía.

La mejor amiga de Maje. Y también la que llevaba años suspirando por mí. Estaba dispuesto a usar esa baza. Si había algo raro en todo esto, ella debía saberlo.

Salí de la comisaría y la llamé sin dudar. Quedamos para comer.

Nico ya estaba en casa, había salido del hospital, y ese accidente me sirvió de excusa perfecta para alejar a Moira. Me dolió en el alma la forma en la que tuve que hablarle, pero era necesario. No podía arriesgarme a que Maje hiciera daño a ninguno de los dos.

—Buenas tardes, Lucía.

—Tengo que reconocer que tu llamada me ha sorprendido bastante, pero aquí estoy, dispuesta a ayudarte en todo lo que necesites.

—Eso espero. Ambos podemos sacar beneficios de esto.

Le guiñé un ojo y le devolví su sonrisa. Por primera vez en muchos días, sentí que quizá, solo quizá, podía recuperar el control de mi vida.

Capítulo 35

Unai

En esa comida la puse al día de todo lo que me había sucedido con Maje, contándole que quería empezar mi vida lejos de ella, con una nueva mujer, dándole a entender que podría ser ella la elegida.

—No me voy a andar con rodeos, Unai. Siempre he estado enamorada de ti, y no voy a desperdiciar esta oportunidad de poder conquistarte. Te pienso ayudar, pero espero que tú me tengas como prioridad por delante del resto de las mujeres.

Os prometo que se me revolvió el estómago, pero tuve que hacer de tripas corazón.

—Por supuesto, Lucía, no dudes de que, si decido conocer a alguien nuevo, tú serás la elegida. Eso no significa que lleguemos a ser pareja, pero lo vamos a intentar.

—Claro, en esta vida nada es seguro, pero lo importante es intentarlo.

Salimos del restaurante y le eché el brazo por encima. Lo que no me esperaba era que Nico me fuera a ver y saliera corriendo hacia mis brazos. Me quedé impactado, sin saber qué hacer, pero Moira se encargó de decirle a Lucía que el niño no era mi hijo.

Esa noche cenamos en mi casa y ella se quedó a dormir. No pasó nada más que cuatro besos. Le puse como excusa que quería terminar todo con Maje

antes de poder empezar algo con nadie. Contra todo pronóstico, lo entendió, así que durmió en el cuarto de invitados.

Era la víspera de Reyes, el día decisivo. Lucía estaba dispuesta a desenmascarar a Maje. Ya me había advertido que el embarazo no era mío. Maje estaba embarazada, sí, pero no de diez semanas, sino de catorce, y el padre era un empresario con el que había quedado ese mismo día para comer. El hombre estaba casado, y cuando mi ex le propuso cargarme a mí el embarazo, lo aceptó encantado. Para él era un alivio que su familia no se enterara y, si encima podía seguir con ella, mejor que mejor.

Aquel día tenía cita en el ginecólogo: le dirían el sexo del bebé, lo que dejaría en evidencia el tiempo real de gestación. Además, sería ese hombre —su verdadero padre— quien la acompañaría. Teníamos la hora exacta en la que estaría en consulta, y no dudaría en entrar, de la forma que fuera, para dejarla, como se suele decir, con el culo al aire.

La ecografía que me había enseñado correspondía al tiempo que indicaba, pero era de la última revisión, semanas atrás. Después de eso, si lograba mi objetivo, estaría con Lucía unos días más, hasta encontrar la excusa perfecta: la incompatibilidad de caracteres. Por supuesto, sin acostarme con ella.

Salimos de mi casa riendo por una tontería que me había dicho, y entonces la vi. Allí estaba Moira. Me moría de ganas por cruzar la carretera y besarla, pero todavía no podía. Ya quedaba menos tiempo que cuando empecé con todo esto.

Marian me increpó, con toda la razón del mundo, pero la ignoré. Ni podía ni quería dar explicaciones ahora. No hasta que todo hubiera terminado. Entonces los reuniría a todos y les contaría el motivo de por qué había hecho todo esto, con todo lujo de detalles.

Nos escondimos en una de las salas del hospital donde estaban Maje y ese hombre, esperando a que los llamaran a consulta. Desde donde estábamos los teníamos controlados, pero sin que nos vieran.

—Mira, ya los han llamado. Vamos a esperar un poco, que la preparen, y entramos sin llamar.

—¿No sería mejor que entraras tú solo? Yo no pinto nada ahí, y puede volverse en tu contra.

Tenía razón, pero ya lo había pensado.

—Lo hacía a modo de testigo, pero no te preocupes, el doctor servirá para eso.

Miré el reloj. Había pasado el tiempo prudencial. Respiré hondo y salí de mi escondite con decisión.

Entré en la consulta con toda la determinación del mundo. Ya no se iba a reír más de mí. Por fin iba a librarme de lo que Maje representaba.

—Caballero, no puede entrar así, hay una paciente en la camilla —me dijo la enfermera al verme.

—Se trata de María Jesús Gutiérrez, ¿verdad? Pues soy el supuesto padre de ese bebé.

La enfermera me miró extrañada, pero no le di tiempo a decir nada más. Crucé la puerta y entré justo a tiempo de escuchar al médico decirle el sexo del bebé.

—¿De tan solo diez o doce semanas se puede saber el sexo? —pregunté, y Maje se descompuso.

—Unai…

El médico me miró, sorprendido.

—Caballero, para empezar, no debería estar usted aquí, pero como veo que la paciente lo conoce, supondré que es algún familiar. Esta señora no tiene diez semanas de gestación: está de casi dieciséis, así que podemos decir claramente que es una niña.

Fue la puntilla.

—¿Podría darme ese informe por escrito? Lo digo porque esta señora —por llamarla de alguna manera— ha intentado extorsionarme con ese embarazo, y el caso está en manos de la policía. Si no me lo da a mí, llamaré ahora mismo al inspector que lo lleva, y que sea él quien lo solicite.

El rostro del médico cambió de color.

—No se preocupe, mi enfermera se lo prepara ahora mismo.

El tipo que estaba con ella me miraba con rabia contenida.

—Esto no se va a quedar así, lo prometo. Acabas de arruinarme la vida, y yo arruinaré la tuya.

—Atrévete, y conocerás a un Unai completamente desconocido.

Salí de la consulta con los documentos en la mano, con una mezcla de alivio y furia que me recorría el cuerpo entero.

Lucía me esperaba en la sala de espera. Cuando me vio sonreír, supo que lo había conseguido. Se levantó, me abrazó y me dio un beso en los labios que me supo amargo.

Le propuse ir a comer, debía mantener la farsa unos días más. Encontraría pronto la excusa perfecta —la incompatibilidad de caracteres— y, con un poco de suerte, lo entendería sin darme tanto por saco como Maje.

Entramos en el primer restaurante del centro comercial. Estaba a rebosar, como era de esperar en un día así, con la gente haciendo compras de última hora. Y fue entonces cuando me encontré con quien menos me esperaba… y menos me convenía.

—¡Papi! —gritó Nico, corriendo hacia mí—. ¿Tú no trabajando?

—Uy, cariño, él no es tu papi. Y deberías decirle a tu mami que no te mienta, que no está bien decir mentiras —dijo Lucía, cogiéndome la mano por encima de la mesa.

—Hola, Nico. Moira… será mejor que le digas al niño que me llame Unai, no está bonito que me atribuyan una paternidad que no me corresponde.

Tuve que hacer de tripas corazón, tragándome el nudo que me apretaba el pecho. Me enfrenté no solo a ella, sino también a uno de mis mejores amigos, Juan, que además era uno de mis arquitectos más valiosos.

Escuchar al niño llamarme «papi», reclamándome, fue lo más duro que he tenido que soportar en mi vida. Pero no podía dejar que todo se derrumbara justo en el último momento.

Capítulo 36

Empezó a llover y, evidentemente, la cabalgata quedó suspendida. Pero los Reyes habían decidido atender a los niños en el centro comercial, habilitando una planta vacía para ellos. Allí entregarían los regalos que tenían pensado lanzar durante la cabalgata a los primeros pequeños que atendieran, hasta quedarse sin existencias.

—Venga, corre, vamos al sótano dos —me dijo Jen, cogiendo a su hijo de la mano—. Acabo de escuchar a uno de los hombres de seguridad decir que los Reyes van para allá. Así Nico y Leo serán los primeros.

—Ya voy, loca, que no se van a ir de allí —le respondí, riendo.

—Hombre, digo yo que en algún momento se tendrán que ir, los pobres. Pero es que no quiero que se queden sin su regalito. Que tendrá el mismo valor económico que un mojón pinchado en un palo, pero es por la ilusión de que se los den ellos en mano.

Su explicación me hizo sonreír. Entendía perfectamente lo que quería decir: no era por el regalo, sino por la magia del momento.

Bajamos corriendo y llegamos las primeras, justo cuando empezaban a anunciar que los Reyes estaban abajo. Charles y Nando también habían bajado con nosotros, y no dudaron en ponerse para la foto, sentados en su regazo, provocando la carcajada de todo el mundo, incluidos los niños, que no podían parar de reír.

—A ver, ¿tú cómo te llamas? —le preguntó Baltasar a mi niño.

—Yo, Nico —contestó, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Y qué quieres que te traigamos esta noche, Nico? —le siguió preguntando, aprovechando que aún no había llegado más gente.

—A mi papi —le dijo, y sentí que el mundo se me venía encima.

—Cariño, te está preguntando por juguetes —le aclaré, intentando que cambiara de idea.

—Eso da igual. Quiero a papi —repitió, firme.

—Bueno, no te garantizo nada, a ver qué se puede hacer, porque hay mucha gente y a lo mejor no lo encontramos. Pero, para que no te vayas triste, te voy a dar un regalito.

Sacó una caja con dos porterías pequeñas y una pelota.

—Mira, mami. Para Leo y Nico —dijo, feliz.

—Anda, qué bien. Así podéis jugar en el jardín de Marian —le contesté.

—Y en el de papi.

El corazón se me encogió. El niño lo había visto salir de aquella casa y, sumado a las veces que Unai le había hablado de su jardín y de los partidos que jugarían allí, tenía muy claro dónde quería hacerlo.

No respondí. Era inútil, sobre todo con un niño de dos años que no podía razonar las cosas ni entender las peleas de los adultos.

—He oído lo que ha pedido el niño. ¿No hay ninguna manera de arreglarlo? —me dijo Charles, con tristeza.

—Ya lo has visto, ha pasado de él. Está muy a gusto con su nueva chica, y nosotros ya no tenemos cabida. No pienso insistir más —contesté, resignada.

Mi amigo me abrazó con cariño mientras sentábamos a Nico en su sillita. Puse la caja debajo, en la cesta de rejilla. A Leo, el Rey Mago le había

regalado una caja enorme con artículos para dibujar, que incluso traía un pequeño proyector. No eran regalos caros, pero tampoco baratos. Lo importante era la ilusión con la que los habían recibido.

Nos fuimos camino a casa, cada una a la suya, menos yo, que pasé antes por la de Marian y Juan a recoger a Hulk, y nos quedamos a cenar. Llevaba ropa para Nico, así que lo duché y le puse el pijama, por si se dormía.

—¿Por qué no aprovechas cuando se duerma y vas por sus juguetes? —me dijo Marian—. Me muero de ganas de levantarme en este día con un niño en casa, y como tú estás sola con él…

—Es una idea maravillosa, pero me tendrá que acompañar Juan, que no voy a poder bajar todo yo sola —le respondí, con una sonrisa.

—Por eso no hay problema, en cuanto cenemos, vamos en un salto —añadió Juan, siempre tan dispuesto.

En cuanto el niño se quedó dormido en el sofá, Marian lo llevó al dormitorio de invitados, donde tenía una cama pequeña que también usaba Leo, y lo acostó allí. Mientras tanto, nosotros hicimos el viaje de ida y vuelta a mi casa. No solo tenía que traer lo de Nico, sino también lo de Leo y lo de todos mis amigos, pero todo cupo en el coche.

—No veas, este año los Reyes vienen ricos —dijo Marian mientras nos veía sacar los paquetes. Por suerte, les había puesto el nombre a todos y no había posibilidad de equivocarme.

Llovía a cántaros. Cuando entramos, estábamos para exprimirnos. Lo primero que hice, antes de colocar los regalos en el sofá, fue darme una ducha caliente y ponerme el pijama. No quería pillar una neumonía.

—Mami, ¿los Reyes aquí? —me preguntó Nico, con esa mezcla de ilusión y sueño en la voz.

—Claro, mi vida. Los Reyes van donde están los niños —le respondí, y empezó a dar saltitos de alegría. Me daba una ternura infinita verlo con su escayola, tan pequeño y feliz.

Ni que decir tiene que se volvió loco con tantas cosas. Además de lo que yo le había comprado, tuvo también los regalos de Marian y Juan, los de Leo y los de nuestros amigos, que abriríamos cuando todos llegaran.

Nando y Charles acababan de llegar, y por suerte el día amaneció espléndido. Podríamos estar en el jardín gran parte del día.

—Chicos, los Reyes han dejado un montón de paquetes en el porche delantero, que los acabamos de ver —dijo Charles.

Nos miramos extrañados. Nosotros ya habíamos metido todos los regalos dentro.

—Vamos a ver, que seguro que es una broma del cachondo este —dije, con mi vena andaluza asomando.

Efectivamente, allí había un montón de paquetes, la mayoría para Nico, pero también para Leo y para los demás. Entre todos ellos, encontré una nota dirigida a mí. El sobre no estaba escrito a mano, así que no supe de quién era hasta que lo abrí.

«Siempre seré su papi, y el tiempo te lo demostrará. Perdóname todo el daño que pueda causaros a los dos, pero no puedo actuar hasta que no pasen unos días. Luego, lo entenderás todo.
Por favor, no te acerques a mí ni a mi casa, e ignórame cuando me veas.
Todo tiene una explicación.
Os quiero con toda mi alma.»

—¿Te lo crees? —me preguntó Marian, que había leído la nota a la vez que yo.

—No lo sé —susurré—, pero le daré el beneficio de la duda.

Capítulo 37

Primer día de vuelta de las minivacaciones, y tanto a Nico como a mí nos costó separarnos. Fueron muchos días de estar las veinticuatro horas juntos, y ahora, en la puerta de la guardería, lloraba lo que no había llorado ni el primer día de curso.

—Mi amor, es el mismo cole, la seño, tus amiguitos. Mami viene luego a recogerte, ¿sí? —le dije, intentando tranquilizarlo.

—Mami, Nico contigo —me decía, agarrado a mi cuello, con esa fuerza que solo tienen los niños cuando se sienten inseguros.

—Vamos a hacer una cosa: si no lloras más, cuando mami venga a recogerte prometo llevarte al parque a jugar a la pelota, ¿vale? —intenté convencerlo.

—¿Papi?

—No, corazón mío, papi está trabajando, pero llamaré a Jen para que venga con Leo, ¿te parece?

—¡Sí, Leo! —Y empezó a dar saltitos.

Justo entonces, su profesora me detuvo con una mirada severa.

—Espera un momento, me gustaría hablar contigo —me dijo, con un tono que ya anticipaba problemas.

—Tú dirás, pero no me demores mucho, que llego al trabajo justa. Si vamos a tardar, prefiero que me lo digas a la salida —le advertí. Tenía poco más de media hora para llegar a la oficina.

—No, es ligerito —respondió, cruzándose de brazos—. No me parece bien la manera en la que le has hablado al niño. Él tiene que entender que es su obligación venir, igual que la tuya acudir a trabajar. Así lo único que haces es que utilice el llanto para chantajearte.

Me quedé a cuadros. ¿Desde cuándo era esta mujer tan desagradable hablando?

—Mira —le respondí, conteniendo las ganas de estallar—, tiene menos de dos años, ha pasado por un episodio de maltrato en el hogar, ha perdido a sus padres, ha tenido que venirse con una persona que no conocía de nada, dejar su ciudad, su casa… y puedo seguir. ¿Y te preocupas de que utilice el llanto como chantaje? Demasiado bien reacciona ante tanto cambio, así que, si lo hace, será problema mío.

—No, el problema es de todos, porque yo estoy aquí para educarlo —me soltó, altiva.

—Te equivocas. Tú estás aquí para enseñarle; para educarlo estoy yo. Ahora, si me lo permites, tengo que ir a trabajar.

Salí de allí con una mala leche increíble… que terminó explotando en cuanto un conductor, sin mirar, me empapó de arriba abajo al pasar junto a un charco.

La mañana se me hizo eterna. Estaba deseando que llegaran las tres de la tarde para recoger a mi niño y saber cómo había estado. En cuanto dieron la hora, salí de la oficina escopeteada.

—Buenas tardes, vengo a recoger a Nico —le dije a la chica de la puerta, la de siempre.

—Buenas tardes, Moira… puede que me equivoque, pero creo que Nico ya ha salido, que ya han venido a recogerlo —me dijo, y juro que sentí cómo se

me bajaba la tensión de golpe.

—No puede ser. A Nico solo puedo recogerlo yo. Ni siquiera Unai Arenal, que tenía mi permiso, puede hacerlo ya, porque lo revoqué por correo electrónico —le contesté, con el corazón en un puño.

—Espera, voy a preguntar, que lo mismo estoy equivocada —dijo, y desapareció dentro.

Pasaban los minutos y no regresaba. Los nervios me devoraban, así que me adentré yo misma, justo cuando vi a la directora, visiblemente alterada. En cuanto la vi, supe que algo estaba terriblemente mal.

—¿Se puede saber dónde está el niño? —pregunté, con una mezcla de miedo y rabia que me salía por los poros.

—Señorita Serrano, verá… recibimos un correo electrónico de usted, en el que se nos indicaba que hoy vendría una chica a recoger a Nico, ya que usted estaba liada en el trabajo, y que tenía su permiso para hacerlo —dijo, intentando sonar tranquila.

Me quise morir.

—¿Alguien me puede enseñar ese correo? —pedí, con la voz temblorosa.

—Por supuesto, venga conmigo a mi despacho.

La seguí, rezando porque fuera una confusión. Pero no lo era.

—Aquí tiene. —Me mostró el correo impreso.

—Para empezar, ese no es mi correo electrónico, y nadie lo ha comprobado. En segundo lugar, aquí no aparece ni el nombre ni el DNI de la persona, por lo que no es válido. El primer día de clase se nos dijo que, sin ese requisito, los niños no saldrían del centro. ¿Dónde está la copia del DNI de la persona que se llevó a mi hijo?

El miedo y la incertidumbre me nublaban la vista.

—Pues… me parece que no se lo pidieron. Con este correo nos bastaba para darle al niño —dijo, con una suficiencia que me encendió aún más.

—Será mejor que llame a la policía. Esto no puede estar pasando —le dije, y me coloqué delante de la puerta, impidiendo que saliera nadie del centro.

Lo siguiente que hice fue llamar a Juan. Fue el primer nombre que me vino a la cabeza, y sabía que dejaría todo por venir.

—Dime, Moira, ¿en qué puedo ayudarte? —contestó enseguida.

—Juan, es Nico… se lo han llevado de la guardería —le dije, entre lágrimas, temblando.

—¿Cómo que se han llevado a Nico de la guardería? ¿Qué me estás contando? No te muevas, voy para allá.

Colgó.

—Señorita Serrano, lamentamos profundamente lo sucedido. Pondremos todo de nuestra parte para que el niño aparezca —dijo la directora, pero sus palabras me sonaron a burla.

—Lo que tendrían que haber hecho es haber evitado su salida, comprobando los datos. Rece todo lo que sepa para que al niño no le haya pasado nada y aparezca pronto, porque, de lo contrario, usted y esta guardería tendrán los días contados como docentes.

—¿Me está usted amenazando? Porque no le voy a consentir que…

—No está usted en disposición de consentir nada. Créame, no pararé hasta que la última persona implicada en esto caiga, aunque me deje la vida en ello.

En ese momento vi llegar a Juan… pero no venía solo. Con él estaban Unai y Pedro. Luca ya se había marchado. No pude evitarlo: me derrumbé en los brazos de quien había sido mi chico, que lloraba igual que yo.

—Shhh, lo vamos a encontrar —me susurró Unai, dándome un beso en la cabeza—. El inspector Sánchez ya viene para acá.

La cara de la profesora de Nico era un poema: nerviosa, pálida, intentando desaparecer. Pero entonces hizo un gesto que me lo confirmó todo. Ella sabía algo.

—¿Quién ha sido? —le pregunté, mirándola fijamente—. Tú lo sabes, estabas al tanto de lo que iba a suceder. Habla ahora si no quieres que esto vaya a más.

Justo entonces llegó el inspector de policía, acompañado de una psicóloga y varios agentes.

Los reunieron a todos en una sala del colegio. Los fueron llevando uno a uno al despacho de la directora.

Cuando llegó el turno de su profesora, el silencio fue tan espeso que podía cortarse con un cuchillo.

Capítulo 38

La profesora habló. Dijo que era amiga de una tal Lucía y de Maje, y que ambas habían acordado darle un susto a Unai, para que viera que no se jugaba con los sentimientos de las mujeres.

Unai llamaba incesantemente a Lucía, pero le saltaba el buzón de voz. Le dio todos los datos a la policía, que nos dijo que nos marcháramos a casa, que nos avisarían ante cualquier novedad.

Los minutos parecían horas, y las horas, días. Hasta Hulk parecía triste sin el niño en casa.

¿Cuántas cosas más tendría que sufrir ese pobre niño?

Unai, sentado frente a mí, me miraba fijamente, sin saber si hablarme o no.

—Moira, verás como pronto lo tenemos aquí —me decía Marian, pero yo no podía parar de llorar, abrazada a su peluche favorito, que aún conservaba su olor.

—Si aparece, tengo claro que me pediré una excedencia y trabajaré por cuenta propia, desde casa y sin horarios. Mi niño no volverá a una guardería nunca más, no así, tan pequeño —dije, tomando la decisión en ese mismo instante.

—No tomes decisiones en caliente —me dijo Yoli, con tono sereno—. Ya han despedido a esa profesora, y está detenida por cooperación necesaria. No tendrías de qué preocuparte.

Estaba rodeada de todos mis amigos, y, aun así, me sentía sola, vacía, perdida.

En un momento dado, Unai me pidió si podíamos hablar a solas. Accedí, más que nada, porque no tenía fuerzas para enfrentarme a nada ni a nadie.

—Perdóname, Moira —me dijo, y cayó de rodillas, llorando—. Todo esto es por mi culpa. Pensé que podía manejarlo solo, y no ha sido así.

—No te entiendo, Unai. O hablas claro o no me enteraré de nada —le respondí, intentando mantenerme entera.

Me contó todo lo que había pasado. Cada palabra era una puñalada. Su llanto era tan desgarrador, que tampoco pude reprimir el mío.

—Tú no has tenido la culpa, Unai. No has sido tú el que se lo ha llevado. A ti, en ese sentido, no tengo nada que perdonarte —le dije, poniéndome a su altura.

Ambos estábamos en el cuarto de Nico, rodeados de sus cosas, con el alma rota.

Las horas pasaban y no se sabía nada del niño.

No nos movimos de allí. Nos sentamos junto a su camita, abrazados entre nosotros y a su peluche, ese con el que dormía y que aún olía a él.

Estaba amaneciendo, y seguíamos en la misma postura. Nuestros amigos nos respetaron en todo momento, dándonos la intimidad que tanto necesitábamos, hasta que la luz del día se coló por la ventana.

—Venga, venid a desayunar, aunque sea un café. Ambos tenéis que estar fuertes cuando vuelva Nico —nos dijo Juan, que vino a buscarnos.

—No me entra nada, Juan, de verdad —le respondió Unai. Tenía las ojeras hundidas, parecía devastado, que era como realmente estaba.

—Unai, así no os ayudáis ni a vosotros ni al niño. Vamos, arriba, que lleváis toda la noche en la misma postura. Lo que no queremos es que os

pongáis enfermos —añadió, tirando suavemente de nosotros.

Nos levantamos y fuimos a la cocina, donde Marian y Yoli habían preparado café y algunas tostadas. Jen se había tenido que marchar por Leo, pero no dejaba de llamar cada media hora, por si sabíamos algo.

El teléfono de Unai empezó a sonar. Salió disparado al salón para contestar. Yo… yo no fui capaz de moverme. Lo vi a lo lejos, coger el móvil, quedarse en silencio… y luego caer de rodillas, llorando a moco tendido. Me temí lo peor.

—¿Quién era, Unai? ¿Qué le han hecho a Nico? Habla, por favor —le supliqué, con el corazón paralizado.

Pero él solo se levantó, vino hacia mí y me dio un beso en los labios.

—Ya lo tienen. Está bien. Pero lo llevan al hospital para que lo revisen —me dijo, y en ese momento perdí el conocimiento.

El estrés y la tensión de todo aquello terminaron pasándome factura. Por lo que me contaron, no tardé más de unos minutos en volver en mí.

Ni siquiera me duché ni me cambié de ropa. Tal como estábamos, con la ropa del día anterior, nos fuimos directos al hospital.

Charles se encargó de hablar con Martínez. Le contó lo sucedido, y él tan solo dijo que no me preocupara por nada, que me tomara todo el tiempo que necesitara. Pero yo lo tenía muy claro: si querían que siguiera en la empresa, tendría que ser teletrabajando. De otro modo, presentaría mi renuncia.

Llegamos casi a la vez que la ambulancia que traía al niño. Casi me tiro del coche en marcha. Unai tampoco se lo pensó: bajó corriendo a mi lado.

—¡Nico, mi amor! ¿Estás bien? —le pregunté, sin soltarlo del abrazo.

—Sí, mami. Mujer mala decir cosas feas que a Nico no gustar —me dijo, y me abrazó con todas sus fuerzas.

—No te preocupes, campeón —le dijo Unai, con las lágrimas resbalándole por el rostro—. Yo me voy a encargar de que no se acerquen más a ti. Te lo prometo. Ni ella ni nadie que pueda hacerte daño.

—¡Papi! ¡Los Reyes te encontraron! —dijo el niño, sacándome una sonrisa a mí y una mirada de desconcierto a Unai.

—Señora, lo llevamos dentro. En unos minutos saldrá el doctor para hablar con ustedes —nos dijo el médico de la ambulancia, mientras se lo llevaban para revisarlo.

—¿Me puedes explicar eso de los Reyes, por favor? —preguntó Unai, algo más tranquilo, aunque con la voz rota.

—Yo te lo cuento, chulo —intervino Charles—. Pues resulta que el día que la bruja esa y tú le dijisteis que no eras su padre, se tomó un berrinche de los gordos… —Le relató todo lo ocurrido aquella tarde en el centro comercial.

La cara de Unai iba mudando de la sorpresa al dolor, y se le notaba a simple vista.

—¿Por qué no me llamaste y me lo contaste? —me preguntó, sin tono de reproche, más bien con tristeza.

—Porque me acababas de pedir que no te llamara papá. No podía hacer nada más que decirle que estabas trabajando, esperando que, con el tiempo, se olvidara de ti —le contesté, con toda la calma que pude reunir.

—Los padres de Nicolás Delgado —dijo un hombre vestido de verde, que supusimos que era el doctor que lo había atendido.

—Yo —dijimos los dos a la vez, ante la sonrisa del médico.

—Nico se encuentra perfectamente. Le hemos cambiado la escayola, que estaba rota en algunas partes, asegurándonos de que el hueso no se había movido. Por lo demás, no creo que le quede ningún trauma. Si veis que tiene pesadillas mientras duerme o algo, lo traéis, para que lo vea el psicólogo. Están terminando de colocarle la nueva sujeción del brazo, y enseguida lo traerá la enfermera.

Nos dio los papeles, y ambos respiramos aliviados.

—¿Te importa que pase la noche con vosotros? —me preguntó Unai, con voz suave.

—Por supuesto que no me importa —le respondí—. Es más, te lo agradecería, porque no quiero enfrentarme a otra noche de «¿Dónde está mi papi?», «Llama a papi» o «Nico quiere con papi».

Esa respuesta provocó la primera sonrisa sincera en días.

Capítulo 39

Habían pasado ya unas semanas desde el «incidente» de Nico, y Unai pasaba todas las tardes con nosotros, hasta que el niño se quedaba dormido.

Entre él y yo no había pasado nada; tan solo íbamos afianzando la amistad. De momento no podía ofrecerle nada más. Me costaba confiar, aun sabiendo la verdad.

Con respecto al trabajo, lo tuve claro. Hablé con Martínez, le expuse mis intenciones, y me dijo que, en mi puesto, no podía ofrecerme eso. Tras varios días de reuniones, llegamos a un acuerdo: Charles ocuparía mi lugar, y yo volvería a ser una empleada, como antes de que Gutiérrez se pasara tres pueblos.

Sin tener a nadie a mi cargo, teletrabajaba desde casa. Tan solo tenía que ir una vez al mes, y procuraba que, ese día, alguna de mis amigas se quedara con Nico. No pensaba llevarlo a una guardería más.

Sé que era irracional, que no todos los centros ni todas las profesoras eran iguales, pero solo de pensarlo me angustiaba sobremanera.

—Acaba de llamar el inspector Suárez. —Me indicó Unai, que estaba con Nico, como todas las tardes—. Ya tenemos fecha para el juicio.

—¿Te ha dicho el día? —pregunté. Tenía tantas ganas como miedo de que llegara ese momento.

—Sí, será el martes después de Semana Santa. Tú y yo tendremos que acudir como testigos en la parte de la sustracción de Nico, y como acusación particular en el tema de las amenazas. Ya he hablado con mi abogado, así que quédate tranquila —me explicó.

Al día siguiente ya le quitarían la escayola a Nico, pero no queríamos decirle nada, porque si se enteraba, empezaría con las preguntas, y era incansable.

—¿Nos vamos al parque? Está el día buenísimo —nos dijo Unai, y era cierto.

Empezaba la primavera, y estábamos a pocos días de Semana Santa. No quería quedarme aquí; quería que Nico conociera su tierra, las tradiciones que tanto sus padres como yo habíamos vivido de pequeños.

—Unai, me gustaría llevar a Nico a Málaga en Semana Santa…

—Yo me voy con vosotros —me respondió sin pensarlo.

—Está bien, por mí no hay problema. Reservaré el hotel y el vuelo —dije, pero él negó con la cabeza.

—Déjame a mí, yo me encargo —contestó, mientras cogía a Nico en brazos para sentarlo en su sillita.

—Perfecto entonces. Cuando tengas el importe total, te hago un Bizum —le dije, y me miró como si acabara de decir una tontería monumental, aunque no comentó nada más.

Nico vio a su amiguito del parque, un niño de su misma edad que solía bajar con su madre… una mujer que no le quitaba la vista de encima a Unai.

Siempre iba como si, en vez de al parque, fuera a un desfile de modelos: tacones, maquillaje impecable, el pelo perfecto. Todo lo opuesto a mí, que solía bajar cómoda, en zapatillas y sin una gota de maquillaje, por si tenía que salir corriendo detrás del niño.

—Buenas tardes —nos dijo, batiendo sus pestañas de una manera tan exagerada que tuve que contener la risa.

—Buenas tardes, Lidia —le respondió Unai, mientras yo hacía un gesto con la cabeza.

—Unai, quería preguntarte algo, si no te importa —le dijo ella, así que preferí alejarme de la escena.

—Me voy con el niño, ahora vuelvo —le informé a él.

Con paso medio apresurado, me encaminé hasta donde estaba Nico, jugando en la arena con sus cubos. Me senté junto a él y empezamos a hacer un castillo, que luego él destrozó a pisotones entre carcajadas, contagiándome la risa.

—Mami, Nico hambre —me dijo, tocándose la barriguita.

—Pues vamos a merendar, anda —respondí, cogiéndolo en brazos.

—Lo siento, Lidia, ya te lo he dicho infinidad de veces. Que Moira y yo no estemos juntos no es motivo para que salgamos juntos. —Escuché que le decía Unai a la mujer.

—Pero es que es una tontería —replicó ella, indignada—. Yo te atraigo, tú me atraes. No entiendo por qué no podemos pasar un buen rato juntos.

—Es que yo no quiero pasar un buen rato con nadie. Quiero una vida, y la quiero con ella. Creo que no es tan difícil de entender. Además, en ningún momento he dicho que tú me atraigas.

—Eso no hace falta decirlo, chico. Una mujer lo nota. ¿Sabes lo que es difícil de entender? Que me rechaces a mí por una mujer tan mediocre como esa, que no es capaz ni de arreglarse el pelo para salir con su hijo. Eso dice mucho de una mujer.

Me entraron ganas de contestarle, pero respiré hondo. No caería en su trampa: lo único que pretendía era provocarme.

—Por supuesto que dice mucho de una mujer —le respondió Unai, con firmeza—. Dice que no es alguien que esté mano sobre mano todo el día; que cuida de su hijo, que trabaja y que además no pierde un segundo de su tiempo en nimiedades, sino que lo dedica a jugar con el niño. Y ahora, si me disculpas, me están esperando.

La dejó con las patas colgando, como se suele decir.

Se sentó en el banco donde estábamos el niño y yo. Nico comía su sándwich de crema de chocolate y bebía un batido de vainilla, mientras yo lo miraba, sonriendo ante su felicidad sencilla.

—Esa tía me pone negro, de verdad. No puedo con la gente así —dijo Unai, rebufando.

—Tiene seguridad en sí misma y va a por lo que quiere —le contesté.

—Sí, pero sin contar con lo que los demás quieren. No es la primera vez que me propone salir, aunque sí la primera que lo hace insinuando que podríamos terminar en la cama…

—Pues aprovecha, chaval —bromeé, riendo, aunque por dentro me moría de celos.

—¿A ti también te tengo que explicar que no quiero un revolcón con nadie? Creía que ya te había quedado claro —me respondió, algo molesto.

—Era una broma, Unai…

No me dio tiempo a decir nada más. Me cogió la cara entre las manos y me besó.

Primero fue un roce, suave, tierno… pero poco a poco se volvió más intenso, más profundo, hasta dejarnos sin respiración.

—¿Te ha quedado claro ya? —me susurró, con una sonrisa triunfante.

No le respondí. Había tirado por tierra, con un solo beso, todo lo que llevaba meses intentando controlar.

Era inevitable. Me atraía muchísimo, y no solo físicamente. En el tiempo que estuvimos juntos, me había enamorado de él hasta la médula, y eso no podía ocultarlo.

Cuando oscureció, sentamos a Nico en su sillita y nos fuimos para casa. Habíamos dejado preparada una lasaña de atún para cenar, y tan solo teníamos que calentarla.

—Me parece que esta noche me voy a quedar a dormir aquí —dijo Unai, guiñándome un ojo—. Así, mañana podemos salir directamente al hospital sin perder tiempo.

Capítulo 40

Unai se encargó de duchar al niño. Llevábamos días deseando que le quitaran la escayola para que pudiera volver a disfrutar de esos baños que tanto le gustaban, con sus patitos de goma y sus montañas de espuma. El pequeño no tardó en llenar el baño de risas, y verlo así nos hizo sonreír a los dos.

Nosotros aún no nos habíamos duchado. Lo haríamos más tarde, cuando Nico estuviera dormido. Así podríamos relajarnos un poco, ver una película y terminar el día con calma… o al menos, ese era el plan.

Nos sentamos a cenar en la cocina, pero la tensión que flotaba entre nosotros era casi palpable. Cada mirada sostenida, cada roce "casual" al pasarnos los platos, cada sonrisa contenida hacía que el aire pareciera más denso. No hacía falta decir nada; los dos sabíamos perfectamente en qué estábamos pensando.

—Creo que Nico ya no puede ni con su cuerpo —dije al verlo casi quedarse dormido en la trona—. Voy a llevarlo a la cama.

—A la cama te llevaba yo a ti… —lo escuché murmurar, y una sonrisa involuntaria se me escapó.

—¿Decías algo? —le pregunté, fingiendo inocencia, mientras lo miraba por encima del hombro.

—Nada, nada… que yo recojo todo esto mientras tú lo acuestas —respondió con esa media sonrisa suya que me desarmaba. Sabía

perfectamente que lo había oído, y por eso reí sin poder evitarlo.

Acosté al niño, le di un beso en la frente y me quedé unos segundos mirándolo dormir. Su respiración tranquila era casi hipnótica. Cuando apagué la luz y cerré despacio la puerta, no había dado tres pasos por el pasillo cuando me lo encontré frente a mí.

No hicieron falta palabras. Me tomó del brazo con suavidad, pero con una determinación que me cortó el aliento, y me empujó contra la pared. Su boca buscó la mía sin pedir permiso, y el beso que me dio fue tan intenso que sentí cómo se me encendía cada fibra del cuerpo.

Sin decir nada, me llevó hasta mi habitación. Entramos casi a ciegas, tropezando entre risas y respiraciones entrecortadas, hasta que llegamos al baño. Me apoyó en el suelo, encendió el agua de la ducha y esperó a que se templara.

Me fue desnudando con mimo, lentamente, al igual que yo lo estaba haciendo con él, mirándonos a los ojos, y acariciándonos con la mirada, además de con las manos.

Entramos en la ducha, ya nos envolvía el vapor del agua, y su boca se apoderó de la mía. Sus manos fueron directamente a mi sexo, una por delante y otra por detrás. Mientras que una me estimulaba el clítoris de manera magistral, la otra me penetraba con sus dedos, hasta que alcancé un orgasmo espectacular.

Cuando sacó los dedos de mi interior, se los llevó a la boca de la manera más sensual que había visto en mi vida, saboreándolos a placer.

—Por ahora, me conformaré con esto, pero no podía dejar pasar el saborear tu néctar. Luego lo haré de otra manera —me dijo, con la voz ronca por el deseo.

—Te necesito dentro, Unai —le dije, presa del placer.

—No me lo tendrás que decir dos veces —me contestó.

Me alzó con fuerza, sus manos firmes en mi cintura, y mi cuerpo respondió de manera instintiva, rodeándolo con las piernas. Sentí su aliento cálido contra mi piel y un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Su boca fue trazando un camino lento por mi cuello, dejando un rastro de besos que me erizaban la piel. Cuando sus labios alcanzaron los míos, la tensión contenida explotó. Nuestras lenguas se encontraron en una danza que lo decía todo, una mezcla perfecta entre deseo, ternura y esa urgencia que llevaba días latiendo en silencio entre los dos.

Ambos alcanzamos un orgasmo largamente contenido, buscado y deseado por los dos. Nos quedamos así, pegados, casi sin aliento, con la respiración entrecortada y los corazones desbocados, mientras el agua seguía cayendo sobre nuestros cuerpos, fundiéndose con el calor que aún desprendíamos.

—Moira, dame otra oportunidad, te prometo que no te defraudaré. Déjame demostrarte lo importantes que sois, Nico y tú para mí —me dijo, con la voz cargada de emoción y esa mirada que desarmaba cualquier defensa.

—Tengo miedo, Unai, no lo voy a negar —confesé, sintiendo cómo se me quebraba un poco la voz—. Pero me da más miedo que te canses de esperar y perderte para siempre.

No dijo nada más; simplemente me besó, y en ese beso estaba todo: la promesa, el miedo, y también la esperanza.

Salimos de la ducha, envueltos en una toalla, con el cuerpo relajado y una sonrisa como nuestro mejor atuendo. Nos secamos con calma, disfrutando de la cercanía, de esos silencios cómodos que no necesitaban palabras. Luego nos pusimos el pijama y nos sentamos en el sofá, aún con el eco del agua resonando en los oídos.

Sabíamos que la noche no había terminado, pero tampoco queríamos que nuestro reencuentro se redujera solo al deseo. Había mucho más que decir, demasiadas piezas que colocar en su sitio.

Nos servimos una copa y, entre sorbos lentos, iniciamos esa conversación pendiente que definiría lo que seríamos a partir de ahora.

—Moira —empezó él, apretando mis manos entre las suyas—, sé que acabamos de encontrarnos, pero no quiero volver a separarme de vosotros. No imaginas el esfuerzo que me ha costado marcharme cada noche de esta casa, dejando atrás todo lo que quiero.

—¿Y si no nos va bien? —le pregunté, mirándolo a los ojos—. No quiero que Nico viva a saltos, de aquí para allá. Eso es lo que más me preocupa, Unai.

—Eso no va a pasar, te lo prometo —respondió con firmeza—. Pondré todo de mi parte para que no quieras marcharte de mi lado. Se acabaron los malentendidos, las medias verdades, los silencios… y todo lo que pueda separarnos.

—Hagamos una cosa —le propuse, jugando con los dedos entrelazados—. Pasemos el puente de Semana Santa en Málaga, veamos cómo nos va y, según eso, decidiremos si nos mudamos a tu casa o a la mía.

—Creo que la mía es mejor para el niño —respondió tras pensarlo unos segundos—. Tiene jardín, piscina, y en verano podrá disfrutarlo más. Pero si tú crees que aquí estaréis más cómodos, no me importa dejar todo atrás.

Nos miramos unos segundos en silencio, hasta que el deseo volvió a prender entre nosotros. Nos besamos de nuevo, esta vez con calma, saboreando cada movimiento, cada roce, cada respiración compartida. Sus manos se colaron por debajo de mi camiseta, acariciando mi espalda con una lentitud que me encendía por dentro, despertando sensaciones que creía dormidas.

Yo hice lo mismo, recorriendo su pecho con la yema de los dedos, sintiendo cómo su piel se erizaba bajo mis caricias. Cuando quisimos darnos cuenta, las prendas habían desaparecido, y nos habíamos rendido al momento. Me recostó suavemente sobre el sofá y se colocó sobre mí, sin apartar la mirada.

No hicieron falta palabras. Todo se dijo en el roce de su cuerpo contra el mío, en la manera en que nuestras respiraciones se sincronizaron. Su

movimiento fue lento, casi reverente, como si buscara grabar en mi piel cada milímetro de ese encuentro.

Todo lo lento que empezó aquello, en cuestión de minutos se nos fue completamente de las manos. Me colocó apoyada en el respaldo del sofá, y su cuerpo se fundió con el mío con una intensidad que me hizo perder el control. Sentía cómo mi pulso se aceleraba al ritmo de sus embestidas, cómo el aire me faltaba y mis jadeos se volvían imposibles de contener.

—No puedo más, Unai… —susurré entre respiraciones entrecortadas.

—Déjate ir, Moira… llévame contigo —me respondió con voz ronca, y no me resistí más.

Tuve que morder el cojín para ahogar el grito que me subió desde lo más profundo del cuerpo cuando el placer me desbordó por completo. Unai también perdió el control, soltando un gemido contenido, cargado de deseo y ternura.

El silencio posterior solo lo rompía el sonido de nuestras respiraciones agitadas. Fue entonces cuando noté el calor resbalando por mis muslos y me di cuenta de algo que, hasta ese momento, la pasión me había hecho olvidar.

—Unai… ninguna de las dos veces hemos usado protección —le dije, todavía con la voz temblorosa.

—No tengo ningún problema con eso —contestó sin titubear—. Es más, me encantaría darle un hermanito a Nico.

Me quedé mirándolo, sin poder creer lo que acababa de oír.

—¿Lo dices en serio? —pregunté, sorprendida.

—Completamente. De hecho, pensaba proponerte algo —continuó, acariciándome el rostro—. Quiero que adoptemos a Nico. Así no tendrá que preocuparse por los apellidos cuando crezca. Él me ve como su padre, y yo lo siento como mi hijo.

No supe qué decir. Dos lágrimas se escaparon sin permiso, y Unai las borró con besos suaves, como si quisiera sellar con ellos cada promesa no pronunciada.

Aquel gesto fue el detonante de un nuevo instante de pasión, distinto, más íntimo, más nuestro. Y otra vez, con esa mezcla de ternura y deseo que solo él sabía provocar, me llevó al límite, haciéndome sentir viva en todos los sentidos.

Después, una ducha rápida puso fin a la noche, y nos metimos en la cama. Caí rendida en sus brazos, sintiendo por primera vez en mucho tiempo que pertenecía a algún lugar.

No sé cuánto dormimos, pero un pequeño terremoto nos despertó de golpe.

—¡Mami y papi novios! —gritó Nico, saltando sobre la cama con una sonrisa enorme.

—¿Quién te ha dicho eso, pequeño monstruo? —le pregunté, aunque ya me lo imaginaba.

—Tío Charles dio beso a Nando y dijo: «somos novios». Tú y papi, beso —explicó muy serio, como si acabara de resolver un gran misterio, provocando nuestras carcajadas.

Capítulo 41

Era Miércoles Santo por la tarde, y ya estábamos en Málaga. Nos alojamos en un hotel de la calle Larios, muy céntrico, a un paso del recorrido de las cofradías.

—Me gustaría vivirlo como cuando éramos pequeñas y nuestra abuela nos llevaba a la tribuna de los pobres —le dije a Unai mientras deshacía la maleta.

—Yo, aquí, soy un completo novato —contestó con una sonrisa traviesa—. Me dejo guiar por ti.

Nico se había quedado dormido en cuanto salimos del aeropuerto, así que lo dejamos en su habitación nada más llegar. Unai había reservado una *suite* amplia, con dos dormitorios, un pequeño saloncito, un baño y una terraza preciosa que dejaba ver parte de la ciudad iluminada.

El clima era muy distinto al de Barcelona; se notaba el cambio nada más poner un pie en la calle. Aunque por las noches refrescaba, durante el día el sol apretaba con fuerza, imposible llevar una chaqueta sin acabar asfixiada. Por eso toda la ropa que habíamos traído era ligera, pensada para el buen tiempo.

Solo llevábamos los chaquetones que usamos al salir de Barcelona, que también servirían para la vuelta y, con suerte, para la noche del Jueves Santo. No tenía intención de pasarme toda la madrugada en la calle, pero sabía que, como cada año, esa noche haría algo más de frío. Era una de esas tradiciones

que se repetían sin explicación, pero que en el fondo me hacían sentir en casa.

Ese día decidimos no salir del hotel. Estábamos agotados: Unai había ido directo de la oficina al aeropuerto y el viaje, aunque corto, se nos había hecho largo. Eran casi las siete de la tarde, y el cuerpo pedía descanso.

Antes de montarnos en el taxi, y sabiendo que Nico se quedaría dormido en cuestión de minutos, le di algo de cenar. Ahora dormía profundamente, con esa paz que solo tienen los niños cuando caen rendidos después de un día lleno de emociones.

—Voy a darme una ducha. Pide algo de cenar, lo que más te apetezca —le dije, lanzándole una sonrisa pícara.

—Lo que más me apetece ahora mismo no lo puede traer el servicio de habitaciones —respondió, con esa mirada que encendía más que cualquier fuego.

—¿Ah, no? Pues es una lástima, fíjate —seguí picándolo—, porque a mí tampoco me apetece nada de la carta.

No hizo falta más para encenderlo. En apenas dos zancadas ya estaba a mi lado; me sostuvo la mirada con un brillo cargado de deseo y, sin decir palabra, se lanzó a mis labios, devorándolos como si fueran el más exquisito de los manjares.

Mi sangre era lava corriendo por mis venas, y mi corazón galopaba como un caballo desbocado. Entre mis piernas, un tsunami de deseo se agitaba, dispuesto a arrasar con todo, y lo único que quería era que Unai lo bebiera hasta la última gota.

Me leyó el pensamiento, porque, de un solo movimiento —y no os puedo decir cómo lo hizo, porque ni cuenta me di—, ya me tenía en ropa interior y sobre la cama. Había elegido un conjunto de encaje azul noche, un *bralette* delicado y unas braguitas brasileñas que dejaban poco a la imaginación.

—Estas cosas se avisan… casi me caigo de culo de la impresión —me dijo, recorriendo mi cuerpo con la mirada, sin disimular el hambre que sentía.

—Precisamente por eso no se avisa —le respondí, sin apartar la mirada de su cuerpo—, porque ahí está el truco: en saber lo que se provoca en la otra persona.

Pensaréis que soy idiota, y que no era la primera vez que lo veía desnudo, pero no puedo evitarlo. Cada vez me pone —y me impone— más su cuerpo, su manera de moverse, esa forma tan suya de mirarme que me deja sin aliento.

—Me encantaría recorrer tu cuerpo con mi lengua —susurró, acercándose más—, pero si lo hago ahora, corro el riesgo de que me tengan que amputar una parte de mi anatomía con la que tú disfrutas muchísimo.

Dicho eso, apartó mis braguitas a un lado y me penetró sin más aviso, con una urgencia que me hizo olvidar hasta cómo respirar.

—No, por Dios, esa parte que la dejen intacta. Si tienen que amputar algo, que sea un dedo del pie… con los de las manos también disfruto —le respondí, provocando en él una carcajada.

La primera embestida fue de reconocimiento —por decirlo de alguna manera—: la dio despacio, saboreando el calor que lo envolvía, notando cómo lo apretaba, consciente del placer que eso me provocaba a mí y a él. La retiró con la misma lentitud, como si no quisiera olvidar el camino recorrido.

A partir de ahí, todo cambió. Las siguientes fueron más profundas, más rápidas, cargadas de una intensidad que me volvía loca. Le pedía más, susurrando entre gemidos en su oído, y eso lo encendía todavía más —si es que podía ser posible—.

Lo hicimos en todas las posturas que se nos ocurrieron, sin prisa y sin medida, hasta que el clímax nos alcanzó a ambos… aunque yo le llevaba ya tres orgasmos de ventaja. Unai era un hombre generoso en el sexo; no de esos que van buscando su propio placer y luego se dan la vuelta. No, él disfrutaba si yo lo hacía, y cuanto más me corría, más se excitaba él.

—Anda, vamos a la ducha, o al final no cenaremos hoy —me dijo, con una sonrisa traviesa, todavía con la respiración agitada.

—Sí, porque entre lo que he sudado antes, viniendo hacia el hotel, y lo que estoy sudando ahora, debo de haber perdido, al menos, tres kilos —le sonreí, todavía sin aliento.

Mi intención, sin embargo, era otra… aunque eso solo lo sabía yo. Me levanté despacio de la cama, dejando que las sábanas resbalaran por mi piel, y caminé hacia el baño contoneando el trasero, como sabía que a él le enloquecía. Antes de entrar, me giré y le lancé una mirada por encima del hombro, invitándolo sin palabras a que me siguiera.

—¿Me estás provocando, Moira? —preguntó con una media sonrisa.

—¿Yo? ¡Dios me libre, por favor! —le respondí, santiguándome teatralmente mientras una carcajada escapaba de mi boca.

Nos metimos en la ducha. Dejé que el agua nos empapara a los dos —en sentido literal, porque del otro llevábamos empapados desde que nos vimos por primera vez—. Me eché gel en las manos y las froté hasta que se formó espuma, que fui extendiendo por todo su cuerpo, con movimientos lentos y sensuales, disfrutando de cada línea, de cada músculo que se tensaba bajo mis dedos.

Cuando llegué a su entrepierna, me arrodillé ante él. Le enjaboné con cuidado los testículos, luego la base y, por último, el glande de su pene. El agua caía sobre nosotros, resbalando entre mis manos y su piel. Le di la vuelta despacio y lo apoyé contra la pared.

—Esta vez, te pongas como te pongas, no pienso parar —le advertí, mientras él me miraba con una mezcla de incredulidad y deseo.

—Soy todo tuyo, haz lo que quieras. Solo te voy a pedir una cosa: no te toques —me dijo, con la voz ronca y la mirada encendida.

Y eso hice, me lo tomé al pie de la letra. Sus gemidos y jadeos eran la mejor de las melodías, un ritmo que me marcaba el compás, sobre todo

cuando la introduje por entero en mi boca, mientras que mi lengua daba buena cuenta de su glande.

No sabría decir cuántas veces lo oí resoplar, pero sabía que estaba al límite.

—Si no quieres que termine ahí dentro, más vale que la saques, porque no puedo más —me advirtió entre dientes.

E hice exactamente lo contrario.

Se corrió en mi boca con un aullido de placer que me encendió todavía más. Si seguíamos así, iba a morir por combustión espontánea, de puro deseo.

—Ahora es mi turno —susurró, cuando por fin se hubo recuperado de su orgasmo.

Intercambiamos posiciones sin dejar de besarnos, con una urgencia que nos devoraba. Se arrodilló frente a mí, levantó una de mis piernas y la colocó sobre su hombro. Luego separó con suavidad mis labios y me devoró… literalmente. Su lengua recorría cada rincón, cada pliegue, arrancándome gemidos imposibles de contener.

No pude reprimir el grito final cuando el orgasmo me estremeció por completo, haciendo que me aferrara a su cabello. Por suerte, Nico tenía el sueño profundo, o nos habría sorprendido en cualquiera de esos momentos de locura.

Capítulo 42

Volvíamos del puente en Málaga más unidos que nunca. Habíamos pasado unos días maravillosos, llenos de risas, confidencias, tradiciones, buena comida y mucha pasión. Esos días fueron un punto de inflexión: el momento en el que todo pareció encajar, en el que comprendí que Unai y yo no solo nos deseábamos, sino que también nos complementábamos a la perfección.

El último día lo decidimos: nos iríamos a vivir juntos, y lo haríamos en su casa. La mía, de momento, la alquilaría; así tendría una pequeña fuente de ingresos extra, aunque no me hiciera falta. Además, la nueva inquilina sería Vanesa, mi amiga de la infancia, así que la tranquilidad estaba garantizada.

Su ex, por su parte, había tomado una decisión que aún me costaba entender. Se marchaba del país y renunciaba a la custodia del niño, incluso a las visitas. Según dijo, necesitaba empezar de cero, «desligarse de todo lo anterior». La realidad era mucho más cruda: su nueva pareja no quería a su hijo en casa. Nunca comprenderé cómo alguien puede desprenderse así de un hijo, como si fuera un mueble viejo que ya no encaja en la decoración. Ese tipo de cosas me revolvían el alma.

Vanesa también había decidido dejar Málaga y mudarse a Barcelona. Partiría la semana siguiente, lo que me daba tiempo para organizarme. Hablé con Martínez, que, encantado, le ofreció un puesto en la recepción de la agencia, y ella aceptó feliz.

—¿Has cogido todo o falta algo? —preguntó Unai, mientras cargaba la última caja de mi ático.

—Creo que lo llevo todo. Pero si falta algo, ya vendré a buscarlo. Te recuerdo que la nueva inquilina es una de mis mejores amigas de la infancia —le respondí con una sonrisa.

—A la que, por cierto, tenemos que integrar en la pandilla y buscarle novio. No puede ser la nota discordante entre todos nosotros —bromeó él.

—Eso lo vas a tener difícil, cariño. Vanesa le ha cerrado la puerta al amor. Dice que ahora solo quiere centrarse en su hijo y en su trabajo, empezar de nuevo.

—Ya hablaré con Charles —replicó entre risas—. Seguro que encontramos a alguien en la agencia que le apetezca conocer… y que esté bueno, por supuesto. Nuestra chica no puede pasearse del brazo de un orco, ¿qué diría la gente?

No pude evitar reír. Lo cierto es que mi amiga y Unai se habían caído de maravilla, y eso me hacía inmensamente feliz. Así no se sentiría sola en una ciudad nueva, como me ocurrió a mí cuando llegué.

Vanesa llegaba al día siguiente, y le habíamos preparado una barbacoa de bienvenida en casa. Vendrían todos nuestros amigos. Unai estaba nervioso, aunque no entendía muy bien por qué. Temía que me estuviera preparando alguna de las suyas, tal vez una encerrona para presentarle a alguien a Vanesa, pero preferí no adelantar acontecimientos.

Preparamos todo con mimo: guirnaldas de luces, música, una tarima para bailar, la piscina tapada con una lona y una decoración que parecía sacada de una revista.

—Ha quedado todo precioso —dijo Marian con una sonrisa misteriosa, esa que siempre le salía cuando sabía algo que yo no.

—Sí, aunque no entiendo tanto despliegue. Vanesa es muy sencilla, a lo mejor hasta se siente incómoda con tanto adorno.

—No te preocupes, tu amiga está al tanto de todo —respondió, guiñándome un ojo antes de marcharse a cambiarse.

Yo también fui a prepararme. Unai estaba en el césped con Nico, que jugaba a lanzar una pelota a Hulk.

—No entiendo para qué le pones la camiseta, si luego le tapas con la chaqueta —le dije, negando con la cabeza.

—Para que no se la manche, y porque hace fresco —contestó con su lógica habitual.

Yo me puse unos *leggings* vaqueros, una camisa de rayas azul celeste y blanca, una chaqueta de punto a juego y mis deportivas blancas. Unai llevaba vaqueros, camisa vaquera y esa sonrisa que me derretía cada vez que la veía.

A mediodía, todos estábamos reunidos. Vanesa y su hijo llegaron directos del aeropuerto, sin pasar siquiera por el piso.

—Tienes una casa preciosa, Moira —me dijo, mirando todo con asombro.

—Todo mérito de mi chico. Yo solo participé en el cuarto de Nico y en el de juegos —respondí, riendo.

La tarde transcurrió entre risas, copas, bailes y bromas. Charles le mostraba a Vanesa fotos de todos los chicos solteros de la agencia.

—No me digas que ninguno te gusta, porque me desmayo aquí mismo —decía él teatralmente.

—Sí que hay uno… pero sería apuntar demasiado alto —confesó ella, ruborizándose.

—¿No será Martínez? —pregunté divertida, y ella se puso roja como un tomate.

—Es un hombre muy atractivo, no se puede negar —murmuró.

Y lo era. Álvaro Martínez rondaba los cuarenta y pocos, divorciado, padre de un niño encantador y con una trayectoria admirable. Un hombre hecho a sí mismo, sensato, elegante… y con una sonrisa capaz de iluminar una sala entera.

En ese momento, Unai subió a la tarima improvisada en el jardín, micrófono en mano.

—Señores, me gustaría decir unas palabras —anunció.

—¿Papi, ya? —preguntó Nico desde el suelo, y él asintió.

—Moira, ven aquí un momento, por favor —me pidió. Subí con él, algo intrigada, mientras Marian grababa con el móvil.

Nico, con una sonrisa traviesa, se abrió la chaqueta. En su camiseta se leía: «Quiero llevar los anillos en la boda de mis papis.»

Me giré, y allí estaba Unai, arrodillado frente a mí, con una cajita entre las manos y los ojos llenos de emoción.

—Sé que la vida no nos lo ha puesto fácil a ninguno de los dos. Pero ahora, después de tanto tiempo, siento que todo encaja. Que mi puzle se ha completado con vosotros. Moira, ¿me harías el honor de ser mi mujer? —dijo, con la voz quebrada.

Las lágrimas me nublaron la vista. Apenas podía hablar.

—Por supuesto que sí, el honor sería mío. —Alcancé a decir, antes de fundirme en un beso con él.

Nuestros amigos estallaron en aplausos y gritos de alegría. Nico daba saltos por toda la tarima, feliz, gritando a los cuatro vientos que sus papis se casaban.

Capítulo 43

Llegó el día del juicio. Era una sensación agridulce, porque estábamos en nuestro mejor momento como pareja, pero también sabíamos que, mientras eso siguiera pendiente, no terminaríamos de ser completamente felices.

Nuestra boda la habíamos fechado para la primavera siguiente. Sería en un hotel del Puerto Olímpico, con unos jardines preciosos frente al mar. Queríamos algo íntimo, una ceremonia religiosa, pero fuera de la iglesia. Ambos lo decidimos así. La oficiaría un amigo de la familia de Unai, el padre Marcos, un cachondo de cuidado.

Estábamos en la puerta del juzgado con nuestros abogados cuando las vimos llegar en el furgón policial. Desde la sustracción de Nico en la guardería, tanto Maje como Lucía y la profesora del niño permanecían en prisión provisional. De ahí la premura del juicio, en el que también se juzgarían las amenazas. Su padre, el señor Gutiérrez, no estaba en prisión, pero debía acudir como investigado —lo que antes se llamaba imputado—.

—No te vas a salir con la tuya —me dijo Gutiérrez al pasar junto a mí.

—Si fuera usted, no haría más comentarios de ese tipo. Todavía puedo incluirlo en la causa antes de que empiece el juicio, y la jueza estaría encantada —le advirtió nuestro abogado. Gutiérrez siguió su camino, con cara de mala leche.

—Cada día entiendo menos a este hombre —murmuró Unai, a quien ni siquiera había saludado.

Fuimos entrando en la sala, esperando a que comenzara la vista. Maje y Lucía estaban sentadas en el banquillo de los acusados, mientras que Gutiérrez ocupaba otro lugar, con su propio abogado.

Fueron dos horas en las que casi me da un infarto, sobre todo al escuchar cómo contaban, sin el menor remordimiento, cómo planearon todo y lo fácil que fue engañar a la profesora, que cayó como una pardilla. Tuvieron al niño todo un día encerrado en un cuarto, solo, dándole de vez en cuando un trozo de pan y algo de agua. Pensar que podía haberse atragantado, tan pequeño, estando solo… me ponía los vellos de punta.

No hizo falta que declaráramos nosotros. La directora del centro explicó todo: desde que la profesora no comprobó la veracidad del correo, hasta el momento en que llegué a recoger a Nico y el niño no estaba.

Hicieron un receso para comer, reanudando el juicio dos horas más tarde, cuando se leería la sentencia.

—Voy a llamar a Vanesa, a ver cómo están los niños —le dije a Unai, sacando el móvil del bolso.

—Perfecto. Yo llamaré a la oficina; hoy había una reunión importante y lo he dejado todo en manos de Juan —respondió.

Tras esas llamadas, en las que nos confirmaron que todo iba bien, nos fuimos a comer los tres al restaurante frente al juzgado, con la certeza de que a ellas no les caerían pocos años. Otra cosa sería lo de Gutiérrez y la profesora.

—Me he enterado de que Maje quiere dar a su bebé en adopción en cuanto nazca. El padre no se hará cargo, y el abuelo ha dicho que no quiere saber nada —nos informó el abogado.

—Casi seguro que a Maje la internarán en un centro psiquiátrico, donde cumplirá la pena. Es una lástima que su padre no lo hiciera antes, se habría ahorrado muchos disgustos —dijo Unai.

—La verdad es que muy bien de la azotea no está —añadí yo.

—No te imaginas las burradas que me decía —añadió él—, y estoy seguro de que era capaz de hacerlas.

Entre unas cosas y otras, llegó la hora de volver al juicio. Al entrar, el abogado de Maje nos dijo que ella quería hablar con Unai, pero que yo estuviera presente. Nos dio algo de pena, y accedimos. No nos equivocamos.

—Quería pediros un favor, a los dos —dijo Maje, sin levantar la cabeza.

—¿Piensas que estás en condiciones de pedir algo, Maje? —le preguntó Unai, sin dureza, pero con firmeza.

—Sé que no, pero no lo hago por mí. Lo hago por mi hija. No puedo cuidarla, sé que sería mala para ella. Y su padre ha huido, como la rata que es…

—¿No pretenderás que nos la quedemos nosotros? —preguntó Unai, incrédulo.

—No, eso ya sería abusar —respondió ella—. Pero sí, alguien de vuestro entorno. Tengo entendido que Marian y Juan están en lista de espera para adoptar. Mi abogado me ha dicho que, por un acuerdo privado y dadas mis circunstancias, puedo cederles la tutela y, a los tres meses, renunciar definitivamente a ella. Así quedarían como sus padres. Solo necesito que lo habléis con ellos; mi abogado ya tiene la documentación lista, por si aceptan.

Me quedé sin palabras.

—Está bien, hablaré con ellos, pero no te prometo nada —le contestó Unai, saliendo de la sala.

Yo tampoco encontraba mejores padres para esa niña que nuestros amigos, pero sabíamos que no era algo que pudiéramos decidir nosotros, ni que se resolviera de un día para otro.

Cuando entramos de nuevo, el juicio continuó. Tras escuchar a todos los testigos, el juez se retiró a deliberar, anunciando que regresaría en treinta minutos. No salimos de la sala; sabíamos que sería rápido. Y lo fue.

Maje fue condenada a veinte años de internamiento, que cumpliría en un hospital psiquiátrico. Dependiendo de su evolución, podría pasar después a prisión. Lucía, por su parte, recibió quince años y fue trasladada de inmediato a la cárcel.

A la profesora, al demostrarse que la habían engañado, le impusieron dos años de condena, que no cumpliría al no tener antecedentes. Eso sí: le retiraron el título para ejercer como docente, y clausuraron la guardería por negligencia.

A Gutiérrez le cayó una orden de alejamiento: no podía acercarse a menos de quinientos metros de ninguno de nosotros, además de una multa de seis mil euros por amenazas.

—Por fin se acabó la pesadilla —dijo Unai, pasándome un brazo por los hombros.

—Ni que lo digas. Por fin podremos respirar tranquilos —le respondí, abrazándolo por la cintura.

—Bueno, tampoco tan tranquilos —añadió con una sonrisa—, que tenemos una boda que planear.

No pude evitar reír.

Recogimos a Nico en casa de Vanesa, que había pedido el día libre. No dejé que Edu fuera a la guardería: al curso siguiente ya irían los dos al colegio. Así que, mientras ella trabajaba, yo me quedaba con los niños… y hoy, le había tocado a ella lidiar con los dos pequeños terremotos.

Capítulo 44

Tras la charla con nuestros amigos sobre la petición de Maje, y después de consultarlo con un abogado, se confirmó que, dadas las circunstancias de la madre —que permanecía internada en un psiquiátrico— y la renuncia formal del padre de la criatura, podían hacer efectiva la adopción desde el primer minuto de su nacimiento. Así que aceptaron la propuesta.

Nos avisaron desde el centro donde estaba ingresada Maje de que había llegado el momento, y allí estábamos todos, esperando a que la niña naciera. Marian, al trabajar en el hospital, pudo entrar para presenciar el alumbramiento. Después de que la bebé fuera revisada por el pediatra, y si todo salía bien, podrían llevársela a casa.

Nuestros amigos le habían preparado una habitación preciosa, dulce y acogedora, con paredes en rosa pastel y dibujos de colores, entre los que destacaba un castillo de princesas. No faltaba ni un detalle. Estaban como locos por tenerla ya entre sus brazos.

Marian llevaba dentro más de dos horas, lo que significaba que el parto se había complicado. Solo esperábamos que ninguna de las dos sufriera, porque una cosa era lo que Maje nos había hecho —que ya se demostró que fue fruto de su enfermedad mental— y otra muy distinta, desearle el mal a alguien.

—Ahí viene Marian… y trae algo entre los brazos —dijo Juan, levantándose de golpe.

—Os presento a Mia, nuestra hija —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas. Pero no eran de emoción: algo había pasado.

Resultó que Mia tenía síndrome de Down, aunque no era eso lo que había provocado su llanto. Lo sabían desde el primer momento y habían decidido seguir adelante con la adopción sin dudarlo. Lloraba por Maje, porque no le dio tiempo a conocer a su hija.

El parto se complicó hasta el extremo: tuvieron que practicarle una cesárea de urgencia, pero su cuerpo no lo resistió. Las pocas ganas de vivir que tenía hicieron el resto. Marian nos lo contó con la voz rota:

—Solo le dio tiempo a decir «Mia». No sé si se refería a que era su hija o si ese era el nombre que quería para ella… así que he optado por lo segundo —dijo, sin poder contener el llanto.

—Y has acertado —contestó Unai, con lágrimas en los ojos—. Cuando estuvimos juntos, fantaseamos con los nombres que pondríamos a nuestros hijos, si llegábamos a tenerlos algún día, y ese era el elegido para una niña. Si hubiera sido niño, se habría llamado Fabrizio.

Maje nos había hecho mucho daño, pero ninguno le guardábamos rencor. Era demasiado joven para marcharse de este mundo, aunque, tal vez, con la vida que le esperaba, ella misma decidiera rendirse. Al menos, se fue sabiendo que su hija quedaba en buenas manos.

—Será mejor que nos vayamos a casa. Su padre ha dicho que se encargará de todo el tema del funeral —nos comentó Marian, que había hablado con él.

—¿Querrá tener contacto con la niña? Si es así, por mí no hay problema —dijo Juan, con su habitual corazón enorme.

—No. Ha dicho que esa niña es la culpable de todo lo que le ha pasado a su hija. Ahora que ya no le queda nada, se marchará con su hermano a Manchester, a empezar de cero —respondió Marian, con pena en la voz.

—A Mia no le va a faltar amor —dijo Charles, acunando a la pequeña entre sus brazos—. Tiene una familia entera que la va a adorar. Nada de lágrimas, ha venido para completarnos a todos.

—Te queda muy bien, *amore* —le dijo Nando con una sonrisa traviesa.

—Pues lo siento por ti, pero a mí no me puedes hacer una —replicó Charles, y todos estallamos en carcajadas.

—A ti no, pero sí podemos adoptar —contestó Nando con serenidad—. La semana pasada me llamaron del orfanato: hay dos hermanos, de cinco y siete años, que no quieren separar. Había pensado que…

—¡Nos los quedamos! —interrumpió Charles, entusiasmado, como si estuviera pujando en una subasta.

—Mira que eres bruto, cariño —le respondió Nando, riendo—. No son dos jarrones chinos de grandes almacenes. Primero tienen que evaluarnos y ver cómo interactuamos con los niños. Si se adaptan bien, entonces sí. Todo tiene su proceso.

—Al final nos vamos a tener que dar prisa —me dijo Unai, mirando a Mia —. Todos nos están adelantando.

—Sí, sí… pero después de la boda. No quiero ir vestida de novia pareciendo un huevo Kinder —le respondí, y su carcajada llenó la habitación.

Aquella tarde la pasamos en casa de Juan y Marian, con los niños incluidos. Entre Edu, Leo y Nico habían formado un pequeño frente común alrededor de la bebé. Estaban pendientes de todo: del chupete, del llanto, de si se movía o no. Leo, el mayor, incluso organizó turnos para ponerle el pipo y consolarla.

—Me parece que esa enana ya les ha robado el corazón a estos tres —dijo Unai, observando la escena con ternura.

—Y no solo a ellos —añadí yo—. Nos lo ha robado a todos.

Él me miró entonces, con esa mezcla de dulzura y determinación que me desarmaba.

—¿Has pensado ya en lo de la adopción de Nico? —me preguntó—. Quiero que sea nuestro hijo legalmente, no solo de palabra. Que lleve mi apellido y sea quien continúe con nuestro legado.

Asentí.

—Ya lo he hablado con el abogado. Está todo listo. Al ser su única pariente viva, no habrá problema.

—¿Y yo? ¿Tendré alguno? —preguntó, algo inquieto.

—Si no fueras tan impaciente, me habrías dejado terminar —le dije, sonriendo—. Tú, al ser mi marido, tampoco los tendrás. Le he dicho que deje todo preparado para cuando volvamos de la luna de miel. Ese será nuestro regalo de bodas.

Unai me abrazó, dejándome un beso en la cabeza.

—Sois lo mejor que me ha pasado en la vida —susurró.

Esta vez fui yo quien lo besó en los labios.

—Mira, Nico —oímos decir a Leo—, tus papis están encargando un bebé, a ver si viene pronto. Yo también le he pedido un hermanito a mi madre y a Pedro.

—¿Papi, sí? ¿Mami hermanito? —preguntó Nico, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Algún día, campeón —le respondió Unai, acariciándole el pelo.

Regresamos al grupo, donde todos charlaban animadamente. Jen había decidido irse a vivir con Pedro, y estaban reformando la casa. El padre de Leo hacía tiempo que había desaparecido del mapa, desde que entendió que ya no podía hacer daño a su ex a través del niño. Renunció a la custodia compartida y se esfumó.

Y así, entre risas, abrazos y planes de futuro, comprendí que, a pesar de todo lo que habíamos vivido, la vida, al fin, nos estaba sonriendo.

Capítulo 45

Ese día se había levantado luminoso, como nosotros. El sol brillaba y la temperatura era perfecta: ni frío ni calor. Había llegado el momento más esperado, ese en el que uniríamos nuestras vidas para siempre… o al menos eso esperábamos.

Estábamos en habitaciones separadas desde la noche anterior, como mandaba la tradición, pero eso no impidió que siguiéramos en contacto. Mientras me peinaban, los mensajes entre Unai y yo no cesaban.

Unai: *Estoy deseando verte vestida de novia. Me tiemblan las manos de la emoción.*

Moira: *Pues siento decepcionarte, pero no me voy a vestir así. He elegido un conjunto de pantalón y chaqueta, para que me sirva luego.*

Unai: *Sé que es mentira, porque tenías la misma ilusión que yo por vestirte de blanco. Pero aunque fueras vestida de lagarterana, seguirías estando preciosa.*

Moira: *Si me hubiera querido vestir de blanco, me habría apuntado a clases de kárate, así que vas muy desencaminado.*

Unai: *Ja, ja, ja. No me lo puedo creer, tienes más salidas que una rotonda, y eso es lo que más me gusta de ti: nunca sé por dónde me vas a salir. Te espero en el altar. No tardes. Te quiero.*

Moira: *Solo te digo que te vas a sorprender. Yo también te quiero, pero no te desesperes, que tardaré un poquito en llegar.*

—¿Quieres hacer el favor de dejar ya el móvil? —Me regañó Marian, quitándomelo de las manos.

—Era Unai —respondí, riéndome—. Le he dicho que no voy vestida de novia.

—No se imagina lo que va a ver —intervino Yoli, que también estaba allí —. Estoy deseando ver su cara cuando te vea aparecer.

Y tenía razón: no era un vestido de novia al uso, de esos que ves en cualquier escaparate. Era de color champán, con transparencias y encaje en las zonas más estratégicas. Debajo, un forro color piel evitaba que ninguno de mis atributos se escapara en las fotos.

De corte sirena, con una ligera cola y escote en «V», dejaba la espalda al aire y tenía las mangas largas, como una segunda piel. Era una verdadera obra de arte. El cabello lo llevaba suelto, con ondas suaves, y el velo, a modo de mantilla, caía sobre mi frente para recogerse con un pasador de plata en la parte trasera.

—Dios mío… eres la novia más bonita que he visto en mi vida. A Unai le va a dar un infarto cuando te vea aparecer —exclamó Charles, que sería mi padrino.

—No seas exagerado, que pareces andaluz —le dije, usando su propia frase favorita.

—No exagero, te lo juro. Si fuera hetero o bisexual, estaría teniendo una erección de caballo ahora mismo. Me temo que algunas de las invitadas van a tener que agradecerte una de las mejores noches de su vida —replicó, haciéndome estallar en carcajadas.

Salimos rumbo al altar. Ya estaban todos los invitados, y mi prometido me esperaba. Decir que estaba guapo era quedarme corta: estaba espectacular. Llevaba un traje azul marino con finas rayas grises que apenas se apreciaban,

pero que le daban un aire elegante y sofisticado. Camisa blanca, corbata roja, al igual que el prendido de la solapa y mi ramo, y zapatos y cinturón marrones.

A su lado, Nico y Marian. Mi niño parecía un muñeco, con el mismo pantalón que Unai, camisa blanca, pajarita y fajín rojo. Tan repeinado y serio que parecía mayor.

—Dios mío, estás impresionante —me dijo Unai al verme acercarme.

—No menos que tú —le contesté, sin poder apartar la mirada de sus ojos.

—Señor, perdona mis pensamientos impuros, pero con esta mujer delante es imposible no tenerlos —dijo el padre Marcos, alzando las manos al cielo y arrancando las risas de todos los presentes.

Entre bromas, dio inicio la ceremonia. Llegó el momento de los votos, esos que ninguno quiso enseñarle al otro para que la emoción fuera real.

—Moira —comenzó Unai—, desde el primer momento en que te vi supe que eras la mujer con la que quería pasar el resto de mis días. He sido un cabrón en muchos momentos, lo sé, pero todo lo hice por protegeros. A partir de aquí, sé que lo que nos espera será bueno, y para lo que no lo sea… remaremos juntos, en el mismo barco. Eres, sois, lo mejor que me ha pasado en la vida.

Las lágrimas me resbalaron por las mejillas.

—Unai —dije, temblándome la voz—, la vida nos ha puesto muchos obstáculos, pero hemos podido con todos. Ahora solo nos queda disfrutar de nuestro amor y de nuestra familia, sin permitir que nada ni nadie nos separe. Te quiero más que a mi vida, y sería capaz de todo por vosotros.

El discurso que había preparado era más largo, pero en ese momento se me olvidó la mitad de las palabras.

—Dicho todo esto —dijo el padre Marcos, sonriendo—, y tras el intercambio de alianzas, yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la

novia… pero, por favor, con moderación, que ya tengo los sudores por la espalda.

Nos fundimos en un beso, entre los aplausos de todos los presentes. Nico, sentado en el regazo de Juan, aplaudía medio dormido, frotándose los ojitos.

—Estoy loco porque termine la fiesta, y eso que aún no ha empezado —me susurró Unai mientras nos hacíamos las fotos.

—No sea impaciente, señor Arenal, que habrá tiempo para todo —le respondí, divertida.

Me miró entonces con una intensidad que me erizó la piel. La cámara captó justo ese instante: amor y deseo entrelazados en una imagen que sería mi favorita de todas.

—Este vestido es un pecado en sí. Y si encima lo llevas tú… —murmuró, riendo.

—Lo sé. Lo compré pensando en eso, en lo que te provocaría. Es tan sexi como indecente, pero nada vulgar.

—¿Vulgar tú? Jamás. Llevas la elegancia por bandera —respondió, rozando mis labios con los suyos.

Después de las fotos, fuimos al cóctel que habíamos preparado para nuestros amigos. Éramos unas cuarenta personas, solo los más cercanos. Queríamos una boda íntima, sin protocolo ni postureos, donde pudiéramos ser nosotros mismos.

Los niños jugaban con la monitora que contratamos. Nico ya sin fajín ni pajarita, con los primeros botones de la camisa desabrochados, corría detrás de Leo y Edu.

Mientras disfrutábamos de una copa de vino, algo me llamó la atención: Jen estaba bebiendo un refresco.

Capítulo 46

Nos escapamos de la fiesta cuando ya no podíamos más. Nico se había quedado dormido y, además, esa noche se iría con Marian a su casa. Ella se haría cargo de él durante nuestra luna de miel, al estar de baja maternal, y también de Edu, que era igual de bueno que mi pequeño. No daban guerra ni juntos ni separados, y eso nos dejaba tranquilos.

—Estaba deseando tenerte, por fin, solo para mí —me susurró Unai, en cuanto atravesamos el umbral de la *suite* nupcial, la misma donde yo me había arreglado horas antes.

—¿Tan cardíaco te he puesto, señor Arenal? —le pregunté, acercándome a él con una sonrisa que sabía exactamente lo que provocaba.

—No me has puesto... me pones. —Corrigió, con esa voz grave que se me metía bajo la piel—. Que no se te olvide ese matiz.

—Pues todavía queda una sorpresa más —le dije, dándole la espalda para que me bajara la cremallera del vestido.

Cuando lo hizo, y descubrió que había estado todo el tiempo sin ropa interior, su cara fue un poema. Lo vi reflejado en el espejo que teníamos enfrente: primero la sorpresa, luego el deseo, y por último, esa media sonrisa suya que me derretía.

El vestido cayó a mis pies, y lo aparté de una patada. Tan solo tenía las sandalias de tacón puestas, y eso era algo que a Unai lo ponía muchísimo. Me di la vuelta; él ya se había despojado de la camisa y la corbata. La chaqueta no sabíamos dónde la había dejado, pero tampoco era una cosa que nos quitara el sueño, la verdad.

Llevé mis manos al botón de su pantalón, desabrochándolo y haciendo que cayera a sus pies. Metí las manos en el elástico de su bóxer y lo bajé hasta sus tobillos, haciendo que levantara los pies para que salieran, y revoleándolos a cualquier lugar de la habitación.

—Ahora estamos los dos en igualdad de condiciones —le dije, con su erección delante de mi cara.

—No vayas a hacerlo, o terminaremos antes de empezar —me dijo, adivinando mis intenciones.

—Tenemos toda la noche por delante, y no me puedo resistir —le contesté, mirándolo a los ojos.

Acto seguido, saqué mi lengua y la llevé de excursión por toda su longitud, hasta que me la terminé metiendo en la boca. Lamí, succioné, hasta le di algún que otro pequeño mordisquito, que hizo las delicias de mí ya marido.

—Me estás matando, preciosa, y no puedo aguantar más —me dijo, y eso fue motivo suficiente para que me empleara más a fondo.

Se corrió en mi boca, con un grito que le salió de lo más hondo de su cuerpo, y que, a mí, me hizo chorrear de lo caliente que estaba. No lo dudó, me alzó del suelo, me tumbó en la cama con las piernas abiertas y empezó a tocarme.

—Ahora mismo me podría morir sin miedo, porque tengo la visión más sensual que podía tener —me contestó, y es que llevé mis manos junto a las suyas, tocándome de arriba abajo.

—Déjate de muertes, que de lo único que me parecería bien hacerlo ahora sería de placer —le contesté, gimiendo.

Apartó mi mano, abrió mis labios vaginales y lamió mi sexo en toda su longitud, provocando que gritara de placer. Estuvo un buen rato; cada vez que notaba que estaba cerca, paraba, hasta que ya no pude más y le aguanté la cabeza contra mi sexo, hasta que me corrí.

Me puso de rodillas en la cama, agarrada a los barrotes de la cama —que era de hierro forjado—, levantó mis caderas y me penetró sin piedad, que, por otra parte, no era nada que yo no hubiera pedido, puesto que me encantaba que lo hiciera de esa manera, fuerte y rápido.

Yo misma le pedía más y más. Si seguíamos así, conseguiríamos atravesar la pared de la habitación.

—Eres perfecta, lo que necesitaba para completar mi vida —me decía, mientras que me embestía fuertemente.

—No pares, por favor, no aguanto más —le respondí.

—Ni loco pienso parar.

Continuamos así unas cuantas embestidas más, hasta que ambos llegamos al orgasmo a la vez. Fue algo especial, no sé cómo describirlo, pero en ese momento supe que sería algo trascendental en nuestras vidas, como así fue.

Caímos rendidos en la cama, casi sin aliento, pero con una sonrisa de felicidad difícil de describir. Ni siquiera nos pudimos levantar de la cama en ese momento; ya nos ducharíamos más tarde, total, ambos teníamos claro que esa no sería la única vez en la que nos uniríamos durante la noche.

La mañana llegó, encontrándonos completamente agotados, pero felices. No podíamos demorar mucho nuestra partida, ya que en unas horas salíamos de viaje de luna de miel. Habíamos decidido elegir un lugar donde poder

relajarnos, a ser posible sin salir de la habitación, y por eso reservamos un resort en Playa Bávaro, en pleno Caribe.

El lugar era un auténtico paraíso. El resort estaba rodeado de naturaleza, con el sonido del mar colándose por cada rincón. Unai había contratado una de las villas más apartadas, perfecta para desconectar del mundo. Cada mañana nos traerían el desayuno a la habitación, aunque también podíamos acudir a los restaurantes del complejo. La casa, situada a pie de playa, tenía una piscina infinita en el patio, que me dejó completamente fascinada.

Ya me imaginaba allí, tomando el sol sin prisa, bañándome en el mar y compartiendo con mi marido los momentos más íntimos y tranquilos que tanto necesitábamos.

—Veo que te gusta —me dijo Unai, sonriendo al verme embobada—. Y también veo que estás teniendo pensamientos impuros, como dice el padre Marcos.

—¿Para qué lo voy a negar? —le respondí, mordiéndome el labio—. Ya nos he imaginado ahí a los dos, desnudos…

No me dejó terminar. Se acercó y me besó con esa urgencia dulce que lo caracterizaba. La habitación se llenó de esa mezcla perfecta entre amor y deseo. Durante los días siguientes no hubo ni un solo momento en el que no compartiéramos risas, caricias o confidencias. Fue una luna de miel perfecta: sencilla, natural y llena de esa pasión que se alimenta del cariño.

—Creo que deberíamos salir a comprar algún detallito para las chicas —le dije al salir de la ducha, todavía con el cabello húmedo.

—Pues sí, y para los chicos también, que no digan que nos hemos olvidado de ellos —respondió, mientras se ajustaba la camisa con esa sonrisa de medio lado que me encantaba.

Alquilamos un vehículo con conductor que nos llevó hasta la zona más comercial de la ciudad, donde encontramos auténticas joyas hechas a mano.

Compramos juguetes de madera tallada para los niños, pulseras trenzadas para los chicos y unos bolsos preciosos para ellas. Nos encantaba la idea de apoyar el comercio local; nada de grandes marcas ni tiendas de lujo, queríamos que nuestro dinero ayudara, aunque fuera un poco, a quienes de verdad lo necesitaban.

Comimos en un pequeño restaurante junto a la playa, una mariscada digna de reyes y varios platos típicos que nos recomendó el chófer, a quien, por supuesto, invitamos a sentarse con nosotros. La diferencia entre esa zona y la de los resorts era abismal. Allí, lejos de los hoteles de lujo, se sentía la realidad del pueblo, la sencillez y la lucha del día a día.

Antes de despedirnos, quedamos con él para que nos recogiera al día siguiente y nos llevara al aeropuerto. Le teníamos preparada una sorpresa. Cuando llegamos al resort, Unai sacó un sobre de su chaqueta y se lo entregó con una sonrisa. Dentro había un billete de quinientos euros. El hombre, conmovido, intentó rechazarlo diciendo que era demasiado, pero Unai insistió.

—Considéralo un regalo de boda —le dijo—. Para tus hijos, para que no os falte nada mientras pasa la temporada baja.

El hombre, con lágrimas en los ojos, solo pudo agradecerlo una y otra vez. Y en ese instante, comprendí que aquella luna de miel no solo nos había unido más como pareja, sino también como personas.

Capítulo 47

Al llegar a casa ya estaban todos esperándonos. El primero en la fila era Nico, que nos había echado muchísimo de menos.

—Ya no más miel, Nico triste —dijo, con esa forma tan peculiar que tenía de hablar, como si Yoda, el de *La guerra de las galaxias*, se hubiera reencarnado en él.

—No, cariño, ya no habrá más lunas de miel —le respondí, riendo.

—Cuando nos vayamos de viaje, tú vendrás con nosotros. Ya no te dejaremos más aquí —añadió Unai, cogiéndolo en brazos.

—¿Regalito para Nico y amigos? —preguntó, sonriendo con picardía.

—Por supuesto que sí, pero antes déjanos, al menos, tomarnos una cervecita, ¿no? —le dijo mi marido, entre risas.

Los niños volvieron a jugar junto a Mia, que se desternillaba cada vez que alguno levantaba una torre de cubos y se le caía.

Entonces volví a fijarme en Jen. Seguía bebiendo refrescos, nada de alcohol, y eso me resultó raro. No es que fuera una bebedora empedernida, pero en reuniones como aquella siempre se tomaba una cerveza o una copa de vino blanco, su favorita.

—Jen, ¿por qué llevas bebiendo refrescos desde mi boda? —le pregunté, mirándola de reojo.

—No, es que llevo un tiempo con el estómago algo revuelto —respondió ella, echando una mirada cómplice a Pedro.

—Pedrito, mi amor… ¿tenéis algo que contarnos? —Saltó Juan, que no se perdía ni una.

—Pues mira, sí. Íbamos a esperar a que pasaran las doce semanas, por prudencia, pero ya no quiero ni puedo callármelo. ¡Vamos a ser padres! —anunció Pedro, radiante.

Nos lanzamos todos a abrazarlos entre risas y lágrimas. Jen lloraba, diciendo que tenía miedo, que no quería repetir la historia con el padre de Leo ni verse sola otra vez.

—Mi amor, no todos los hombres somos iguales —le susurró Pedro, abrazándola con fuerza—. Y yo pienso demostrártelo.

—Eso son las hormonas, tranquila —dijo Yoli, intentando consolarla—. Yo hay días en los que mataría a Luca, y otros en los que me lo como a besos.

—¿Tú también estás embarazada? —preguntó Unai, con los ojos como platos.

—Si es que eres una bocazas… —dijo Luca, riendo—. Quedamos en que no diríamos nada hasta que Jen lo hiciera.

—Bueno, pues ya no hay vuelta atrás —admitió Yoli, entre carcajadas—. Sí, estoy embarazada, casi del mismo tiempo que Jen. Yo estoy de diez semanas.

—Y yo, de once. Vamos, que nuestros hijos se llevarán días —añadió Jen, sonriendo.

—Mi amor —me susurró Unai, tomándome de la mano—, nos tenemos que poner las pilas, que estos nos adelantan por la derecha.

—Pues como tengamos que insistir más, voy a ser la primera mujer del mundo a la que le hagan un trasplante de vagina por desgaste —le respondí, y todos estallaron en carcajadas.

La tarde transcurrió entre risas, posibles nombres para los bebés y conjeturas sobre las fechas de parto. Unai no soltaba mi mano, acariciándola con ternura. Sabía que le hacía ilusión ser padre, igual que a mí, aunque no era algo que nos quitara el sueño. Teníamos a Nico, y lo queríamos como si fuera de nuestra propia sangre.

Alrededor de las ocho decidimos marcharnos. Ya habíamos repartido los regalos y estábamos agotados. Lo único que deseábamos era llegar a casa, darnos una buena ducha y acostarnos.

Pero la noche fue larga. Nico comenzó a vomitar sin parar y apenas logramos dormir.

—En cuanto despierte lo llevamos al médico —dijo Unai, saliendo de la ducha.

—Sí, mientras tanto me ducho yo. Échale un ojo, no vaya a volver a vomitar —le pedí, saliendo de la cama.

Cuando me levanté, noté unas náuseas terribles. El simple olor del café me revolvía el estómago, como si el aroma que más me gustaba se hubiera convertido, de repente, en mi peor enemigo.

—¿Tú también? A ver si va a ser un virus —dijo Unai, entre divertido y preocupado.

—Yo estaba bien hasta que olí el café. Solo de pensarlo me dan arcadas —respondí, llevándome la mano al pecho.

—Me parece que lo tuyo no es un virus —replicó, sonriendo con malicia —. A lo mejor se te ha pegado de tus amigas.

No le hice mucho caso, pero su tono me dejó con la mosca detrás de la oreja.

Fuimos al centro de salud; no era grave, así que no merecía ir al hospital. Una doctora muy amable revisó a Nico y nos explicó que tenía un virus estomacal típico, como una gastroenteritis leve.

—¿Puedo tomarme yo el jarabe también? —pregunté en broma—. Es que esta mañana, solo oler el café me ha hecho salir corriendo.

La doctora sonrió y me tendió un botecito.

—Haga pis aquí, por favor —me pidió. Yo pensé que era una analítica de orina para descartar infección.

Cuando regresé, Unai ya me miraba con cara de que algo se traía entre manos. La doctora sumergió una tira reactiva en el frasco, esperó unos segundos y levantó la vista con una sonrisa traviesa.

—Lo que yo pensaba: el jarabe no le servirá. Su «virus» dura alrededor de nueve meses… aunque ya lleva alguno pasado.

—¿Cómo que nueve meses? ¿Voy a estar así todo ese tiempo? —pregunté, sin entender nada.

—Bueno, exactamente igual, no —respondió divertida—. Dentro de poco notará otros síntomas: cansancio, tobillos hinchados… y un bebé creciendo dentro de usted.

—¿Qué? ¿No hay nada para combatirlo? —insistí, al borde del drama.

La doctora miró a Unai, que ya se estaba riendo.

—Explíqueselo usted, que creo que no me cree.

—Mi amor —dijo, tomándome la cara entre las manos—, lo que quiere decirte es que estás embarazada. Y según las cuentas, ya nos casamos embarazados.

—¡Y yo que no quería ir como un huevo Kinder! —exclamé, y la doctora rompió a reír.

Me recetó vitaminas prenatales y me pidió que pidiera cita con mi ginecóloga. Cuando salimos, Unai me abrazó tan fuerte que casi me deja sin aire.

Habíamos conseguido lo que no planeábamos, pero que la vida nos regaló igual: estar embarazados al mismo tiempo que nuestras amigas.

Semanas después, la ginecóloga lo confirmó: diez semanas y dos días exactos. Aún era pronto para saber el sexo, pero ya no importaba.

La felicidad era completa.

Capítulo 48

—¡Unai, levanta, rápido! —le dije tras recibir una llamada de Pedro.

—¿Qué pasa? ¿Ya viene la niña? —preguntó, medio dormido y sobresaltado.

—La nuestra no, la de Jen. Se ha puesto de parto y la llevan al hospital. Nos acaba de llamar Pedro. Han dejado a Leo con Marian.

—Pues nada, voy a vestir a Nico y lo dejamos también. No podemos faltar a esa cita —respondió, sabiendo lo ilusionada que estaba por estar allí cuando naciera mi ahijada.

—Gracias, amor. Yo voy a intentar vestirme también —le dije.

Me incorporé, pero no llegué muy lejos. Sentí un líquido cálido y viscoso recorrerme las piernas, y me quedé paralizada.

—¡Unai! —grité desde la habitación.

—Ya voy, mujer, que no soy Billy el rápido —respondió desde el pasillo —. Es un parto, eso lleva su tiempo; seguro que llegamos y la niña todavía no ha nacido.

Pero en cuanto me vio, se le cambió la cara.

—Acabo de romper aguas —dije con toda la calma del mundo.

—¡Corre! Que tenemos un buen trayecto y no quiero que la niña nazca en el camino… —decía, dando vueltas por la habitación sin hacer realmente nada útil.

—¿Te puedes tranquilizar, por favor? Como tú bien has dicho, es un parto, lleva su tiempo. Dile a Marian que se quede con Nico mientras yo me termino de vestir.

Salió disparado con el niño, y cuando volvió, me encontró en el baño, secándome el pelo con toda la tranquilidad del mundo.

—Rectifico —dijo jadeando—: la niña no va a nacer por el camino, lo va a hacer aquí mismo, con la pachorra que llevas.

Me tomó en brazos casi sin dejarme protestar. Me ayudó a vestirme a toda prisa —pantalón de premamá, jersey y deportivas— y me metió en el coche. Él iba completamente sofocado; yo, en cambio, tranquila como una rosa.

—Está de parto —le dijo a la enfermera nada más llegar al hospital.

—Pues viene muy serena para ser primeriza —respondió ella, al ver mi expresión relajada.

—¿Y para qué voy a ponerme nerviosa? Si al final tendré que hacer lo mismo —dije, sonriendo.

Solo me tensaba un poco cuando llegaba una contracción, y en la última media hora habían empezado a ser demasiado seguidas.

Me llevaron al paritorio, donde también estaba Jen, aún sin dilatar lo suficiente. Me subieron al potro y la matrona me examinó con sorpresa.

—No me lo puedo creer. No hay tiempo ni para epidural ni para nada. ¡Ya la tenemos aquí! —exclamó.

—¿Cómo que sin epidural? ¡Dios mío, voy a pasar todo el dolor! —dije más para mí que para nadie.

—No te va a dar tiempo, cariño. Cuando te diga, empuja.

—¿Y mi marido? Quiero que esté aquí cuando nazca.

—Han ido a buscarlo, pero no podemos esperar más. Enseguida tendrás a tu pequeña contigo.

Y así fue. En lo que tardaron en ir a por Unai, con apenas tres empujones, Martina llegó al mundo. Era preciosa, con la boquita perfecta y un aire a Nico que me dejó sin aliento. Solo sus ojos, verdes como los de su padre, la delataban.

—Si me despisto un minuto más, cuando vuelvo está haciendo la comunión —dijo Unai, con lágrimas en los ojos—. Y tú que decías que los partos llevaban su tiempo…

—Pues yo llevo aquí más de seis horas y nada —se quejó Jen desde la cama de al lado—. Esta, lo que ha tenido es mucha suerte.

—Venga, que tú también estás al caer. —La animó la matrona.

El pediatra revisó a Martina: perfecta. Y yo tuve la suerte de no necesitar ni un punto, algo que agradecí con todo el alma.

Nos llevaban a la habitación cuando vimos entrar a Yoli en una silla de ruedas, pegando gritos como si la vida se le fuera en ello.

—¡Ay, que me muero! ¡Esto duele más que una condena! —repetía entre lágrimas.

—Venga, Yoli, que ya mismo la tienes contigo —le dije, intentando animarla.

—¡Asquerosa! Eso lo dices tú, que llegas y besas el santo —me respondió, sin perder el sentido del humor.

—Ya verás cómo te pasa igual. No seas negativa, que pronto tendrás a Nerea entre tus brazos —dijo Unai, dándole un beso en la frente antes de que me subieran a planta.

Al final, tanto Jen como Yoli dieron a luz casi al mismo tiempo. Estábamos en tres habitaciones contiguas, como no podía ser de otro modo.

Martina, Nerea y Carmen nacieron el mismo día, con pocas horas de diferencia. Nos reíamos pensando en los futuros cumpleaños: una sola fiesta para las tres, todos juntos, como siempre.

Cuando regresamos a casa, todo era felicidad. Nico, que ya estaba loco por Mia, ahora adoraba a su hermana. Nunca imaginé que un niño tan pequeño pudiera sentir tanta ternura y protección por una bebé, pero así era.

—Mami, Martina llora —me avisó, entrando, corriendo en la cocina.

—Ya voy, cariño. Prueba a ponerle el chupete mientras preparo el biberón —le dije.

Cuando llegué, la escena me dejó sin aliento: Nico estaba junto a la cuna, poniéndole el chupete a su hermana y cantándole la canción que yo solía cantarle a él.

—No llores, mi vida, no llores, mi sol, que ya viene mami con el biberón. —Entonaba con voz dulce.

No pude evitar grabarlo para enviárselo a Unai, que estaba en la oficina.

—Lo has hecho perfecto, Nico. Vas a ser un hermano mayor ejemplar —le dije, sonriendo.

—Nico siempre la va a cuidar, mami —respondió con una seriedad tan pura que me emocionó.

Pocos días antes del nacimiento de Martina, recibimos la documentación de la adopción de Nico: ya era nuestro hijo de pleno derecho. En sus apellidos ahora llevaba los nuestros, y aunque las propiedades que heredó de sus padres seguirían siendo solo suyas, en nuestro hogar no había distinciones: eran nuestros hijos, los dos.

Unai me llamó poco después. Había terminado la reunión y venía de regreso a casa. Estaba emocionado con el vídeo que le había enviado, y su

voz, entrecortada, lo decía todo.

Los quería a los dos por igual, y yo supe, una vez más, que la vida me había dado más de lo que nunca me atreví a soñar.

Epílogo

Diez años después…

Aquí estamos todos, reunidos en la graduación de Leo, que acaba de terminar el bachillerato con honores. Mi hijo Nico y su primo Edu —como él lo llama— están en secundaria, y ambos son excelentes estudiantes.

Seguimos siendo una familia, solo que ahora mucho más grande que cuando todo comenzó. Pero será mejor que os ponga al día desde donde dejamos nuestra historia.

Vanesa ha rehecho su vida en Barcelona. Se enamoró perdidamente de Álvaro, y el sentimiento fue recíproco, aunque al principio ella tuvo sus dudas, convencida de que él seguía enamorado de su ex. Fue el propio Álvaro quien se encargó de dejarle claro que lo único que los unía era una hermosa amistad… y el hijo que tienen en común.

Actualmente, son padres de una niña preciosa, llamada Almudena, que tiene ya cinco años, y que es puro nervio y ternura.

Charles y Nando siguen juntos, más felices que nunca. Al final, aquellos dos pequeños hermanos que no querían separar encontraron en ellos el hogar que merecían. Ahora tienen quince y diecisiete años, y son inseparables de Leo; los tres forman una pandilla que no se rompe ni con cincel. Charles y Nando no han pasado por el altar —dicen que no necesitan un papel para saber que son una familia—, y lo cierto es que tienen toda la razón.

La sorpresa más grande nos la dieron Marian y Juan. Y no, no porque se separaran —eso jamás—, sino porque unos meses después del nacimiento de

nuestras niñas, durante una cena, Marian se desmayó. En el hospital les dieron la mejor noticia posible: ¡estaba embarazada de gemelos!

Una noche de invierno nacieron Martín y Mateo, que ahora tienen casi nueve años. Son unos trastos encantadores: lo que no se le ocurre a uno, lo planea el otro, y siempre con Mia de cómplice. Nuestra niña, con once años, es una presumida de cuidado: adora los pintalabios y los esmaltes de uñas, y tiene un maletín de maquillaje mejor que el expositor de una perfumería. Cada vez que la visitamos, le llevamos alguno nuevo.

Yoli y Luca, en cambio, decidieron separarse pocos meses después del nacimiento de su hija. Lo hicieron de mutuo acuerdo: ninguno estaba preparado para mantener una relación de pareja, pero se llevan de maravilla. Comparten la custodia y se organizan con una complicidad que muchos matrimonios ya quisieran.

Jen y Pedro se casaron dos años después del nacimiento de Carmen. Pedro terminó adoptando a Leo, ya que su padre biológico —desaparecido desde hacía años— reapareció solo para firmar la renuncia. Hoy forman una familia feliz, sólida y luminosa.

Y llegamos a nosotros. No nos hemos quedado precisamente quietos. Cuando Nico empezó el colegio, Martina aún era muy pequeña, así que seguí teletrabajando. Álvaro, el señor Martínez, no tuvo inconveniente con que lo hiciera desde casa, siempre que cumpliera los plazos de entrega.

El tiempo pasó, y cuando Martina también empezó el colegio, llegó la sorpresa: estaba embarazada otra vez. Nació Ismael, que ahora tiene siete años. Un año después vino al mundo Daniela, la pequeña de la casa. Con ella dimos por cerrada la fábrica.

La casa se nos quedó pequeña, así que Unai compró la parcela de al lado e hizo una ampliación preciosa. Ahora tenemos un jardín enorme, con columpios, tobogán y un pequeño parque infantil para que los niños corran a sus anchas. Todos vivimos en la misma urbanización —incluso Vanesa y Álvaro—, así que rara vez pasa un día sin que alguno de los peques se cuele en casa de los otros.

Nuestra pasión, lejos de apagarse, sigue igual o más viva que al principio. De vez en cuando dejamos a los niños con sus tíos postizos y desaparecemos un par de días del mapa. Lo divertido es que casi nunca salimos de Barcelona: solemos reservar una *suite* con *jacuzzi* en el Hotel Arts y pasamos el fin de semana allí, sin más compañía que nuestros cuerpos y las ganas de reencontrarnos sin horarios ni decibelios controlados.

—Parece mentira que ya hayan pasado diez años —me dice Unai, rodeándome la cintura antes de entrar en la recepción.

—Diez maravillosos años —le respondo, sonriendo—. Hemos sido plenamente felices.

—A pesar de que los niños nos sacan de quicio a veces… —añade, divertido—. Porque sí, hay momentos en que dan ganas de empotrarlos contra la pared, pero luego te sacan una sonrisa y se te olvida todo.

—Ni que lo digas. Pero claro, una familia numerosa es lo que tiene.

—Y de una pareja como nosotros, ¿qué se podía esperar? —replica, con su media sonrisa traviesa—. Por cierto, ese vestido te queda de muerte… He visto un rinconcito ahí detrás donde podríamos perdernos un rato.

—No vas a cambiar nunca —le digo, dándole un manotazo en el hombro.

—Y a ti te encanta que no lo haga —contesta, riendo.

Me atrae hacia él, pegándome a su cuerpo, y siento su erección presionando mi vientre. No hace falta decir nada más.

—Echadles un ojo a los niños, que volvemos enseguida —le dice Unai a los chicos, que nos miran entre risas.

—Cuanta más edad, menos vergüenza —broma Yoli—. Solo espero que no me hagáis tita otra vez, que ya tengo bastantes cuando me toca cuidar los vuestros.

—Tranquila —respondo, riendo—. Ya no pueden venir más; nos hemos encargado de eso. Ahora solo queda disfrutar, sin miedo a sorpresas.

Y así era. Cada día me sentía más enamorada de mi marido, y él de mí.

A veces pensaba en todo lo que habíamos pasado, en cómo el dolor y la traición acabaron llevándome hasta el amor verdadero. Si todo aquello no hubiera sucedido, quizás no estaría aquí, rodeada de esta familia maravillosa.

El destino, al final, había sabido perfectamente lo que hacía.

Puedes seguirme en mis RRSS:

Facebook: Jenny Del
IG: @jennydelautora
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/JennyDel